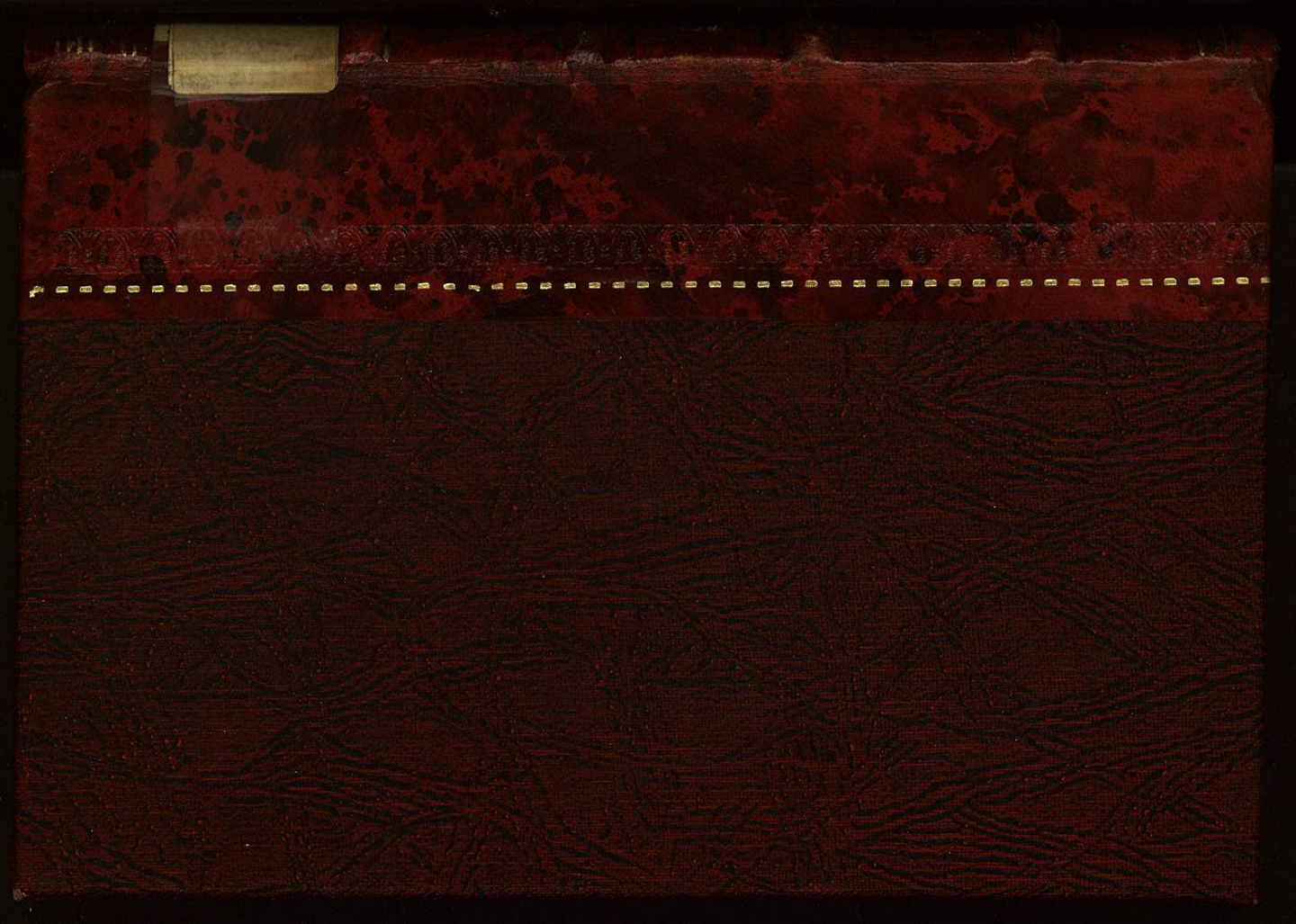


LAS
JAMONAS

FACUNDO

PQ7297
.C82
J3

1020006096

CAPILLA ALFONSINA
U.A.N.L.
108686

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCION DE PEQUEÑAS NOVELAS

ESCRITAS POR

FACUNDO

(JOSE T. DE CUELLAR.)

Ilustradas con grabados a la pluma
por Alejandro Casarin, Jose M. Villasana y Jesus Alamilla.

MEXICO.—1871.

Ignacio Cumplido, editor é impresor, calle de los Rebeldes número 2.

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

LA LINTERNA MÁGICA.

—

¿QUE linterna es esa? me preguntó el cajista al recibir el original para las primeras páginas de esta obra. Qué va á alumbrar esa linterna; á quién y para qué?

Este título que bien puede servirle á una tienda meztiza, ¿es una palabra de programa altisonante y llamativa para anunciar el parto de los montes, ó encierra algo provechoso para el lector?

—Confieso á Vd., estimable cajista, le dije, que en cuanto al título de LINTERNA MÁGICA lo he visto antes en la pulquería de un pueblo; pero que con respecto al fondo de mi obra, debo decirle que hace mucho tiempo

ando por el mundo con mi linterna, buscando, no un hombre como Diógenes, sino alumbrando el suelo como los guardas nocturnos, para ver lo que me encuentro; y en el círculo luminoso que describe el pequeño vidrio de mi lámpara, he visto multitud de figuritas que me han sugerido la idea de retratarlas á la pluma.

Creyendo encontrarme algo bueno, no he dado por mi desgracia sino con que mi aparato hace mas perceptibles los vicios y los defectos de mis figuritas, quienes por un efecto óptico se achican aunque sean tan grandes como un grande hombre, y puedo abarcarlas juntas, en grupos, en familia, constituidas en público, en congreso, en ejército y en poblacion. La reverberacion concentra en ellas los rayos luminosos, y sin necesidad del procedimiento médico que ha logrado iluminar el interior del cuerpo humano, puedo ver por dentro á mis personages.

Como estos viven en movimiento contínuo como las hormigas, he necesitado ser taquígrafo y armarme de un *carnet* y de una pluma, no diré bien tajada, porque eso lo hacen en Lóndres, pero sí mojada en tinta simpática, y en poco tiempo me he encontrado con un volúmen.

—¿Y este volúmen es la linterna mágica?

—Exactamente, caballerito. Pero no tema vd. que invente lances terribles ni fatigue la imaginacion de mis lectores con el relato aterrador de crímenes horrendos, ni con hechos sobrenaturales; supongo, y no gratuitamente, á los lectores fatigados con la relacion de las mil y una atrocidades de que se componen muchas novelas, de esas

muy buenas, que andan por ahí espeluznando gente y causando pesadillas á las jóvenes impresionables.

Yo he copiado á mis personages á la luz de mi linterna, no en drama fantástico y descomunal, sino en plena comedia humana, en la vida real, sorprendiéndoles en el hogar, en la familia, en el taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes; á unos con la risa en los lábios, y á otros con el llanto en los ojos; pero he tenido especial cuidado de la correccion en los perfiles del vicio y la virtud: de manera que cuando el lector, á la luz de mi linterna, ria conmigo, y encuentre el ridículo en los vicios, y en las malas costumbres, ó goce con los modelos de la virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral, de la justicia y de la verdad.

Esta es la linterna mágica: no trae costumbres de ultramar, ni brevete de invencion; todo es mexicano, todo es nuestro, que es lo que nos importa; y dejando á las princesas rusas, á los dandies y á los reyes en Europa, nos entretendremos con la *china*, con el *lépero*, con *la polla*, con la *cómica*, con el *indio*, con el *chinaco*, con el *tendero* y con todo lo de acá. Conque, bástele á vd. por ahora, apreciable cajista, y sírvase vd. parar estas líneas en lugar de las del prospecto, al que le encontraba yo de malo, ser como todos los prospectos, á los que les sucede lo que á varios conocidos mios; que ya nadie los cree bajo su palabra.

Facundo

LA LINTERNA MAGICA.

TOMO CUARTO.

LAS JAMONAS.

Lit. Villasana y Cª

Amalia.

LAS JAMONAS.

LA LINTERNA MÁGICA.

LAS JAMONAS.

SECRETOS ÍNTIMOS DEL TOCADOR Y DEL CONFIDENTE.

NOVELA POR

FACUNDO.

Y dijo el Señor Dios á la muger: ¿Por qué hiciste esto? Ella respondió: La serpiente me engañó y comí.

GEN. CAP. III, v. XIII.

MEXICO.—1871.

Ignacio Cumplido, editor é impresor, calle de los Rebeldes número 2.

PQ7297
.C82
J3

AL DOCTOR PEREDO.

Querido Manuel:

Le dedico á usted este libro, no por lo que vale, sino porque los libros viven mas que los hombres.

Aun con el temor de que mis obras no perpetúen mi nombre, quiero unirlo al de usted en un estrecho abrazo, para que juntos los encuentre aquel que mañana lea en este libro algo que le sea provechoso.

Así recogeremos usted y yo el fruto de sus buenos consejos.

FACUNDO.

CAPÍTULO I.

Ó SEA INTRODUCCION INDISPENSABLE Á LA MONOGRAFÍA DE LA JAMONA.

La jamona es una individualidad cuyos perfiles se escapan fácilmente al mas sagaz observador.

La jamona no se llama así por razon de las materias grasas que se modifican y consumen en su economía animal; la jamona es un verdedero tipo que frente á frente de la filosofía moral desafía á mi pluma, me provoca con sus sonrisas de perlas falsas, con su castaña de rizos de otra y con toda su letra menuda.

Jamonas, jamonas: Facundo tiene el honor de saludaros

muy afectuosamente. Ya no hay remedio; lo dicho: habeis acertado á pasar por el foco luminoso que proyecta la *linterna mágica*, y me perteneceis.

No os haré daño; no tocaré lo aterciopelado de vuestra piel, bien conservada y de una frescura significativa. Amables jamonas, no vacilo en deciros que me sois simpáticas como un libro de cantos rojos.

Me voy á permitir algunas inocentes libertades á propósito de vuestras estimables prendas, aunque no sea mas que por hacer lo que han hecho todos los filósofos antiguos y modernos.

En la juventud hincamos el blanco diente en cualquier *camuesa* rubicunda con el placer con que lo hicieron *Salicio y Nemoroso juntamente;* pero apenas se nos indigesta la manzana, nos da por sábios, y disertamos sobre la fruta con igual formalidad que si habláramos de astronomía; y entonces es cuando salen por ahí mas de cuatro verdades como un puño, relativas muy especialmente á la *camuesa*, á sus *pepitas*, á sus colores, á su aroma, á su tez, á su ácido *málico*, á su pedículo, á sus principios nutritivos, á su reproduccion y á todas sus particularidades.

No ha bajado un solo hombre de talento á la tumba sin que antes os haya besado primero como á flores y despues os haya mordido como camuesas; y á la verdad, por mi parte os confieso que no dejaré de hacer lo que esos señores, siquiera por parecérmeles en algo.

No os hablo de la aficion particular que tengo á besar

flor y á morder camuesa, porque ya me la habeis adivinado en lo blanco de los ojos; y con esta seguridad me prometo que no me tachareis de hombre de mal apetito, ni de refractario á vuestros encantos que soy el primero en enaltecer.

Decididamente, me sois profundamente simpáticas y no me rebajo.

En primer lugar, sois flores gordas: circunstancia que aboga á favor, no solo de la calidad, sino de la cantidad de miel que dais.

Yo os he visto reir delante de una florecita azul, pálida, muy pequeña, que se llama «no me olvides;» os he visto hacer un precioso gestito de desden al ver la alfombrilla, y la *fuhsia*, y el plúmbago, y el clavel, y otras flores pobres de esencia, y sobre todo de miel; y todo porque teneis provisto suficientemente vuestro nectario con la cosecha de vuestra primavera.

Acopiásteis miel vírgen para toda la temporada, para darla despues á probar á gotitas y sin desperdiciarla.

Sois lo mas astutamente previsor que yo conozco.

Teneis atingencias y previsiones llenas de *esprit*.

Entremos á cuentas.

En el libro que se está escribiendo desde la creacion del mundo, titulado «la mujer,» vosotras las jamonas estais dictando casi todos los capítulos.

La juventud está dividida en pequeños tratados sueltos; unos, dulcecitos y tiernos, firmados por una tórtola; otros, espeluznantes y descomunales, firmados por es-

critores desmelenados y furibundos, por Espronceda, por Víctor Hugo jóven, por Rivera y Rio antes de hacer política, y por Antonio Plaza.

Vosotras teneis el monopolio de la miel. La primera jamona que conozco es Cleopatra. Os presento por delante ese precioso tipo para que no desconfieis al leerme.

Cleopatra tuvo todo el *chic*, que solo en jamona se concibe, para purgarse con algunos gramos de fosfato en forma de perla, valuada en 25,000 duros.

Hé aquí á la mujer. Hé aquí á la jamona.

Semíramis fué otra jamona de gusto. Desafío á todas las pollas del mundo y de todas las épocas á que hagan lo que Semíramis.

Queda sentado que la jamona es capaz de digerir perlas y de hacer ciudades.

¡Y qué perlas!

¡Y qué ciudades!

Babilonia debia ser obra de jamona, por lo costosa y lo elegante que era.

Desde el momento en que la mujer pasa del estado de flor elegible al de flor que elige, entra en un mundo tal de secretas combinaciones y peripecias, que la rapidez de la escritura es una rémora para decir todo lo que á las mientes se viene de sabroso y digno de contarse.

Figuraos una jóven en quien la madre naturaleza no tuvo á bien hacer esas fatales inoculaciones que han dado en convertir á la presente generacion femenina en espárragos con faldas.

Excluid la clorósis y otros achaques de esa jóven, y no la permitais ni la descendencia: dejadla entrar con todo el caudal de su juventud en la edad de la mujer.

Dejadla aún madurarse hasta el momento en que tal ó cual lesion del tiempo le viene á hacer cierto género de advertencias; observadla bien, y encontraréis á la jamona en toda su preponderancia.

Fuera de esa primera juventud que devora la polla, y que se monopoliza en el matrimonio ó se encanija para ingresar al gremio de las simples tias, la mujer en la segunda edad, en el legítimo estío, en la sazon, en el punto, es admirablemente curiosa.

En ese punto es en donde el autor de este libro tiene puesto el ojo; ese punto es el que señala con el dedo por doble indicacion; de ese punto, como el de la roca que tocó Moises, brotará todo lo que en adelante escribirémos hasta el índice del volúmen.

Lelos, hace tiempo, ante la moderna filosofía de la mujer, nos hemos sentido inclinados á consignar nuestras observaciones en tal ó cual libro, que leerán las generaciones venideras con cara de sordo.

Esa filosofía, que podriamos llamar parisiense, es el código de la jamona; y la jamona no es precisamente parisiense, ni la parisiense nos importa un rábano; la jamona nacional es el objeto de nuestra atencion y de nuestros miramientos; la jamona de la capital, clasificada en ejemplares diversos del mismo tipo.

Será objeto de nuestra observacion la mujer, desde

que, llevando algun tiempo de serlo, está en la difícil posicion de esas flores que respetó la mano del ramilletero, y que esperan deshojarse al menor soplo de la brisa.

Una mujer, resolviendo el viejo problema de la iniciativa en amor, es una joya para el escritor de costumbres.

Necesariamente esta contravencion trae, en el símil de la naturaleza, estos fenómenos.

Una flor que murmura y un céfiro que se deja besar por la flor.

Un cáliz lleno de miel, distribuido como quincena por la propietaria del cáliz, por medio de nómina y recibos.

Una flor, que en lugar de dejarse deshojar por los céfiros, los tiene á sus órdenes como sus afectísimos servidores que besan sus piés.

Una flor que admite á discusion á cualquier mosco que necesite miel.

Táchese de poco fecunda la materia: desafío al naturalista á que me diga que no merece un tomo una flor de esta clase.

Esta individualidad pertenece á la gloriosa época presente, en la que, el hijo de Vénus tiene el ojo mas abierto que un lince, y sobre todo, un bozo que le ha salido por la fuerza de la experiencia.

Por mi parte, apechugo cariñosamente con la tarea de penetrar al tocador de la jamona, ó de colocarme al otro extremo de su confidente y emprender sabrosas pláticas, para pillarle mas de cuatro secretos buenos.

Me resigno hasta á participar de la quincena de miel,

siquiera como empleado auxiliar y supernumerario; resignacion que no por fácil deja de tener su mérito.

La Margarita del Fausto, Julieta la de Romeo, Laura, Beatriz y todas esas pollas clásicas, viven con su fama incólumes en el relicario de la tradicion; pero ¿y la Herodías, que, aunque para su época era jóven, sabia ya del *pe* al *pa* el código de la jamona; pero Lucrecia, que mataba moscos chupadores de miel, como esa flor que cierra sus pétalos condenando á prision perpétua á los ladrones; y la reina Margarita y Marion Delorme, cuyo *carnet*, sin patente de sanidad, tiene el honor de colocarse en las bibliotecas públicas y privadas?

Ahí está la mujer, ahí está la flor gorda, henchida de miel y de principios: ahí está la jamona fecunda en axiomas, máximas y problemas.

En ella está el amor de Roma, de Pompeya y de Paris, el amor–áspid, el amor–ecuacion y el amor–vapor.

Esos corazones son los que han inspirado á algunos la palabra *pliegues*, y los que, amurallados como Babilonia, desafian al fisiólogo, al poeta, al guerrero y al cartujo.

Contra esos corazones emprende hoy Facundo su lance de armas, pluma en ristre, y con la sonrisa en los labios.

Nos verémos.

CAPITULO II.

ENTRA EN ESCENA UNA MUGER ENTERAMENTE PARECIDA A UNA JAMONA.

AMALIA es una señora muy elegante: se presenta en todas partes ostentando un refinamiento tal y un gusto tan esquisito para vestirse, que el áspid de la envidia ha picado ya á algunas señoras muy mas encopetadas que Amalia.

Amalia es una criatura feliz: vive en una atmósfera de bienestar y de *confort* que parece confeccionada adrede para ella.

Tiene una clave, clave misteriosa y casi equivalente á

la piedra filosofal, clave que bien pudiera llamarse la Pata de cabra ó los Polvos de la Madre Celestina, porque es el resultado filosófico-químico de muchos ingredientes de la civilizacion actual.

Amalia ha adquirido legítimamente el derecho de propiedad de ese amuleto maravilloso que la hace rebosar felicidad por todos los poros de su cuerpo.

Facundo se ha salido de sus casillas retorciendo los tornillos de su aparato como un fotógrafo para aplicar á tiempo el foco de su linterna mágica, y cada vez que ha logrado atrapar un dato, un perfil, una faceta de ese brillante cintilador, ha debido (aunque no lo ha hecho) exclamar *¡Eureka!*

A la fecha el autor tiene lo bastante para hacer la presentacion.

Observemos.

Cuando un reloj que sirve de taburete á una Leda de bronce frances imitacion del antiguo, dá las once, Amalia ha liquidado sus cuentas secretas con el tocador, ha dirijido ya la última mirada á la luna ovalada y ha dejado escapar una última sonrisa.

Sonrisa supernumeraria, excelente, sin dedicatoria y sin resultado como el tiro de prueba, no para ensayar la puntería sino el arma.

Amalia pasa del tocador al saloncito, en donde lo primero que saluda es el ramillete que recibió ayer.

El saloncito tiene muebles tapizados de tripe rojo, cortinas de punto, alfombra blanca con ramos de flores, mesa

estorbo, dos sillones de bejuco del Norte, candelabros y espejos.

Amalia está lo que se llama bien vestida, y en cada uno de los detalles de su persona hay algo que observar, ya sea la manga abierta que comete á cada paso la indiscrecion de permitir al ambiente que bese un pedacito de brazo mórbido como el de una estatua griega; ya es un guardapelo esmaltado que juguetea á cada movimiento, como el cascabel de un gato, sobre un lijero hoyito que Amalia tiene en la garganta; el tal guardapelo casi sigue los movimientos de la cabeza y está haciendo el papel de esas manecillas que en una esquina ó en una puerta quieren decir "por aquí;" ya es un rizito de cabello que cae sobre un lado de la frente y que está pretendiendo decir "aquí me quedé olvidado;" ese rizo es un acento circunflejo de la fisonomía de Amalia: ya, en fin, es un brazalete misterioso de pelo con broches de oro con iniciales, porque todo en Amalia está encerrando un misterio y un encanto.

Amalia tiene pájaros, pescados y macetas y ademas un perrito blanco como una greña de algodon; es un perro *monísimo*.

Las manos de Amalia son muy bonitas, y no contenta con que la madre naturaleza le dejase aguzadas las puntas de los dedos, se deja crecer las uñas y se las recorta en forma de lanceta.

Esto la obliga á ser cauta, á tentar quedito, á no cojer tierra y otras muchas cosas.

Amalia tiene una amiga de confianza, tan de confianza que fué su compañera en el Colegio de las Vizcainas.

La está esperando.

Esta amiga de confianza se llama *la chata:* así la decian todos; y muchos por no saber cual es su nombre de pila, la dicen *chatita.*

—¡Josefa! grita Amalia impaciente, ¿no ha venido la Chata?

—Sí, señora, contesta entrando una criada, cuyo traje tira ya á *traje de persona decente* y cuyo peinado tira ya á castaña clara: vino, pero dijo que iba al cajon y volvia.

Un cuarto de hora despues llega la Chata.

—¿Lo viste? dice Amalia á su amiga.

La amiga en lugar de contestar, buscó algo en la habitacion.

—Estoy sola, agregó Amalia.

—Lo ví, dice la Chata, sentándose en el otro extremo del confidente.

—¿Y qué?.....

—Hay mucho que decir.

—¡Ave María! ¿Ya te catequizó? ¿ya estás de su parte? ¿ya no puedo contar contigo?

—¡Espera, espera por amor de Dios! ¡qué violenta estás!

—Ya lo sabes: sí, es cierto; estoy en ascuas.

—Pues oye. Estaba muy enojado.

—¡Enojado! ¡No hay cosa peor que manifestar á los hombres todo nuestro cariño! ¡Enojado! cuando acaba de saber que lo amo!

—Debes disculparlo; precisamente porque sabe que lo amas, se creia con derecho de esperar de tí.....

—Le parece al poeta que todo es tan fácil; ¡ya se vé! él tiene talento, escribe, improvisa y miente; todo con facilidad.

—¿Quieres oirme?

—Sí.

—¿Sin interrumpirme?

—Sin interrumpirte.

—Pues oye: te han traicionado.

—¿Quién? ¿Cómo?

—Tu prima Amparo.

—¡Es posible!

—Sí: le contó á Ricardo todo lo de la otra noche; y tú tienes la culpa por fiarte de pollas.

—¿Y qué le contó?

—Le dijo que vivias triste, que el temple de tu alma te ponia al borde de un precipicio.

—No sigas; es necesario vengarme de Amparo.

Es necesario que el lector sepa lo de la otra noche: Ricardo, el Ricardo á quien aludian la Chata y Amalia, es un poeta, frisa en los veinticinco, es amable, locuaz y un poco elegante.

Amalia leyó unos versos de Ricardo en un periódico, y pensó que Sanchez es muy muy bueno, pero muy frio.

Sanchez es el marido de Amalia, es muy bajo de cuerpo, como de cuarenta años y personaje nuevo.

Sanchez vino en el polvo de la revolucion hasta Méxi-

co, prestó algunos importantes servicios á la patria, como por ejemplo: haber andado con el gobierno, haber sido secretario de un gobernador, haber perdido su papá unas vacas, y aunque por fin aceptó un empleo en tiempo del imperio, fué de puro compromiso, pero no por conviccion; en cambio se habia adjudicado tres casas del clero que no pagó, y habia recibido, por via de liquidacion, diez mil pesos que le pagaron, y despues habia tomado posesion de un empleo de hacienda, cuyas quincenas eran una bendicion de Dios.

Con esto y con haber encontrado por esos mundos de Dios á Amalia, Sanchez habia acabado por ser un hombre feliz.

Mas todavía: habia logrado hacer feliz á Amalia; primero porque le habia abierto un horizonte; apertura apreciabilísima especialmente para la muger; en segundo lugar la hacia feliz porque la queria; y en tercer lugar porque, como Sanchez estaba colocado á horas fijas, Amalia tenia esas mismas horas á su disposicion para seguir siendo feliz, aunque no precisamente por el método de Sanchez.

Este deseo de ser feliz es universal, y no habrá quien se declare en contra de una tendencia tan explicable; solo que, á pesar de los seis mil años que llevamos de controversia, no hemos logrado ponernos todavía de acuerdo en *el modo*.

La diversidad de los sistemas empleados para conseguir esa gran quisicosa, ha dado resultados individuales dignos de estudio.

Amalia es un ejemplo vivo, y para apreciar la exactitud de este aserto, estudiémosla:

Amalia nació en Oaxaca, allí corrieron los primeros años de su infancia; y aunque quisiéramos dar algunos detalles acerca de sus progenitores, estos datos los hemos perdido en el oscuro laberinto de nuestra mala memoria; á pesar de que un oaxaqueño amigo nuestro nos contó del pe al pa la historia íntima de Amalia; sí recordamos que la tal historia no era de lo mas edificante, y el carácter del que segun todas las probabilidades era el padre de Amalia, nos impone el deber de callar porque no so nos tache de parciales, revelando poridades de una clase en un tiempo privilegiada.

Amalia, apenas nació, tuvo la desgracia de ser ocultada á los ojos del mundo; y nosotros que solemos pecar de maliciosos, creemos que de allí le vienen todas sus desgracias á Amalia.

No están las virtudes domésticas ni la bondad de sentimientos, precisamente de parte de los hijos naturales.

El calor de los pechos maternales y la pureza del hogar, atesoran los efluvios de una dicha tan inapreciable, que solo en la edad madura y al través de las vicisitudes se comprende.

Pero cuando la siniestra huella del crímen ha manchado el hogar; cuando una trasgresion del órden moral da vida á un sér sin el calor de los nupciales linos; cuando no es la familia originaria la que se reproduce sino los delincuentes ocultos; entonces el niño que viene al mun-

do, busca con su primer mirada una conciencia y engendra con su primer sonrisa un remordimiento, porque es un sér que viene pidiendo cuenta de las lágrimas de desolacion que verterá mas tarde.

Cierto racionalismo estúpido se empeña en considerar al niño como una larva indiferente, y al verlo aparecer lo segrega de la comunion de los humanos para considerarlo solo como una promesa.

Este racionalismo sustenta los orfanatorios é introduce en las familias ladroncitos de honra y de patrimonio.

Amalia nació en una noche tempestuosa, y como esas semillas destinadas á que las arrebate el viento, su primer papel en el mundo fué este:

Cuerpo de delito.

Estos cuerpos, bien sean un niño ó una ganzúa, se esconden.

Salir á luz escondiéndose es un sarcasmo reservado solo al hijo natural.

Con algunos litros de leche alquilada, Amalia tuvo lo bastante para resolver el problema de su vida.

El padre de Amalia, dijo un dia:

—¡En fin..... la niña vivirá!

En estas pocas palabras asomaba una monstruosidad, un amor paternal resignándose.

O de otro modo:

Un criminal, teniendo que ser padre.

Por esa época, Amalia comenzó á ver á un señor que le daba juguetes de vez en cuando.

Algunas veces se la sentaba en las rodillas y la acariciaba.

Un dia, el señor aquel besó á Amalia despidiéndose, porque Amalia iba á ser trasladada á México.

Y ya que sin sentirlo nos hemos alargado en el relato de lo que á Amalia le habia sucedido con anterioridad al momento en que la hemos visto hablar con la Chata, pasaremos á otro capítulo, en el que continuarán estos apuntes.

CAPÍTULO III.

EN EL QUE SE VE QUE LAS AMISTADES DE LA INFANCIA SON DURADERAS.

La juventud de Amalia brotó como una flor dentro de los muros del Colegio de las Vizcainas.

La Chata vió nacer esa flor, y de aquí nació la intimidad de Amalia con la Chata.

El primer brote de esa flor es, por lo general, un pedazo de cielo, es una paloma que anida, un beso que se oye, ó un estremecimiento que no se comprende.

Suele tomar la forma de una meditacion que termina en un suspiro; suele ser una lágrima, pero nunca una son-

risa: hay algo melancólico y grave; hay como un aviso secreto y misterioso, pero solemne, en la aurora de ese dia primaveral que se llama la juventud.

Las organizaciones nerviosas de las hijas del trópico, presienten esa aurora entre los juguetes de su felicidad, entre las muñecas con que juegan.

Un dia, Amalia y la Chata jugaban con sus muñecas.

Amalia tenia en las manos una hermosa muñeca, á la que acababa de vestir.

—Mira á mi Rosa que linda está, le dijo á la Chata. ¿Sabes por qué? porque se va á casar; tiene un novio muy elegante que ha pedido su mano: ¡ay! y la quiere mucho.... mucho; y oye..... mi Rosa me va á dejar por seguir á su marido, y hace muy bien; pero lo siento mucho.

Una de las primeras intuiciones de la muger, es la tendencia á la maternidad: las niñas encuentran un placer inefable en jugar á madres.

Amalia tenia la grata ilusion de ser madre de su muñeca, á la que llamaba Rosa.

—Mira, continuó diciendo á la Chata: mi Rosa estrenará el dia que se case un vestido blanco de gró, adornado con blondas y le pondré una preciosa corona de azahares, porque estas son las flores de las novias, y esta corona sujetará un velo trasparente que le caerá sobre la espalda. ¡Ah! que linda estará mi Rosa. Y su novio, su novio es muy buen mozo é irá al casamiento vestido de negro, con una casaca muy bien hecha; un chaleco negro tambien y muy abierto, para dejar lucir una elegante camisa de batista

con vuelos encarrujados con una puntita de piña hecha con hilo del ciento; llevará una corbata blanca tambien de Cambray, perfectamente bordada; guantes blancos y botas de charol. El novio ha de tener una cabeza muy artística, cuyos cabellos ensortijados siempre le den á su frente y á su fisonomía un aspecto distinguido y elegante.

—¿Y no tendrá bigotes? preguntó la chata.

—¿Bigotes? sí, un bigotito, pero como de seda, muy suave y muy bien peinado... barbas no, no me gustan esas barbas de gastador, esas barbas gruesas y groseras; no, ni lo permita Dios! la barba del novio de Rosa ha de parecer de seda.

—¿Y qué? interrumpió la Chata, ¿no le haces á Rosa un vestido para la iglesia?

—Sí, por supuesto; un vestido negro de gró de á cuatro pesos vara, todo lleno de adornos, y una mantilla de blonda española de á doscientos pesos. Sí, ese será su traje para la ceremonia de la iglesia.

—¿Pues qué tú sabes todo eso?

—Sí.

—¿Quién te lo ha enseñado?

—Mi nanita.

—¿La señora .....

—Sí, me contó la otra noche su casamiento.

—¿Conque ha sido casada?

—¡Vaya!

—¿Y qué te dijo?

—Me informó de que hay tres ceremonias.

—Cuéntame eso, dijo la Chata tomando una actitud á propósito para no perder una sola palabra de Amalia.

—Pues en primer lugar son los amores.

—¿Y cuanto tiempo duran?

—Segun..... si la novia tiene papá y mamá que se oponen al matrimonio, entonces duran mucho tiempo.

—¿Y si no se oponen, duran menos los amores?

—Sí, porque entónces se casan pronto.

—Yo creo, objetó la Chata, que los amores han de ser mas bonitos que la ceremonia.

—¿Por qué lo crees?

—Por que ha de tener uno que hacer tantas cosas para ocultarse y ha de pasar por tantas ansiedades, que yo creo que ha de ser uno muy feliz.

—¡Quien sabe! yo no sé de amores porque nunca los he tenido.

—Pues yo sí.

—¿Tú?

—Quiere decir, no fueron amores sino que mi primo...

—Ya me vas á hablar de tu primo; parece que no sabes hablar de otra cosa.

—Es que como se trataba de amores.....

—Sí, pero eso ya me lo has dicho muchas veces.

—Pues bien, por eso creo que los amores han de ser lo mas bonito.

—Puede ser, ¿pero por fin, te cuento lo de las ceremonias?

—Sí.

—Pues quedamos en que primero son los amores y despues la toma del dicho.

—¿Y como es eso?

—Muy sencillo: viene el señor cura y le pregunta á uno si es cierto que..... Fulano, la quiere á uno, y se contesta si sí ó si no, y en fin, le hacen á uno una porcion de preguntas de que ya no me acuerdo, en seguida firma uno un papel y tambien los testigos.

—¡Ah! ¿conque hay testigos?

—Por supuesto.

—¿Y despues del dicho?

—Siguen las amonestaciones.

—¡Ah! y entonces todo el mundo sabe que se vá uno á casar.

—Para eso es, para que lo sepan.

—¡Ah! qué vergüenza!

—¿Vergüenza por qué?

—Eso es muy feo.

—Pues entonces se pagan sesenta pesos en el arzobispado, y no hay amonestaciones.

—¿Sí?

—Sí; eso es lo que se llama dispensa de vanas.

—¡Mira que instruida estás!

—Todo me lo ha dicho mi nanita.

—¿Sabes que los viejos saben muchas cosas?

—Y nosotros no, todo lo ignoramos.

—No, no todo, ya lo ves; yo sé tambien muchas cosas mas que tú.

—Pues bien, sígueme contando; quedamos en que no hay amonestaciones.

—Siguen las donas.

—Sí, eso sí ya lo sé, son los regalos, son los vestidos, el blanco y el negro, y las alhajas; muchas alhajas ¿no es verdad?

—Sí, por supuesto, porque cuando uno se casa se pone brillantes.

—Y todo.

—Ya se vé. ¿Pero me dejas acabar?

—Sigue.

—Porque si me estás interrumpiendo.....

—Ya no chisto.

—Siguen las donas y despues la ceremonia, en que le preguntan á una si recibe por esposo y compañero á.....

—¿A quién? preguntó la chata riéndose.

—Al que sea; dicen su nombre. Despues de la ceremonia la velacion.

—Sí, eso ya lo he visto en la iglesia, lo de la cadena y el paño azul y todo eso; ¿pero despues?

—Despues se van los novios á su casa y viven juntos.

Hubo un largo rato de silencio: la materia estaba agotada, el casamiento descrito y Rosa la muñeca se habia quedado abandonada.

Amalia y la Chata navegaban en ese piélago misterioso de las dudas de amor y se forjaban quimeras halagadoras; y sin saber por qué aquella conversacion las habia entristecido.

Al cabo de algun tiempo Amalia le dijo á su amiga:

—No le digas á nadie nada de lo que hemos platicado.

—No.

—A nadie.

—¿Es pecado?

—Mira..... yo no sé; pero mi confesor me ha dicho que las niñas no deben hablar del matrimonio.

—¿Eso te dijo?

—Sí, porque yo le conté que iba á casar á Rosa mi muñeca grande, y que por hacerla trajes no habia podido repasar los verbos irregulares.

—¡Ah! entonces te lo dijo por lo de los verbos; así con razon, si no estudias.....

—Pero siempre será bueno no decirlo.

La amistad de la Chata con Amalia comenzó á atesorar secretos y á ser por lo mismo mas íntima.

Desde aquel dia las dos amigas experimentaban un dulce bienestar en conversar á solas é imprimian á todas sus acciones cierto carácter misterioso, porque aquella conversacion sobre el matrimonio de la muñeca era ya para ellas un asunto de cierta gravedad que ellas mismas no comprendian pero que se empeñaban en sostener y en fomentar.

Halagaba su vanidad de niñas la idea de tener un secreto que guardar, un asunto de que tratar á solas y se segregaban de las demas para ir á reclinarse sobre el barandal de uno de los corredores mas lejanos, con objeto de estar á la vista de todas sus compañeras y á la vez sustraidas á su curiosidad.

Las niñas comenzaban á censurar aquella conducta y hasta habia lenguaraz que exclamara:

—Parecen marido y muger, nunca se separan.

Dispuesto el corazon á recibir las primeras impresiones del amor, basta á la mujer estar en contacto con otro ser para revestirlo de un encanto particular: la Chata y Amalia se querian entrañablemente, gozaban en estar juntas, deseaban estar solas, y como los celos son inseparables del amor, especialmente del amor indefinido, la mayor parte del tiempo lo empleaban en darse celos y satisfacciones mútuamente.

Esta intimidad iba tomando creces y del matrimonio de la muñeca entraron al terreno de las suposiciones, personificando mas resueltamente la cuestion.

—¡Casarse! decia Amalia; que felices han de ser las que se casan!

—¿Por qué?

—Porque aman, porque son amadas.

—¡Pero nosotras! exclamó la Chata con un acento de tristeza imposible de describir, nosotras condenadas á vivir entre estas cuatro paredes; sin conocer el mundo ni á los hombres. ¡Si vieras cuantas cosas he oido decir de los hombres!

—¿Sí?

—Ya lo ves, aquí todas las señoras grandes no los pueden ver, siempre están hablando mal de ellos.

—¡Pobrecitos! dijo la Chata, y lo dijo de todo corazon,

porque la Chata era muy buena chica; por lo menos en lo de abogar por nosotros.

—Yo creo que los calumnian, porque si los hombres fueran tan malos como dicen, no se casarian tantas mugeres todos los dias.

—Y aún suponiendo que sean malos, dijo á su vez la Chata, ¡qué hemos de hacer! es necesario conformarse y admitirlos tales como son, porque no hay otros.

—Yo quisiera tener un novio para desengañarme. ¿Y tú?

—Yo tambien.

—¿Y dejarias de quererme á mí?

—No; jamas, dijo la Chata, dando un beso en la frente á Amalia.

—¡Ay! ¿y si te casas?

—Vivirémos siempre juntas. ¿Y si te casas tú?

—Tambien vivirémos juntas.

Comenzaron los primeros dias de la juventud de Amalia y de la Chata, en medio de todos los sinsabores y sueños de la rèclusion; hasta que un dia los parientes de Amalia, que regresaban á Oaxaca, determinaron llevar á la huérfana, pues segun todas las combinaciones de familia, Amalia podia ya salir á luz y darse á conocer á sus parientes.

Amalia y la Chata lloraron muchos dias antes de separarse: se hicieron mútuos regalos, se cortaron cada una un rizo de cabello, y se despidieron al fin, recibiendo cada

una por su parte el primer golpe doloroso; ofrecieron escribirse y se dirigieron la última mirada.

La Chata, lo mismo que Calipso, no podia consolarse de la partida de Ulises; pero Amalia que se veia libre, recibia á cada paso las mas halagüeñas impresiones, y bien pronto entró en un mundo nuevo para ella, y en el que todos los objetos que la rodeaban tenian un encanto particular.

No es nuestro ánimo seguir paso á paso la juventud de Amalia, pues conviene al interes de nuestro relato guardar cierto misterio acerca de lo que á esta jóven le pasó en Oaxaca, de donde como sabe ya el lector, vino á México en el polvo de la revolucion, y en los brazos de Sanchez; de manera que volvemos á anudar el hilo de esta historia en el momento en que la Chata y Amalia despues de haberse dejado de ver algunos años han vuelto á ser las amigas de colegio.

CAPITULO IV.

EMPIEZAN Á PREPARARSE LAS BORRASCAS DEL CORAZON, EN UNA DANZA.

La Chata acabó de decir á Amalia cuanto al caso venia referente á Ricardo, el jóven por quien tanto se interesaba.

—Ya convendrás en que es necesario, decia Amalia, que le dé á ese jóven una cumplida satisfaccion, pues en ningun caso desearia yo pasar por una persona de mala sociedad.

—Es cierto, pero.....

—¿Otra vez peros?

—¡Que quieres! siempre he creido que Ricardo es un hombre peligroso.

—¿Y no sabes tambien que yo soy una muger discreta, una persona prudente, una muger de mundo?

—Todo eso está muy bueno, y no te niego tus prendas; pero esto va á complicarse.

—Sea lo que fuere, es indispensable que ese jóven venga.

—Supuesto que así lo quieres, sea; pero me lavo las manos; tuya será la responsabilidad.

—La acepto.

—Pues no pierdas tiempo; Sanchez no viene hoy á comer.

—¿No?

—Está de Tívoli con los diputados, y ya sabes que en casos semejantes.....

—Sí, ya sé; viene á la una de la noche, si acaso.

—Por lo mismo apresúrate.

—¡Amalia...! dijo todavía la Chata en tono suplicante.

Amalia hizo uso de su mas expresivo gesto de enfado, y la Chata salió de la sala.

Cuando Amalia estuvo sola, se levantó de su asiento; se animó su semblante como al influjo de una felicidad desconocida; se paró frente á un espejo, y se contempló por largo tiempo.

Fué estudiando uno á uno, esos pequeños detalles, que son como los pétalos, los pistilos y los estambres de la flor de la hermosura; ni un solo fistol se habia descompuesto;

LAS JAMONAS.

SANCHEZ.

todo permanecia en su lugar y cumpliendo fielmente su mision; el cold-cream habia refrescado el cútis en todo el trascurso de la noche, y las pequeñas huellas del tiempo, esas incisiones en forma de líneas que empiezan á dibujar al viejo, esas pérfidas sinuosidades que el de la guadaña hace como con las uñas en el rostro de la mas dura de las matronas, estaban robando á la grasa, á las preparaciones del tocador, las moléculas milagrosas que saben prestar una vida ficticia, galvánica á las epidérmiz marchitas.

Los profusos rizos que sombreaban la frente de Amalia, no habian perdido el brillo grasoso; tambien aquellos cabellos muertos, sin sávia y sin calor, estaban prestando su servicio póstumo, volviéndose á agrupar en graciosas ondulaciones; solo que en vez de sentir en sus tubos correr sus jugos propios, y que ahora conservaban secos en su modificacion, estaban tambien disfrazados de vivos, con una máscara de pomada de heliotropo, y cumpliendo con el deber de hacer soñar al hombre, de hacerlo sonreir, de atraerlo hácia la portadora de esos restos mortuorios.

El corsé, un magnífico corsé de madama Favre, habia trazado, como con la varilla mágica de la estética, las líneas clásicas del seno turgente; y debajo de esa encantadora ondulacion, apuntalada con barbas de cetáceo, se dibujaba la curva entrante á espensas de la presion de las costillas falsas, y de una trasformacion anatómica interior, verdadera tiranía de la muger contra su propio orga-

nismo, culto tormento del refinamiento y de la inflexible ley de la escultura clásica.

Y no se crea que Amalia, en cuya conciencia podrian caber muy bien las anteriores apreciaciones, era la víctima resignada de sus tormentos, no; Amalia estaba triunfante, resolviendo satisfactoriamente el problema de las apariencias; Amalia, confundiendo lo que le pertenecia con lo que debia pertenecerle, se engañaba á sí misma con una facilidad de que solo es capaz una muger; estaba de acuerdo con sus propias correcciones y sin esfuerzo aceptaba aquella segunda naturaleza, merced al precioso recurso del refinamiento.

Amalia, atrapando con artificiosas redes á la juventud que huia, á la juventud que la habia abandonado ya, se engalanaba con los laureles de su triunfo; un «*todavía*» pendiente de sus lábios pintados con carmin, la impulsaba á formar, aunque de las últimas, en las filas de la juventud loca que va corriendo tras de los placeres.

Dió un jiro en escorzo para ver en el espejo la parte que de su falda dejaba arrastrando; y recorriendo con la vista esa línea oblícua y ondulada que traza una muger desde la alfombra hasta la flor que se sembró en el *crepé* de su copete, Amalia se encontró irreprochable y se puso contenta de sí misma.

Despues, y como el general que se asegura una vez mas de las municiones de reserva, se levantó la falda para verse los piés.

Estos estaban calzados con unas preciosas botas de ca-

brillla abronzada, cerradas con pequeños botones de pasta y terminando en dos graciosas borlas que, suspendidas, jugueteaban á cada movimiento.

La estatura de Amalia era favorecida en cuatro centímetros, merced á los tacones sobre los cuales anda hoy la muger en este mundo puesta de puntillas para que la vean mejor.

Las flores de la categoría de Amalia, son verdaderas flores de salon, que viven en su invernáculo: nunca las busqueis en las haciendas ordinarias y groseras, nunca creais hallarlas de dia sino al través de un velito de punto ó bajo un sombrerito que les cubre la frente y les sombrea los ojos; nunca pretendais analizarlas á la luz del sol, porque son flores crepusculares y nocturnas.

Buscadlas de dia iluminadas por un rayo de luz, que se ha tomado la molestia de pasar un cristal, dos cortinas de musolina y un *trasparente;* buscadlas donde haya gas hidrógeno y allí contempladlas á vuestro sabor; allí es donde os invitamos á comulgar con ruedas de molino; allí es donde desafiamos vuestra penetracion y vuestra impresionabilidad; allí es donde el enemigo está en su terreno y donde os provoca y os ve de frente, como los pintos en el Sur, como los serranos.

Allí es donde conoció Ricardo á Amalia: en un baile; mas todavía, bailando; mas aún, bailando una danza.....

La danza ha llegado á la categoría de salvoconducto, ya se le considere como transaccion ó como simple entretenimiento.

Bailando con Amalia fué cuando Ricardo experimentó el primer síntoma.

Hay un aroma de moda que se llama: *Ilang-Ilang*.

Este aspiró Ricardo.

Hay mas.

A Ricardo le pareció muy ligera Amalia.

Se lo dijo.

Amalia seguia bailando sobre las puntas de los piés, los cuales parecian dos pichones blancos que pisoteaban las flores de la alfombra.

Tenemos idea de que esto de los pichones, á propósito de los piés, lo ha dicho José María Ramirez.

No le hace: prohijamos la imágen y la acariciamos.

Amalia bailaba perfectamente.

Ya hemos dicho en otra parte que en este mundo, armónico por excelencia, la música tiene un prestigio sobrenatural y presta importantísimos servicios al niño de la aljaba.

La vibracion de los sonidos establece, no hay duda, relaciones misteriosas y de un género íntimo con las vibraciones nerviosas: ¡he aquí una armonía!

El termómetro del corazon no es tan sensible al calor como á la música: ¡armonía!

El amor estático se desarrolla como los árboles, á grandes periodos: muévasele como el boticario que emulciona una droga; póngase en movimiento acompasado á un novio y resultará la ebullicion.

Hay mas: trasladad á la muger del tocador al salon,

en donde hay un indiferente que.... que está allí; contad con que en la primera mirada va ese fluido magnético que se llama simpatía; entonces la muger y el hombre, despues de verse se miran, despues se observan y despues se estudian.

A este punto resuenan las notas subversivas de una danza: el hombre en virtud de una dulce transaccion social muy aceptable, se atreve á pretender de la muger todo esto de buenas á primeras:

—Señora, voy á permitirme rodear la flexible y encantadora cintura de usted con mi brazo derecho; á tomar en mi mano izquierda, la manecita de usted; á colocarme tan estrechamente que pueda beber su aliento embalsamado, y percibir que clase de pastillas usa usted para aromatizar el aire que sale de sus pulmones; no será extraño que mis patillas, que como usted ve, las llevo peinadas á la Maximiliano, toquen la delicada epidérmis de usted y le hagan cosquillas: en una palabra, el destino tiene la bondad de ponernos *vis á vis* en el primer momento de encontrarnos en este valle, que no tengo motivos para llamar de dolores, como algunos quejosos.

Todo esto traducido en idioma de salon, se dice así:

—¿Tiene usted la bondad de bailar conmigo esta danza?

Con esta traduccion la cosa cambia completamente; y la señora se abandona bondadosamente en brazos del caballero.

Todo esto, ni mas ni menos, le sucedió á Amalia y á Ricardo.

Una vez colocado Ricardo en tan ventajosa posicion,

en la posicion que hemos procurado describir, le quedaba aun expedito el uso de la palabra; esa preciosa prerogativa del hombre, y no así como quiera, no la palabra parlamentaria, ni la palabra comun y corriente; sino las *palabritas*, que entre todas las que dice el hombre, son las que mejor le salen.

¡He aquí un momento indemnizador! ¡he aquí el oasis de las palabras–prosa, de las muchas palabras–paja, de las palabras–desierto! ¡he aquí la enhorabuena de haber venido al mundo!

¡Oh bienhadado predicamento! ¡oh dicha! ¡oh expansion! Todo se da de barato en el tal valle de lágrimas, con tal de llegar á esto:

¡A decir *palabritas!*

Ricardo estaba en esta envidiable posicion.

Cerca, muy cerca de la orejita de Amalia, estaba la boca de Ricardo.

Los nervios de la lengua de éste, estaban esperimentando una inquietud desesperante, ¿cómo no hablar y cómo hablar en tal situacion otra cosa que palabritas?

—¡Que bien baila usted! dijo Ricardo.

—No señor.....

—¡Divinamente! Es usted ligerísima.

De vez en cuando y de una manera fugaz, se mezclaban á los acentos de la danza algunas palabras que no contentas con recrear el oido de Amalia, se pasaban á lo largo exponiéndose á que las atrapara algun concurrente. Estas palabras en su carácter de *palabritas*, no dejaban

lugar á duda, una vez que casi todas las que pudimos oir eran adjetivos sustantivados, como por ejemplo:

¡Divina! ¡linda! ¡encantadora!

En el capítulo siguiente, veremos el estrago de estas *palabritas*.

CAPITULO V.

AMALIA, COMO LOS GENERALES, DÁ LA PRIMERA ACCION QUE SE LLAMA «RECONOCIMIENTO.»

AMALIA, calculando el grado de penumbra que era conveniente para mostrar sus atractivos, corrió los trasparentes de los balcones y se sentó á esperar.

Al cabo de una hora, se presentaron en la sala la Chata y Ricardo.

Amalia se levantó de su asiento para recibir al recien llegado.

—Señora, dijo Ricardo saludando, vengo á ponerme

nuevamente á las órdenes de usted, y seria muy feliz si en algo pudiera serle útil.

—Confieso, contestó Amalia, que mi conducta acerca de usted requiere una explicacion, y voy á darla, pues en ningun caso quisiera aparecer como una persona lijera é imprudente.

—¡Malo! pensó Ricardo.

—En el último baile, continuó Amalia, he tenido necesidad de ser desatenta.

—No comprendo.

—He cometido una falta.

—¿Una falta?

—Aunque involuntaria.

—Pero señora, yo no sé que falta.....

—Es usted muy bondadoso, supuesto que la olvida.

—Si la he olvidado, esa falta no puede ser grave.

—Sin embargo, voy á darle á usted una explicacion, porque yo soy muy franca.

—Señora, insisto en que cualquier falta que usted haya pódido cometer, debe olvidarse con solo que usted tenga la intencion de satisfacerme.

—¿Rehusa usted mis explicaciones?

—Es que no estoy ofendido.

—Pero usted debe haberme calificado mal, y eso es grave, y como comprenderá usted, tengo el deber de desvanecer esa calificacion.

—¿Calificar á usted desfavorablemente? no en mis dias,

muy al contrario, yo he sido el culpable, yo que me he permitido.....

—¿Se refiere usted á la danza?

—Sí.

—Ya hablaremos de eso, pues lo primero es vindicarme si usted me lo permite.

—En ese caso.....

Ricardo hizo un movimiento que indicaba que se resignaba á oir, y Amalia cambiando de actitud continuó:

—Soy de Oaxaca; y aunque vine muy niña á educarme en el Colegio de las Vizcainas, he residido costantemente en mi país natal. Yo soy una muger.....

Ricardo se acercó un poco.

—Yo soy una muger, continuó Amalia, muy franca y usted me inspira una confianza suma.

—¡Amalia!.... exclamó Ricardo permitiéndose por la primera vez la familiaridad de llamar á Amalia por su nombre.

—Sanchez, como deberá usted saber, no es mi marido.

—¡Ah! exclamó Ricardo como si hubiera acertado un albur.

—¿No lo sabia usted?

Ricardo se tardó para contestar y pronunció «*sí*» con el mismo acento con que hubiera dicho "*no sabia una palabra.*"

—Por otra parte, continuó Amalia, usted que es hombre de penetracion y de mundo.....

Ricardo se permitió la coquetería de recojer esa flor con una sonrisa.

—Habrá comprendido, agregó Amalia, que entre Sanchez y yo.....

—¡Ah! por de contado, hay una distancia..... Si verdaderamente no se comprende como una muger de los atractivos, del mérito, de la hermosura de usted haya podido unirse á un hombre que..... el señor Sanchez es una persona muy apreciable, yo nada digo, pero su educacion, sus principios, su carácter.....

—Considéreme usted, Ricardo.

Amalia inclinó la cabeza dejando que Ricardo diera rienda suelta á su imaginacion y considerara á Amalia muy desgraciada.

—Pues bien, continuó, ya podrá usted figurarse el género de vida á que estoy sujeta, porque ademas Sanchez es celoso.

—¡Tá! ¡tá! ¡tá! ¿Celoso? ¿Con que es celoso el señor Sanchez?

—¡Qué dice usted qué atrocidad!

—Ya se vé, conocerse á sí mismo.....

—Eso.

—¿Conque se encela?

—Sí.

—¿Y de quién? ¿se puede saber?

—De usted.

—¿De mí? ¡Santo Dios! ¿De mí cuando.....

—Todo por la danza aquella.

—Oiga usted, Amalia, ¡que danza! Creerá usted que la he mandado buscar por todas partes?

—¿Y para qué?

—Para guardarla como un recuerdo del rato mas delicioso de mi vida.

—Vamos, vamos, Ricardo, dijo Amalia reconviniendo con una sonrisa cariñosa, no vaya usted á dar un fundamento sólido á los celos de Sanchez.

—Tendria razon.

—¡Ah! pues yo no quiero que Sanchez tenga razon.

—¿No?

—Sobre que ese es mi sistema.

—Ya se vé, es muy posible que nunca la tenga; y decididamente el talento está de parte de usted.

—No diga usted eso, y si me considera superior á Sanchez, eso no me envanece, porque es bien fácil ser superior á un tonto.

Por supuesto que cuando la conversacion llegó á este punto, ya la Chata habia encontrado un loable pretexto para retirarse prudentemente.

—Pues bien, continuó Amalia; la noche del baile, se enceló Sanchez de una manera estrepitosa con el frívolo pretexto de que usted me enamoraba.

—¡Yo!

—Sí, y todo porque platicamos; como si no pudiera uno hablar con nadie en sociedad, ¿pues á donde íbamos á parar?

—Sobre todo cuando la conversacion es el pasto del alma.

—Y que lo que nosotros hablamos.....

—Es cierto que yo me permití decir á usted.....

—Usted es un hombre galante que tiene talento para decir flores á las señoras, pero eso nada tiene de reprobable, al contrario.

—¿No es verdad? ¿qué hombre.....

—Ni ¿qué señora... Pues bien, dió y tomó Sanchez en que usted me hacia el amor, y sin permitirme despedirme de nadie, me dió mi abrigo y desaparecimos, y yo me quedé con la horrible pena de dejar á usted pendiente para la segunda danza, sin darle á usted una explicacion de mi conducta.

—¿Y ha tenido usted la bondad.....

—De rogarle á la Chata, que es tan buena amiga mia, que suplicara á usted.....

—He sido el objeto de una fineza por parte de usted, que no olvidaré en mi vida; y ya que por la amabilidad de usted puedo contarme en el número de sus amigos, ¿me será lícito preguntar á usted si la cosa paró en ese disgusto?

—No, Ricardo. Figúrese usted que yo me salí del baile..... ya puede usted figurarse como me saldria, pero eso sí, se lo puse á usted de oro y azul.

—¿Al señor Sanchez?

—Sí, le dije que ese sistema bárbaro de encelarse por quítame ahí esas pajas, iba á dar un resultado funesto; le dije que ya estaba cansada de tolerarle esos arranques propios de los hombres sin cultura y sin sociedad, y le hice ver, en fin, los peligros á que se expone un hombre imprudente y celoso hasta el ridículo.

—¡Ah! eso es horrible!

—¿Y cree usted que se convenció? ¿que ha cambiado? no señor, al contrario, muy al contrario, desde esa noche no nos damos ni los buenos dias.

—¡Amalia! dijo Ricardo con entusiasmo; si cuando la consideraba á usted feliz me pareció usted tan interesante, ahora que sé que es usted desgraciada no tengo palabras con que expresarle la profunda impresion que hace usted en mí.

—Ricardo..... gracias.

El amor habia logrado ya unir á todos los encantos de la pasada danza, todos los atractivos de las situaciones difíciles.

A los veinticinco años una situacion dramática en pleno dia, tiene un encanto al que nunca se resiste la juventud. Desde el momento en que Ricardo comprendió que era actor de un drama de amor, se reveló en su interior todo lo que el hombre tiene de cómico, de audaz y de atrevido; se consideró el paladin de Amalia, le pareció que su honor de caballero lo colocaba en la estrecha necesidad de amparar á la desgracia oprimida, de redimir á la esclava de su deber, de sacrificarse por aquella beldad romántica que tenia arranques de franqueza y golpes de efecto.

1020006096

La vanidad cooperó no poco á que Ricardo se entregara maniatado á su instigadora, cuyas imprudencias eran ya para Ricardo otras tantas pruebas de un temple de alma sublime y de no sabemos cuantas otras virtudes relevantes.

CAPÍTULO VI.

LA CASA DE SANCHEZ.

El lector no conoce de la casa de Sanchez, mas que el tocador de Amalia y la sala.

Le invitamos á pasar adelante.

En la asistencia, que es una pieza alfombrada y en la que á pesar de lo costoso de algunos muebles, reina cierto desórden y desaseo, estaba instalada hacia dos horas una verdadera tertulia.

En un sillon verde estaba Don Aristeo.

Don Aristeo era un hombrecito de edad dudosa aunque podria tener cincuenta años; era magro, de pelo negro

entrecano, gruesas cejas y mirada huraña; tenia los ojos constantemente ribeteados por una línea roja y los lagrimales espaciosos y rubicundos; estaba envuelto en una capa parda y paseaba sus miradas alternativamente sobre cada uno de los personajes que iban tomando la palabra.

Don Aristeo era compadre de Sanchez.

—¡Pobre de mi hermano! decia doña Felipa, muger entrada en edad, trigueña y un tanto estenuada por una tos que padecia; pobrecito! ya no es posible ver lo que se sacrifica; el hombre trabaja, el hombre se afana, el hombre está pendiente de todo y de todos con una asiduidad y con una constancia ejemplares.

—Es una presea el señor de Sanchez, dijo una anciana con voz de sochantre; si no fuera porque es un poco hereje yo lo querria mas.

—¡Cómo hereje! dijo doña Felipa, usted llama hereje á todos los hombres ilustrados, á todos los que no participan de las preocupaciones de usted.

—¡Ave María Purísima! Felipita, si comenzamos á hablar de política, resulta lo del otro dia.

—Eso no es política.

—No será, pero como es usted *pura* defiende usted todas esas cosas.

—Yo no soy pura, soy liberal, porque soy ilustrada y á mucha honra lo tengo, replicó doña Felipa haciendo dos contorsiones.

—Que lo diga el señor Don Aristeo que es hombre docto, insistió la vieja chocolatera.

—Ya sabe usted, mi señora doña Anita, contestó Don Aristeo, que no me gusta meterme en cuestiones de ese carácter; yo soy el primero en lamentar los extravíos de la impiedad y de la reforma, y acá á mis solas y por evitarme de controversias tengo muy presente en mis oraciones á todas las almas descarriadas por cuya salvacion ruego á Dios Nuestro Señor todos los dias.

—Quiere decir que usted tambien cree que el pobrecito de mi hermano es hereje!

—Mi estimado compadre y amigo, su hermano de usted, es una persona para mí sagrada porque basta que le coma el pan para que yo tenga el deber de respetarlo; pero no obstante, ya algunas veces le he predicado, en descargo de mi conciencia: mi compadre es un bello sugeto y siento en el alma que esté contaminado con las ideas nuevas; estas ideas, mi señora doña Anita, que han perdido y están perdiendo tantas almas.

—Eso, eso, señor D. Aristeo, las ideas; Felipita tiene esas ideas y por eso se incomoda cuando le digo pura.

—Ya he dicho que no soy pura sino liberal, y que una cosa es que uno tenga ideas de ilustracion y otra que sea hereje como se permite llamarme la señora doña Anita, persona que no porque peina canas está autorizada para tratarme así.

—Lo siento mucho, Felipita, pero es cierto; y si no vamos á ver; ¿usted dónde oye misa? ¿á que no me lo dice usted, mi alma?

—Oiré misa dónde me dé la gána; yo no soy hipócri-

ta ni necesito hacer alarde de devota ni probarle á nadie lo que creo.

—¡Que tal! gruñó doña Anita; ¡que tal! ya salió cierto, no lo dije? está usted excomulgada, y como que sí.

—¿Yo excomulgada? mire usted, señora doña Anita, que tengo muy mal genio, y en tocándome las generales y sobre todo á cosas de conciencia, no veo pelo ni tamaño y.....

—Adios, dijo la vieja, me va á comer.

—¿Que sucede? gritó un pollo en mangas de camisa que se estaba poniendo la corbata, ¿quien grita aquí, quien al borota? quién habia de ser, tia Anita; siempre que viene hay una camorra y en presencia de Don Aristeo; contenga usted á esa gente, respetable señor.

—Yo no me mezclo en esos asuntos, son cuestiones muy delicadas sobre todo tratándose de señoras.

—Me alegro que te descolen, dijo la vieja chocolatera; los niños tampoco deben meterse en esas cosas.

—¿Quién le ha dicho á usted que no? los niños de hoy sabemos mas que todas ustedes las octogenarias, apergaminadas y ridículas; y siempre que usted, tia Anita, venga á alborotar mi casa, ha de oir mi lengua.

—¡Cállate! maldiciente, herejote!

—Y usted harpía, rata de sacristía, Madre Celestina; deme usted un polvito, Madre Celestina; usted debe reducirse á rezar su rosario y dejarnos á nosotros en libertad de hablar y de discurrir segun el espíritu de la época.

—El espíritu corrompido de la época.

—Que no es la de usted, sino la de los libres pensadores.

—Eso eres tú, tú eres libre pensador.

—Sí, á mucha honra lo tengo, porque soy un hombre libre.

—Un libertino querrás decir, Dios me libre de tí! tú sí que estás excomulgado, hereje; no tengo mas consuelo sino que allá abajo, en el purito infierno, es en donde vas á recojer el fruto de tus libertades y sus ilustraciones.

—El infierno salió borrego tia Anita, ya no existe mas que para las viejas como usted que son las únicas dignas de permanecer en la tierra caliente por toda la eternidad.

—Ya quisieras ser tan buena cristiana como yo.

—Vamos, vamos, que se acabe la disputa, señora, dijo D. Aristeo con aire de suficiencia y conociendo que la cuestion tomaba un carácter alarmante.

Reinó de pronto el mas profundo silencio.

Las escenas de esta clase, se repetian con frecuencia en la casa de Sanchez; y como quiera que lo que allí pasaba reconocia cierto orígen que importa á todos conocer, procurarémos dar mas detalles acerca de la formacion de aquella colonia doméstica, que buenamente se daba á conocer con el nombre de la familia de Sanchez.

Sea Sanchez el tronco, y examinémosle.

Sanchez, como hemos dicho ya, era un personaje nuevo, fruto maduro del *anden y ténganse* de nuestras cosas, resultado inmediato del torbellino revolucionario. San-

chez, oscuro, pobre é ignorante, hubiera muerto en su pueblo llorado por unas cuantas buenas gentes.

Pero dióle por cursar la ciencia política con el tendero de su pueblo, que recibia algunos periódicos de México; fué amigo del prefecto, y como tal tuvo que ver, primero con la Junta patriótica, despues con el Ayuntamiento, luego con la Junta de instrucion pública; y poco á poco Sanchez, el oscuro Sanchez, se fué haciendo persona; no aprendió la política ni en la historia, ni en otros libros, sino de oidas con los que hacen la política, que son los verdaderos maestros.

En poco tiempo ya Sanchez sabia que la política eleva á los hombres.

Que en política, el fin justifica los medios.

Que se debe trabajar para sí propio, haciendo creer que se trabaja por los demas.

Que en política, todos son escalones.

Que es necesario tener mucho cuidado con el patriotismo, porque este suele, si es bueno, ser un ingrediente que destruye las mas sólidas bases de cierta política.

Que tambien es necesario tener mucho cuidado con el corazon, porque los políticos no deben tenerlo.

Que por las circustancias climatéricas y de otro género del país, la fuerza de inercia es una de las fuerzas mas provechosas, como se sepa manejar, etc, etc.

Cuando Sanchez supo todo esto, fué ya político y aún se lanzó al editorial con brio y con fé, para ceñirse el doble laurel del periodista.

Sanchez era ya presentado á las notabilidades revolucionarias como político y como periodista, todo lo cual le permitió hincar un diente en la ley de 25 de Junio, volviéndose propietario.

Se adjudicó iglesias, cementerios, casas, solares, coros, sacristías, ranchos y capitales.

Sanchez, en esa época feliz de la desamortizacion, no necesitó mas que abrir la boca para decir en papel sellado: *esto es mio*.

No se necesitaba mas. Cieto es que la ley habia tenido la honradez de decir *vendo;* pero los compradores sabian mejor que la ley donde les apretaba el zapato, y compraban con todos los requisitos legales, suprimiendo la insignificante formalidad de entregar el dinero.

Sanchez aprendió á hacer fortuna como habia aprendido á hacer política: de una manera expeditiva y sin complicacion ni grandes cálculos.

Cuando Sanchez tuvo un papel en la mano, en el que la ley lo investia con el carácter de presunto dueño, Sanchez haciendo poco caso del *presunto*, vendió lo que no podia comprar, porque no tenia con qué.

Y resolviendo con facilidad el difícil problema de vender lo que no habia comprado, encontró la piedra filasofal.

Por supuesto, que una vez en posesion de esta piedra rara, Sanchez fué otra cosa.

El dinero hizo como siempre su trasformacion; le dió á Sanchez ese tinte que sin tener color puede llamarse dorado, y Sanchez comenzó á ser un sugeto muy apreciable.

Como todo le cogia en deseo, se emborrachó seguido con Champagne, se mandó hacer mucha ropa, compró muchas cadenas de reloj y muchos brillantes, comió mucho hasta engordar y se volvió pulcro de la noche á la mañana.

No pudo tolerar una camisa de dos dias, y se admiró en su interior de haber podido vivir treinta años sin calcetines.

Al poco tiempo, Sanchez se olvidó de su pasado. ¡Ingrato!

Una de las cosas que se le avivó á Sanchez con la opulencia fué el amor; de pacífico se tornó en ardiente, y tambien se admiró de como habia podido amar á lo pobre.

Sanchez tuvo muchos amigos y muchas amigas, pero entre todas Amalia se llevó la palma y fué por lo que Sanchez se llevó á Amalia.

Como Sanchez no era fuerte en materia de leyes ni de política, ni mucho menos en cánones, pues como hemos visto estudió en la tienda del pueblo todo lo que sabia, resultó casado por el mismo procedimiento expeditivo por el que habia resultado rico; no encontrando inconveniente en que así como habia suprimido el dinero para comprar, podia suprimir la bendicion para casarse, y así como habia vendido antes de comprar, bien podia llevarse á su muger antes de casarse con ella.

En todos casos Sanchez iba siempre á su fin por el camino mas corto, y este sistema le habia probado perfecmente.

Tal era Sanchez.

Siempre fué solo; pero desde que enriqueció, tuvo, no una familia sino una colonia doméstica, que dará todavía materia á nuestras habladurías.

Hablarémos de D. Aristeo.

Don Aristeo era el *ad reventaudum* de Sanchez. Nótese que todos los personajes, especialmente de los acabados de hacer, tienen un D. Aristeo.

Don Aristeo conoció pobre á Sanchez. D. Aristeo habia emprendido la carrera eclesiástica; pero las leyes de reforma aguaron sus proyectos santos, y se quedó sabiendo mas de sacerdote que de seglar.

Con motivo de las leyes de reforma, D. Aristeo se dedicó al estudió de las grandes cuestiones que se suscitaron entonces, y aún se permitió dar á la prensa, aunque no con su nombre, algunos largos opúsculos combatiendo el matrimonio civil, la libertad de cultos, la independencia de la Iglesia y el Estado, y otros varios asuntos de no menos importancia.

Estos estudios le dieron cierto valimiento con el clero herido, y fué D. Aristeo objeto de señaladas distinciones por parte de algunos doctos señores de la Iglesia católica.

Prestóse D. Aristeo á administrar ciertos bienes ocultos de acuerdo con Sanchez, bienes sustraidos á la rapacidad de la ley de marras, y que aún permanecen ayudando al culto; aunque bien seguros ya de los famélicos adjudicatarios.

Don Aristeo, como se vé, profesaba ideas diamentral-

mente opuestas á las de Sanchez; pero Sanchez era su compadre y le debia tantos favores, que los dos compadres llevaban algunos años de dar el espectáculo de una rata y un gato en la misma jaula.

CAPITULO VII.

CONTINUA EL ELENCO DE LA FAMILIA DE SANCHEZ.

La hermana de Sanchez, doña Felipa, no habia visto á su hermano en quince años, porque Sanchez no creyó necesario tener hermana siendo pobre; de manera que cuando enriqueció buscó á la pobre de Felipa, la cual estaba al servicio de unas señoras muy devotas y muy buenas.

Doña Felipa era mas fea que su hermano, y á pesar de todo fué insuficiente esa segunda mano que habia trasformado á Sanchez.

Doña Felipa siguió siendo fea é inculta; pero al saber que venia á Mexico, y como por otra parte habia ya cobrado mucho cariño á Sanchez, se dejó civilizar por este.

De manera que, á lo mucho que doña Felipa sabia en materia de retroceso y preocupaciones, se agregaba el conocimiento de todo lo que Sanchez le habia enseñado, y resultaba una enciclopedia de barbaridades solo atesorables en una entidad anfibia como doña Felipa.

Doña Felipa en su calidad de fea de solemnidad, habia apechugado rabiando con su estado honesto. Quedarse; hé aquí un *gregorito* reservado por la suerte en la naturaleza, entre todas las hembras, solo á la muger.

La muger es la única que *se queda*.

Estas que se quedan, en cambio nunca se quedan por cortas, y por medio de una lenta sucesion de desengaños, asumen su soberanía en la lengua; y hacen muy bien, al menos atendiendo al sistema de las compensaciones, porque el mundo que nada perdona el muy pícaro, les llama á voz en cuello doncellas recalcitrantes y les prodiga otra porcion de epítetos, no menos provocativos y venenosos.

Antes las feas se quedaban para vestir santos; pero ahora que no hay santos que vestir, se quedan para todo lo que se ofrece.

Doña Felipa se habia quedado para alborotar, para discutir, para regañar, para burlarse de todo, para matarse lentamente con su propia bilis.

Tal era doña Felipa.

El pollo que se ponia la corbata, le llamaba á Sanchez

su tio, y no sabia por qué, ni nosotros tampoco; pero como esto de los parentescos se pone cada dia mas intrincado, no nos atrevemos á sacar de rastro la consanguinidad del pollo con Sanchez; y á nuestra vez nos conformamos con que sea sobrino en uso ó no de todos sus derechos.

El pollo se llamaba Julio, y era el que mas pronto habia recibido el tinte dorado de que hemos hablado. Julio era ya un pollo elegante. Por supuesto, era empleado, porque esto de las oficinas es el maná mas propicio de la patria.

No sepa usted hacer nada, no tenga usted oficio ni beneficio, no tenga usted patrimonio ni porvenir, y estará usted sentenciado por el órden natural de las cosas á morirse de hambre; pero para estos casos tiene la madre patria el maná de los destinos públicos, y de sentenciado se convertirá usted en persona decente.

Julio tenia todo esto encima, quiere decir: su inutilidad, su ignorancia, su pobreza, su oscuridad y su insuficiencia; era, en fin, un legítimo desheredado de la suerte, del talento y de la instruccion; pero era sobrino de Sanchez.

El dia en que averiguó este parentesco, se volvió loco de contento, y cifró en Sanchez todas sus esperanzas.

Como Sanchez era ya personaje que tenia amistad con los ministros y con el presidente y con muchos hombres de pro, pudo sin dificultad colocar á su sobrino.

El sobrino colocado contempló con placer su propia trasformacion, y llegó para él el dia glorioso de exhibirse

por esas calles ataviado y pulcro y elegante como un príncipe heredero.

Aprendió á ser cócora de los títeres y á hacer el oso, á blasfemar y á ser lo mas estúpidamente sentencioso que se conoce.

Este era Julio, miembro constituyente de la familia de Sanchez.

La Chata formaba tambien parte del *elenco*, pero de *volo*, quiere decir, comia allí muchas veces, dormia otras ó se trasladaba á la casa por temporadas.

La Chata tenia su historia y seguia siendo mocha, pero vergonzante.

Estando en el Colegio de las Vizcainas, á donde la dejó Amalia, acertó á salir algunos años despues para vivir con sus parientes.

La conoció un señor vestido de negro, y quien sabe por qué se acordó tanto la Chata de la conversacion aquella que habia tenido con Amalia respecto del casamiento de la muñeca Rosa.

Tanto se acordó la Chata de esta conversacion, que el del vestido negro se lo conoció.

Naturalmente aquel señor no estaba desprovisto de curiosidad y empezó á hacerle preguntas á la Chata, hasta que le refrescó las especies.

La Chata entró en detalles, y como en el colegio, pasó de la muñeca á su persona; y una vez personalizada la cuestion se casó la Chata con el señor del vestido negro.

Ese dia se acordó mucho la Chata de Amalia y de la muñeca.

No habia acabado la luna de miel, cuando el del vestido negro hizo un viaje.

No volvió.

Por via de codicilo supo la Chata un dia que aquel señor de la luna de miel era casado.

Y la Chata se quedó en el aire.

Desde entonces no tuvo residencia fija: unas veces desaparecia por varios meses; otras no se veia otra cosa por todas partes mas que á la Chata; unas veces vivia con unas amigas y otras con otras; la conocian en todos los cajones de ropa, donde tambien la conocian con el nombre de la Chata.

Entraba al *Sol*.

—Ahí está la Chata, decia un dependiente.

—Buenos dias, Chata, ¡que milagro!

—Ha de estar usted, contestaba la Chata, que las muchachas N*** van á la tamalada.

—¿A la de las R?.....

—Sí, las convidaron los Bustos.

—¡Ah! y.....

—Van todas de blanco.

—Y usted, como, siempre, va á disponer los trajes; bien, muy bien, como tiene usted tan buen gusto!... Voy á enseñarle á usted unas musolinas de la India que acabamos de recibir.

—¿Muy caras?

—No, criatura, qué caras, si son regaladas; llegaron antes de ayer y se están acabando, son riquísimas.

—A ver.

Ya otro dependiente habia colocado sobre el mostrador los bultos.

—Vea usted qué tela, Chata, de esto no ha venido nunca á México; hecho el vestido queda primoroso; generalmente los hacen encañonados.

La Chata se decide por la musolina, hace sus cuentas, no le alcanza el dinero, da lo que lleva, le apuntan el déficit á su cuenta corriente y le regalan un retazo de gró, dos cajas vacias, un rollo de cintas y un abrigo de brin del tercio de las musolinas.

La Chata le dá la mano á todos los dependientes, recoge tres ó cuatro flores y carga con la encomienda.

La Chata era muy útil, iba á los bailes y bailaba bien; tenia en las uñas las historias íntimas de todas sus amigas que eran muchas; la convidaban al teatro y al paseo y tenia semanas en las que sus costumbres eran enteramente aristocráticas, porque se la pasaba en casa de las B*** ó de las H***; era muy inteligente en comprar, tenia buen gusto, leia la Moda Elegante, y sabia hacer todas esas curiosidades de manos tan inútiles como costosas y que son el gran asunto de las señoras ricas que no se han emancipado completamente de la aguja.

Tenia á la sazon la Chata el compromiso de ayudar á unas amigas á acabar una cartera de cuentas, con otras

emprender un cojin bordado en canevá, con otra amiga bordar una gorra griega y con una novia unas pantuflas.

La Chata hacia muy buenos dulces y los hacia de encargo.

A la Chata se le podia encargar un platon de cocada, unos cubiletes de almendra, unas peras en pasta de almendra, unas quesadillas de Guatemala ó cualquiera cuelga.

Llegaba la Chata á una casa y un momento despues estaba rodeada de la familia.

—¿Que se les ofrece, muchachas?

—Qué se nos ha de ofrecer, Chata de mi vida, dice una señora, que el jueves es el dia de san Ruperto.

—¿Y que?

—¡Cómo qué! Chata de mis pecados, ¿ya no te acuerdas de mi padrino el señor canónigo de.....

—¡Ah! sí, ya caigo, ¿y que quieres que se haga en tan poco tiempo?

—Esa es mi apuracion, y luego que no es lo peor el tiempo, sino la bolsa.

—No me digas, si todo el mundo está.....

—Pero en fin, aunque sea haciendo un sacrificio.

—¡Pero muger!

—No hay remedio, toma mis alhajas y me haces favor de llevárselas á Pancho Cendejas, le dices que por un mes nada mas y á ver lo mas que le sacas.

—Bueno, ¿y que piensas?

—Comprarle una alba, ya sabes que las hay lindísimas, y le haremos ademas á mi padrino un platon de

huevos reales que le gustan mucho; yo queria regalarle su molienda de chocolate como todos los años, pero se me vino el tiempo encima y ya no se puede, ¿que dices?

—Pues voy corriendo.

—¡Ay! Chata de mi vida, sacarás una alma del purgario, mira que estoy atribulada.

La Chata se va, compra, vuelve, dirije, corta, dispone, hace el dulce, se queda á dormir, la obsequian, la miman, sirve admirablemente y la quieren todos, porque es buena para todo.

Tiene ademas Sanchez en su casa, un pobre hombre que se llama Pizarro, que ocupa el lugar medio entre el criado y el amigo.

Pizarro ha sido soldado, pero sin haber pasado de carne de cañon, tiene once heridas y está ya casi inútil, vive con casi todos sus huesos rotos, y un resto de voluntad y de carne le ayudan á seguir cargando su esqueleto roto por este mundo.

Pizarro quiere mucho á Sanchez porque le salvó la vida; lo mandó curar el último dia en que á Pizarro lo medio mataron.

Pizarro sanó, y no se volvió á separar de Sanchez. Todos los compañeros de Pizarro eran gefes, todos eran felices, todos eran personajes. Pizarro era una resurreccion, un mueble roto; tenia tantas heridas en la cabeza que no tenia memoria y tartamudeaba; le faltaba una mandíbula y tres dedos; y el pobre Pizarro aún se afanaba rengueando y sonriendo por halagar á Sanchez.

Pizarro cuidaba las armas, porque Sanchez aunque civil, era hombre de armas; pero no de armas tomar, sino armero.

Como habia andado en la revolucion tenia pistola de Colt reformada y carabina americana de 14 tiros y puñal.

Nada de esto le habia servido nunca á Sanchez para nada, porque no habia matado ni moscas, ni habia sido necesario tampoco; y habia quien creyera que Sanchez no debia tener aquel arsenal.

Amalia se lo habia dicho muchas veces. Pero á pesar de todas las observaciones, Sanchez habia adoptado la costumbre americana de usar *revólver*.

Sin meternos en si la portacion de armas es de caballeros, ni si los de la edad media se hubieran considerado incompletos, como leones sin garras y sin dientes, en caso de no ir siempre armados; solo procuraremos saber por qué Sanchez no dejaba un momento la pistola.

Las armas las inventó el miedo, y una vez fabricadas las compraron el valor, el coraje, la venganza, el crímen, los celos, la ley y la Iglesia.

Todos estos son los *marchantes* de las armas.

A Sanchez le sucedió una cosa apenas hubo quien le diera los primeros gritos: tuvo miedo.

El primer sinsabor que Sanchez probó en política lo indujo á comprar pistola.

Sanchez con pistola, se creyó á sí mismo con mas lógica; y lo creia de buena fé.

Hay insuficiencias que el hombre se empeña en llenar á toda costa.

El hombre hace daño á otro, y despues de hacérselo lo primero en que piensa es en la pena del Talion.

La tal pena es inexorable y durilla, y se nos resiste á todos por la intuicion que hay en todo ser racional, de las santas palabras:

«No hagas á otro lo que no quieras para tí.»

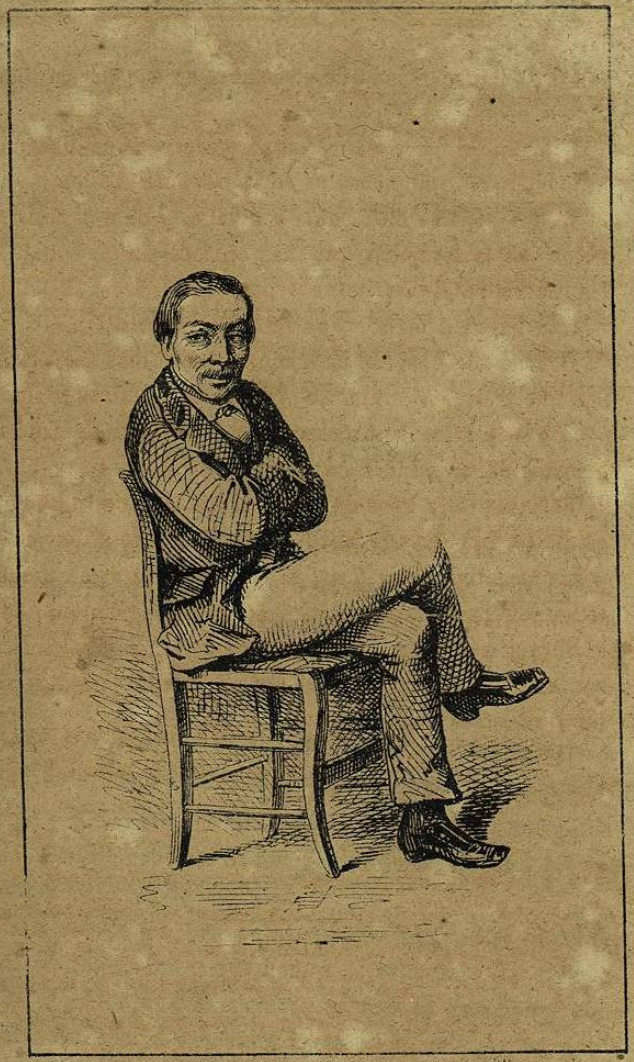
Despues de hacer el mal, encontramos mas fácil ceñirnos una pistola al cinto, que enderezar nuestros pasos.

El revólver no es precisamente la insignia de las conciencias puras.

Estamos muy lejos de negar al *revólver* su lugar en el camino de la industria fabril, ni sus patentes de invencion y sus medallas honoríficas, ni lo rehusamos como producto notable de las artes mecánicas, ni como resultado de la civilizacion y del progreso, ni mucho menos dejaremos de confesar que somos muy felices desde que podemos matar á nuestros semejantes de seis en seis.

De esto á la quijada de burro con que Cain mató á su hermano, va mucha diferencia.

LAS CAMONAS



Don Timoteo.

CAPITULO VIII.

EN EL QUE SE DA Á CONOCER À LA JAMONA DE «SANGRE PURA.»

LA revolucion en sus cien mil engendros monstruosos, hace morir sus últimas oleadas en la familia.

En la familia está escrita esa fatídica palabra como el título genérico de muchos volúmenes, que son otras tantas historias de lágrimas.

La revolucion nos ha proporcionado, entre muchos, uno de estos tomos que hemos hojeado para dar á conocer al lector nuevos personajes, que en relacion y contacto con los ya conocidos hasta aquí, completan el nú-

mero de los que nos han de dar hasta el fin la materia de que trataremos en este volúmen.

Como la jamona es por ahora el objeto de nuestro estudio, comenzaremos por ella.

La jamona, segun hemos dicho ya, tiene perfiles que se escapan, y presenta cambiantes tornasoles como algunas reacciones químicas.

En ese piélago de dudas y contradicciones que constituye el corazon de la muger, hay, no obstante, fundamento para asegurar que determinadas causas producen casi con generalidad determinados efectos; y esta circunstancia nos anima á emprender la difícil tarea de señalar algunas, siquiera como aviso anticipado que pueda servir de farol para que no caigan en el precipicio algunas apreciables criaturas.

Vamos á hablar de la señora doña Encarnacion N*** persona conocida con otro nombre convencional que la costumbre se ha empeñado en que sea el mismo; quiere decir, á esta señora le llaman todos *Chona* ó *Chonita*.

Chona es rica, bastante rica; no ha sabido jamas lo que es miseria, ni se la ha podido figurar hasta el momento en que tuvo que ver con una sociedad filantrópica que se llama La Conferencia.

Tiene Chona en la actualidad sus cuarenta y tres calendarios, y tal circunstancia constituye el primero y el mas importante de sus secretos íntimos.

Chona es una muger bien cuidada: la visita Lucio como médico de cabecera hace veinte años; y es tan formal

la lucha que Chona ha emprendido desde entonces contra los estragos del tiempo, que se puede decir propiamente que no ha pasado dia por ella.

Chona disfruta, ademas de todas las cualidades de su posicion y su patrimonio, de las inmunidades propias á su condicion y nacimiento.

Chona en su calidad de muger de polendas ha sido una de las mas encarnizadas enemigas de la reforma, y sin transigir un solo momento con las ideas del progreso, se encastilla en sus preocupaciones y es implacable en sus odios, para los que encuentra siempre una sancion en su conciencia.

Nació oyendo hablar mal de todos nuestros gobiernos y de todas nuestras cosas: sus padres, descendientes por ambas líneas de los principales conquistadores, heredaron el odio de aquellos señores contra todas las cosas de México, que nunca vieron como su patria, sino como la colonia arrebatada á sus legítimos dueños por el desbordamiento de las ideas del 93; de manera que Chona, esclava de la tradicion y con apego á todo lo viejo, habia aprendido á conservar todos sus errores y á aborrecer á quienes no pensaran del mismo modo que ella.

Las ideas nuevas fueron siempre en la casa de Chona consideradas como una verdadera nota infamante.

El portero de la casa era un viejo español mutilado, del regimiento de la Reina, y se apellidaba Santos.

Las personas que visitaban la casa eran, casi sin excepcion, todos los ricos que aun conservaban los pergaminos

de sus ascendientes, y ademas las notabilidades eclesiásticas: si contraian algunas nuevas amistades, eran la de algun ministro extrangero ó de algun español que por razon de sus asuntos mercantiles, estuviera ligado con el escritorio de la casa.

La familia tenia casa en Tlalpam, en San Angel y en Tacubaya.

Chona no habia sido la hija única: tenia dos hermanos que muy niños habian sido enviados á educarse á Europa.

Chona, obligada á sentir y á vivir en cierto círculo, se habia habituado desde niña mas á aborrecer que á amar, porque incesantemente las conversaciones familiares rolaban, por lo general, sobre la antipatía profunda que inspiraban los hombres y las cosas de México.

A los catorce años supo Chona que la persona que le estaba destinada para marido, era uno de sus parientes educado en Europa, y que estaba próximo á llegar á México.

Chona no habia amado á nadie, si se exceptúa una corta temporada en la que uno de sus primos tomó la costumbre de visitarla con frecuencia; pero constantemente vigilada, no llegó nunca á oir de boca del primo una declaracion en forma.

Llegó por fin el pariente, su presunto esposo; y como venia rodeado de todo el brillo que un elegante de veintiocho años é hijo de una familia rica puede adquirir en Paris, á Chona no le fué antipático el novio, al grado de que, sin pensarlo siquiera, consintió en el enlace.

En aquel matrimonio se trabajó mas en el escritorio que en la iglesia, pues se trataba, sobre todo, de unir dos fortunas que juntas iban á formar en lo de adelante un capital de consideracion.

Chona vivió tranquila, pero sin goces: educada en el refinamiento y el lujo, habia acabado por habituarse á todas las comodidades que hacian su segunda naturaleza, sin apreciarlas en lo que valen y sin pensar que habia nada mas allá de aquella vida en que todo le salia tan bien y tan á medida de su deseo.

El marido de Chona habia dejado en Paris todo lo que á los veintiocho años le quedaba de sentimentalismo y de fé; y gastado hasta la indiferencia, habia aceptado su posicion de marido y padre de familia, como el segundo periodo indispensable de la vida, en el que entraba por hacer lo que hacen todos.

A la sazon en que conocemos á Chona ha entrado ya á la edad de la muger, tiene mas de treinta años, periodo de tiempo que á pesar de la notable hermosura de Chona, ha podido imprimir á su fisonomía no sabemos que gesto de desden aristocrático, que la hace de cierta manera interesante.

El marido de Chona tiene un amigo, un amigo íntimo y compañero suyo en su vida parisiense; juntos hicieron allí la campaña contra su propio corazon, contra su resistencia y contra su fé.

Este jóven se llamaba Salvador, era de Buenos Aires y pertenecia á una familia rica de comerciantes.

A Salvador lo habian mandado sus padres á Paris para que se educara, y Salvador sabia efectivamente á su llegada á México, todo lo que hacen los estudiantes: conocia prácticamente y con intimidad la vida del barrio latino, ciencia que le basta al hombre para no quedar en aptitud de necesitar aprender otra cosa.

El marido de Chona vivia en el escritorio, donde entre los grandes libros de caja se engolfaba horas enteras, porque ya en este corazon marchito no habia quedado mas que ese último jugo amargo que se llama avaricia.

En cambio, Chona se fastidiaba soberanamente entre sus colgaduras, entre los tapices y los primores de sus habitaciones, y buscaba un entretenimiento en las labores de mano, en esas curiosidades en las que la muger que las concluye no tiene siquiera el mérito de la invencion; bordaba con cuentas de vidrio sobre terciopelo una cartera; pero todos los trabajos preliminares eran obra del bordador á quien le pagaba porque restirara el lienzo y pusiera la *cartulina*, de manera que Chona reducia su afan á ensartar cuentas para cubrir la labor.

Chona no habia tenido hijos; circunstancia que habia obligado á los médicos de la casa á tener largas conferencias con el marido, quien á su vez confesó con ese motivo el forzoso desencanto á que estaba reducido, merced á sus prodigalidades parisienses.

Salvador, en su calidad de hombre acomodado, se habia acostumbrado á vivir con esa triste facilidad del que no lucha para conseguirlo.

La lucha del trabajo, esta lucha que para algunos es una sentencia y hasta una maldicion, encierra el tesoro de la esperanza, la perspectiva de un mas allá que nos alienta, explotando nuestras facultades y empeñándonos en sacar de nosotros mismos ese material de guerra, doloroso si se quiere, pero con el que compramos un pan blanco y una cama donde se duerme bien.

Salvador desde niño no habia aceptado un puesto en esa lucha perenne, no era obrero ni paladin de la esperanza, era simplemente consumidor, y el caudal de sus esfuerzos era nada mas el depósito de esa suma de facultades para el goce y para los placeres.

Salvador decia que habia nacido para gozar, y gozaba; pero si bien lo averiguamos, no soñaba con la felicidad como soñamos nosotros, nunca habia despertado con el deslumbramiento de una de esas dichas lejanas que se le acercan al pobre solo en mirajes y en fantasías.

Salvador no tenia necesidad de poner á contribucion sus deseos no realizados, sus esperanzas de mejoramiento, sus ensueños, sus imposibles, sus quimeras; todo esto era para él una música incomprensible porque todo lo tenia: era buen mozo, no carecia de talento y de gracia, y siendo muy rico, no necesitaba apurar su ingenio para procurarse comodidades.

Habia sentido la saciedad antes que el hambre, y su espíritu repleto no esperaba ya en la vida ninguna trasformacion, no se alentaba con ningun estímulo, estaba muerto en el término de su viaje moral; en una palabra, un fisió-

logo hubiera podido diagnosticar sin equivocarse esa terrible enfermedad moral que se llama *spleen;* no el abuso de esta palabra que no tiene embarazo hoy en aplicarse con risible prosopopeya hasta el miserable remendon, sino la legítima desolacion inglesa que llega á hacer suicidas á los millonarios.

Salvador, pues, pasaba al lado de Chona las largas horas que su amigo pasaba en el escritorio.

—¿Que tiene usted, Chona?

—Nada. ¿Y usted?

—¿Yo?..... nada.

—¿Nada de nada?

—Nada de todo.

—Lo compadezco á usted.

—¿Por qué?

—Está usted muerto.

—Me hago digno del mundo, digno de la época, digno de la sociedad en que vivimos.

—¡Blasfemo!

—Vea usted, Chona, le hablo á usted con el corazon.

—¿Qué corazon?

—Me hace usted unas preguntas.....

—Eso es porque le conozco.

—Creo que no.

—Mucho, Salvador.

—Deme usted una prueba.

—Esta.

—¿Cuál?

—Dejarlo á usted pasar junto á mí cuatro horas diarias.

—Llámeme usted de una vez inofensivo.

—No queria decir la palabra, me parecia dura.

—Eso requiere una explicacion.

—Estoy dispuesta á darla.

—Pero deje usted esas cuentas de vidrio, á las que tengo una aversion horrible.

—¿Por qué? ¡pobres cuentas! las dejo.

—¿Por qué me considera usted inofensivo, vamos á ver?

—¿Cuántos años tiene usted?

—¡Ah! la cosa es séria: treinta y dos.

—¡Me da usted lástima! dijo Chona despues de un momento de contemplar á Salvador.

Salvador sintió, como el enfermo, que la sonda habia llegado hasta el fondo de la herida y guardó silencio; pero un silencio terrible, porque Salvador sintió que algo muy amargo se habia revuelto en el fondo de su alma.

Despues de un largo rato dijo Salvador con una voz vacilante, y conmovido, contra su costumbre:

—Tiene usted mucho talento.

Otra vez se quedaron callados y sin verse.

—¿Y no tengo remedio? preguntó Salvador.

—¡Ah!..... exclamó Chona moviendo la cabeza con ese gesto del médico que no tiene esperanza.

—Cúreme usted.

—¿Yo?

—O usted ó nadie.

—¿Quién soy yo?

—Ahora me toca á mí. Usted es una muger desgraciada.

—Entonces un enfermo no puede curar á otro.

—Sí, porque uno de los enfermos es médico, y el otro es simplemente enfermo. Usted, Chona, tiene todavía lo que yo ya perdí para siempre; usted no ha malgastado su caudal.

—Es lo mismo, porque mi caudal consiste en bienes de manos muertas.

—Yo seré la ley de 25 de Junio.

—Gracias.

—Yo sé una cosa: que usted nunca ha amado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No sé como; pero conozco las flores que no se han abierto.

—¡Soy casada!

—No me haga usted reir.

—Le recuerdo lo que pretende usted olvidar.

—Al contrario; hablemos de usted como muger casada; ¿no tiene usted inconveniente en ello?

—No; ¿por qué?

—Usted se casó sin amor.

—Cierto.

—Y no habia amado antes.

—Cierto.

—Usted no ama todavía.

—Eso..... eso no es cierto.

—¡Chona, cuidado con mentiritas!

—Entendámonos; amo á mi marido.

—Lo creo, ¡pero si viera usted cuantos peros hay que poner despues de esa frase!

—¿Muchos?

—Sí, muchos.

—Me voy haciendo curiosa: empiece usted.

Salvador sacó su reloj.

—Son las once y media.

Chona se acercó á una mesita china que servia para soportar una magnífica licorera, que consistia en una caja de madera preciosa con incrustaciones; tocó un resorte y la caja se trasformó.

—Me entristece usted, Chona.

—¿Por qué?

—Si le digo á usted lo que pienso ¿no se burlará usted de mí?

—¡Burlarme! ¡Salvador!.....

—Pues bien, óigame usted: este detalle es una galantería por parte de usted, que aislada tiene un atractivo encantador.

—Pero.....

—Pero me ha hecho una impresion distinta de la que debia producirme. No cabe duda en que me adivinó usted el pensamiento; mejor dicho, eso es lo que yo iba á pensar y usted pensó por mí; pero en seguida me ha sucedido una cosa muy rara.

—¿Qué?

—No creo en esos amores nones, Chona; sin reciprocidad no hay amor.

—Esa es una bonita teoría.

—Me gusta la provocacion y entro en materia: Chona, usted no ha amado nunca ni ama todavia, pero amará.

—¡Cuidado, señor profeta parisiense!

—Usted se casó.....por casarse; pero al cambiar de estado no aceptó usted mas que la apariencia sin modificacion moral: su corazon de usted no ha tenido ni primavera ni estio: ríndase usted á la evidencia.

—¿Y eso tambien lo aprendió usted en Paris?

—Sí, Chona, en ese libro maldito cuyo índice se parece tanto á la agonía del alma. Vamos, sea usted franca, ¿tengo razon?

—Sí, Salvador.

—Acaba usted de pronunciar mi nombre.....

—*Salvador*..... repitió Chona reflexionando, y levantó los ojos para ver á Salvador y en seguida agregó:

—Debia usted llamarse *náufrago*.

—Y usted *tabla*.

—¿Es muy imponente el mar?

—No, Chona: yo lo he atravesado, y como no soy poeta he llegado sin novedad.

—¡Ni el mar! murmuró Chona. Enmiéndese usted.

—¿Luego tengo remedio? Enmendarme: he aquí un bello ideal que no me habia ocurrido y que usted me inspira; ¡enmendarme! quiere decir, corregirme, regularizarme: táchemе usted, Chona, bórreme si es preciso, pero ayúdeme usted á hacer esa enmendatura de mí mismo; yo me presto, prometo ser dócil; borrador como soy, me entrego á usted sin propiedad literaria, sin autor, con todos mis borrones, con todas mis entrerenglonaduras. Aquí estoy.

—Soy mal corrector de pruebas.

—¡Quién sabe! empiezo á presentir que realmente hay dos vidas, y usted, Chona, tiene la llave de la otra.

—Ya eso es mucho.

—No, no es mas que la llave.

—¿Por qué no lee usted?

—Siempre he creido que no hay mas libro que la muger.

—Por eso está usted enfermo del alma, la muger es un abismo.

—Que enseña.

—Pero no á los maestros.

—A todos. Yo he aprendido de usted hoy muchas cosas que ninguna muger me habia enseñado.

—Y sin embargo, no me tengo por una muger de mundo.

—Tiene usted un depósito que es un tesoro; figúrese usted una planta, que como usted, no ha tenido ni primavera ni estío; es una planta vírgen que encierra todos los gérmenes de la flor que no ha nacido: esa es usted, y los gérmenes de esa flor son mi medicina.

—¿Ha estudiado usted botánica?

—No, pero como soy jardinero de pacotilla es la primera vez que me encuentro una planta como usted.

—En fin, paso por ser una planta, pero no por eso usted pasará de ser un enfermo incurable.

—¿Ha estudiado usted medicina?

—No, pero he visto enfermos y conozco los que son incurables.

—¿Y yo.....

—Usted no tiene remedio.

Cárlos se presentó en este momento.

Por la primera vez, Salvador se sintió contrariado en presencia de Cárlos.

Cárlos atravesó la sala para entrar á la pieza inmediata, fijó la atencion en el estrado y dijo con profunda indiferencia:

—Hola.....

—Adios, Cárlos, dijo Salvador.

Y Cárlos desapareció. Traia unas libranzas en la mano.

Apareció á poco rato y dijo á Salvador:

—¿Ya sabes que nos esperan en Tacubaya?

—¿Mañana?

—No, esta tarde.

—¿Hoy es martes?

—Sí.

—Yo no voy.

—¡Hombre!

—Vayan ustedes.

—¿Tienes que hacer?

—Mucho.

—Iremos todos, agregó Chona, te esperaremos.

—No; vayan ustedes: no voy.

Y Cárlos salió de la sala.

—Este Cárlos se hace mas ingles cada dia, dijo Salvador, y acaso será el primer momento en que se ven marido y muger en todo el dia.

—Justamente.

—Lo dicho, ¡pobre de usted!

—Tenga usted presente que yo no me he lamentado.

—No, porque hay enfermos que saben sufrir. Curémonos, Chona, es necesario no esperar la muerte en nuestra calidad de enfermos habituales; sanemos para morir despues.

Efectivamente, Salvador hablaba con sinceridad, deseaba curarse, y solo este síntoma era una regeneracion.

En Chona se estaba operando tambien una trasformacion.

Cuando en la historia de su vida moral no leia mas que esta palabra: «*indiferencia*» se entristecia de su pasado, pero porque presentia una regeneracion.

Chona debia presentir un abismo ante cualquiera idea de regeneracion moral, pero no pensaba en el crímen: llevar hasta allá sus ideas hubiera sido el colmo de la malicia.

A esa puerta nunca toca el amor sino despues de muchas curvas.

Cuando Chona estuvo la noche de ese dia sola en su dormitorio, contó con todos los ángeles de la fantasía, menos con el del sueño: fué el primero que huyó.

Ese ángel es el que precede en su huida al de la inocencia y al del pudor.

Chona tenia una magnífica fotografía de Salvador, hecha en Paris.

Le ocurrió ver esa fotografía.

—¡Quien lo habia de creer! cualquiera muger que vea este retrato, cree que este es un hombre lleno de fé, de amor, de entusiasmo, de poesía y..... y no hay nada, ya es un cadáver.

¡Hubiera yo visto á Salvador en Paris, lo hubiera yo podido seguir á todas partes para espiar sus acciones!

¡Cuantas cosas habrá pasado! ¡que feliz habrá sido¡ ¡cuantas mugeres lo habrán amado! y cuando el sueño se haya apoderado de él, cuan fatigado ha de haberse sentido y qué sopor se habrá apoderado de su cuerpo.....!

La saciedad.

He aquí lo que no comprendo: ¡saciarse! ¿de qué? porque saciarse, cansará el amor, el amor tendrá fin.

¿Si Salvador será nada mas un cómico?

De todos modos, le queda algo mas que á mi marido. ¡Cuanto me ha hecho llorar Cárlos!..... pero todavía no lo sabe, él cree que jamas he derramado una lágrima..... ya se ve, para mi marido no hay lágrimas ni placeres, una letra de cambio no tiene ni sonrisas ni lagrimales.

En fin, este Salvador me entretiene maravillosamente.

¡Que abismos, que oscuridades se encierran en cada corazon!

Yo no sé que atraccion irresistible me induce á averiguar la vida íntima de Salvador; nunca he podido comprender ese Paris que me pintan como una vorágine, donde se pierden capitales como se pierden creencias é ilusiones y todo.

Y Chona se quedó viendo de nuevo la fotografía de Salvador.

A trueque de exponernos á la crítica, no podemos prescindir de narrar aquí una situacion idéntica, supuesto que real y positivamente pasaba tal como la vamos á describir.

Salvador estaba á la sazon en su cuarto viendo la fotografía de Chona.

—No tiene esta muger nada de *chic parisien*, pero decididamente hay un tesoro en su corazon.

Cuando se acostumbra uno á ver flores artificiales y á aspirar aromas de Pivert ó de Ninon de Lenclos, se encuentra uno con un jazmin, con un verdadero jazmin y goza con su aroma.

A mí me ha sucedido estar embardunado con magnífica pomada imperial de heliotropo, teniendo á mis órdenes ademas un frasquito de extracto de á 25 francos, que valia por todo un jardin; y sin embargo, corté una sola flor de heliotropo para aspirar su esencia, la misma esencia de que estaba yo literalmente impregnado.

Me acuerdo que Cárlos me llamó estúpido, se rió de mí á reventar y no lo pude persuadir de que, impregnado como estaba de ese aroma, aun percibia el de la flor.

Chona es el heliotropo, Paris el pomo de 25 francos.

¡Que falta me hace un novelista! Si estuviera yo en Paris, le preguntaria á Mr. Alejandro Dumas (hijo), si es posible la regeneracion moral por el amor; él que ha escrito eso, debe comprenderlo y debe saber si la moral de su Traviata, es aplicable al sexo fuerte, despues de haber vivido diez años en Paris.

En fin, veremos. Yo noto en Chona..... y á todo esto, este nombre no es eufónico, pero Encarnacion es peor; no, no es peor; yo he oido decir: la encarnacion de un ángel, de un sueño, de un deseo.

¡Si me volveré poeta á la vejez, si iremos saliendo con que no lo he perdido todo y ando todavia en pañales en estas materias á pesar de Paris!

¡Ah! agregó Salvador suspirando profundamente: ¡es imposible!

¡Despues de las locuras!..... ¡de aquellas encantadoras locuras de mi baronesa!..... ¡oh, que baronesa, todo fué para ella..... todo!..... En el cementerio del P. Lachaise están mis treinta años convertidos en mármol y en arbolitos. ¡Chona! agregó con enfado, ¡Chona!..... no basta..... no alcanza..... no puede.....no sabe.....¡pobre Chona!

Salvador habia pedido té á su criado, y en este momento se lo servia.

Salvador hizo una seña á su criado, y este sin vacilar un instante puso la licorera sobre la mesa.

—Sírveme *Kirsch*.

El criado obedeció.

Salvador estaba acostumbrado á no cuidarse de sus criados, y en materia de amores el criado solia estar al tanto de muchas poridades.

Sobre el buró habia un zapato de muger, un zapato parisiense de raso color de rosa pálido; aquel zapato perteneció á la baronesa, lo sabia el criado y sabia tambien que dentro de aquel zapato habia de poner la cerillera.

El criado podia tambien hojear en ausencia de Salvador el álbum secreto de su amo.

Era un álbum en folio, tenia sobre la pasta un bajo relieve representando el Amor con todos sus atributos.

Aquel álbum era horriblemente curioso.

Todo lo sabia el criado de Salvador; pero este, por primera vez en su vida, se ocultó de su criado para contemplar la fotografia de Chona; hizo mas, la guardó mientras su criado le servia.

Estaban, pues, ya frente á frente dos corazones que latian bajo muy diversas impresiones.

El de Chona era un tesoro vírgen.

El de Salvador, una caja vacia.

CAPITULO X.

UNA VIEJA CHOCOLATERA.

SANCHEZ es una verdadera presea para el interes creciente de nuestro relato: le sabemos muchas cosas y hemos de decirlas, inocentemente.

Sanchez no tenia solo una casa, tenia dos; pero tal lujo de domicilios habia permanecido hasta entonces envuelto en el misterio.

Pero doña Felipa tenia una amiga y amiga de la tia Anita. Era la tal otra vieja chocolatera que se alternaba en chocolates y habladurías con doña Anita.

Esta vieja se llamaba doña Zeferina, tenia un hermano

clérigo que la mantenia, y doña Zeferina no vivia, hacia muchos años, sino para procurar la salvacion de su alma; obra por demas erizada de dificultades, pero que todas, en concepto de la misma doña Zeferina, estaban allanadas completamente.

Veamos su sistema.

Doña Zeferina madrugaba y oia la primera misa que se decia en la iglesia de su barrio; volvia á su casa á desayunarse, y en seguida emprendia el camino hasta la iglesia donde estuviera el circular; allí oia la misa mayor y rezaba dos novenas que siempre traia entre manos: una andada y aplicada por sus propias necesidades, que eran algunas constantemente; y otra por oficiosidad por los cuidados y desgracias de alguna de sus amigas, á quienes, como debe suponerse, nunca les faltaban cuidados y desgracias.

Volvia á su casa á comer, dormia siesta y se levantaba para ir á tomar el chocolate á alguna visita: los lúnes con las monjas, mártes con una comadre, miércoles con las hermanas de su confesor, júeves con una amiga, viérnes en la casa de Sanchez; el sábado tenia mucho que hacer y el domingo se quedaba á comer en alguna parte, y el lúnes anudaba el turno nuevamente.

El chocolate no le impedia concurrir al *depósito*, al *sermon*, á los *desagravios* ó á la novena solemne en alguna iglesia.

Lo único que cambiaba la monotonía de su vida, era

el ir por una amiga ó amigas á su casa para ir en su compañía á la iglesia.

Doña Zeferina tenia la costumbre inveterada de comer en la casa de sus amigas cada dia de cumpleaños, y en algunas partes se quedaba á dormir, porque no habia quien la llevara á su casa de noche.

A doña Zeferina nunca le faltaba que hablar, tenia materia abundante para todo el año, contando en una casa lo que oia en otra, circulando las noticias de las funciones religiosas, y describiendo las fiestas de familia á que concurria.

Sabia de memoria el calendario; y mas exacta que las interesadas, avisaba con anticipacion en cada casa:

—No se te olvide, mi alma, que el 22 de este es San Anastasio y el 29 San Francisco; ahí tienen ustedes á doña Anastasita la Ortiz y á mi señor D. Francisco el licenciado, á quien tantos favores le debe tu familia; no se te vaya á pasar.

Un viérnes entró doña Zeferina á la casa de Sanchez.

—Buenas tardes, Felipita. Anita, ¿cómo te ha ido? ¿cómo están todos por acá? ¿cómo está el señor Sanchez y Amalia y la Chata? ¿cómo les ha ido de tiempo?

—Buenos todos, á Dios gracias.

—¿Y D. Aristeo?

—Bien.

—¿Con que todos buenos? ¡cuanto me alegro! de santos nos debemos dar con que no haya venido por aquí la plaga de los catarros de mis pecados; acabo de venir de la

casa de las hermanas de mi padre confesor, que es tan bueno y tan santo, y todas, mi alma, todas están del catarro, perdidas; si es en la casa del licenciado, lo mismo: tiene dos niños con tos ferina, de mucha gravedad, y hasta una de las madres, de las madrecitas las pobres, me la he ido á encontrar con un constipadazo que hasta parece pulmonía; vamos, si te digo, mi alma, que yo no sé adonde vamos á parar con tanto catarro; es el tiempo, es el tiempo; estos cambios tan repentinos, que sale una caliente, y zas, allá van los estornudos y catarro para una semana; ¡como ha de ser, que se haga en todo la voluntad de Dios! ¡Si te digo que yo ya no sé que plaga nos faltará, porque todo se nos junta! ¡todo! ¡todo! ¡porque si es de arranquera, no me digas, que están todos que se sorprende uno! ¡Y vaya, si dijéramos los pobres; pero no, mi alma, los ricos tambien! ¡asombra ver en ese montepio los primores que llevan! ¡y qué alhajas! ¡qué córtes! ¡qué tápalos chinos! ¡todo de gente que tiene! ¡conque figúrate como estarán las cosas, Felipita de mi alma y de mi vida! ¡pero como ha de ser! ¿Conque por acá todos buenos?

—Sí, vamos pasando.

—¿Y en paz?

—Así, así.

—Ave María Purísima, ¿conque.....

—Ha habido de todo.

—¡No lo permita la cruz de mi rosario, Felipita de mi alma! ¡qué me cuentas! ¿conque ha habido de todo? yo, mi alma, como ya soy vieja no me sorprendo de nada;

pero ve uno unas cosas que con razon; ¡ya se ve! ¡es imposible, imposible que ciertas cosas salgan bien, porque ya sabes que del cielo á la tierra, no hay nada oculto, y el dia que uno menos lo piensa ¡adios! se descubre todo, porque ya sabes que nunca falta un yo lo ví; si te digo, mi alma, que estoy aburrida; ¡ya no quiero vivir, Señor, ya no quiero que me cuenten nada, pero qué quieres! le cuentan á uno y no hay remedio; ¿yo? ¿pues cuándo sabia nada de lo de acá? estaba muy quitada de la pena cuando me dice una señora que oye misa conmigo:

—¿Usted visita la casa de Sanchez?

—¡Como no, mi alma, le dije; si Felipita es íntima amiga mia!

—Y la pobre de Amalia, ¿no sabe nada todavía?

—¿De qué?

—¡Cómo de qué! de la muger esa que dicen que tiene el señor Sanchez, y que es la causa de tantos disgustos.

—¡Conque eso te dijeron! exclamó doña Felipa sorprendida.

—Eso.

—¡Mira que gente tan lenguaraz!

—Oye, mi alma, en cuanto á lenguaraz yo respondo que no, porque lo que es esa señora la he visto comulgar y me debe el mejor concepto; es una señora grande y no creo...

—¡Ah! pues eso es una calumnia, mi hermano es incapaz de tener otra mujer, que bastante tiene el pobrecito con Amalia, que lo tiene sacrificado por el lujo que gasta.

—Pues yo sentiria mucho que fuera cierto, pero has de saber que yo ya tenia mis antecedentes.

—¿Tú, tú tambien? ¿luego lo crees? Ya lo ve usted, tia Anita, ¡oh! si no se puede ya tratar con nadie, si las gentes tienen una lengua, que yo no sé adonde vendremos á parar.

—Pues yo nada pongo, mi alma, y si yo te digo esto es en descargo de mi conciencia; pero ni pongo ni quito, y sobre todo, que lo que fuere sonará, porque ve uno tantas cosas.....

—No, pues ahora es preciso averiguar la verdad, porque eso es muy grave, y necesitas decirme quien te lo dijo ó me peleo contigo.

—El pecado se dice, pero no el pecador.

—¡Es una cosa de honra!

—Por lo mismo.

—Dime quién te lo dijo.

—No, mi alma, porque el chisme agrada, pero el chismoso enfada.

—Pues esto no se puede quedar así, ni yo he de permitir que el pobre de mi hermano ande por ahí en boca de todos como trapo viejo, porque si yo doy con la habladora la he de poner como ropa de pascuas.

—Mira, Felipita, que lo mejor será que yo averigüe, porque seria mucho descaro inventar todo lo que me han dicho.

—¿Pues qué te han dicho?

—¡No, cómo quieres que te lo diga cuando te exaltas

tanto! y lo que es yo no he de ser la causa de que te vayas á morir de un derrame de bílis; ¡Dios me libre! yo tambien me moriria de pesadumbre.

—Te ofrezco no exaltarme, pero dime lo que te han dicho, que al menos siempre es bueno saber á que atenerse.

—¿Pero me ofreces.....

—No tengas cuidado, dime lo que sepas.

—Pues ya te digo que nada invento; me dijeron que el señor Sanchez tiene otra casa: y esto no puede ser mentira, porque sé el número y la calle, y quien vive allí. Ahora, en cuanto á que el señor Sanchez paga la casa, no me cabe duda porque he visto los recibos, que me los enseñó el cobrador; y te diré mas: conozco á la señora.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de la extrangera?

—¿Qué extrangera?

—¡Vaya! mi alma, la de los rizos.

—¿Esa?

—Esa.

—¿Y qué?

—Esa es la que vive allí, por cuenta del señor Sanchez, y la tiene bien puesta; pues si vieras que vestidos de seda y que castañas y que tren; ¡vaya! sobre que pasa por su muger en la vecindad.

—Me dejas de una pieza! conque quiere decir que tú sabes.....

—Yo sé muchas cosas, no porque las pregunto, porque eso sí no tengo, curiosa; pero le cuentan á uno.

—Pues mira, mejor será saberlo todo de una vez, te encargo que te informes bien, porque si eso es cierto es necesario ver como se remedia.

A la sazon que esto pasaba en la asistencia, en el corredor resonaron unos gritos; era Sanchez.

—¿Y usted qué quiere? preguntó Sanchez á un hombre que lo habia estado esperando una hora en el corredor.

—Este recibo, dijo el hombre.

—¿Qué recibo?

—El del periódico.

—Ya he dicho que no me importunen; yo no he visto gente mas molesta que los impresores; vuelva usted mañana.

—Señor, llevo ocho dias de estar viniendo.

—¿Y eso que me importa?

—A mí sí, porque para cobrar seis reales, vengo hasta quince veces seguidas.

—¿Parece que usted es un poco altanero?

—No, señor, y la prueba es, que suplico á usted que me pague ahora, ó que me cite usted para dia fijo.

—¡Quite usted allá con su dia fijo! ¿cuanto es?

—Seis reales.

—¿Seis reales?

—Sí, señor.

—Vuelva usted mañana.

—¡Pero señor!

—Ya dije que mañana.—A ver, Pizarro, agregó gritando, no me deje usted subir á estos ociosos y el que venga á cobrar, que no hay dinero, que solo pago los dias primero de cada mes; ya es preciso cortar este desórden.

A mí me van á arruinar en este México; recibitos á todas horas ¡habrase visto! no parece sino que no tiene uno el dinero mas qué para tirarlo en lo primero que se les antoja; ¡recibitos á mí!

—¿Qué le ha sucedido á usted, compadre? le preguntó Don Aristeo.

—Qué me ha de suceder, que ya me acaban; yo no he visto gente mas molesta que estos cobradores de periódicos; no hay dia en que no haga diez cóleras.

Don Aristeo se encogió de hombros.

—¿Qué le parece á usted que será bueno hacer, compadre?

—¿Me pide usted un consejo?

—Sí, ¿por qué me lo pregunta usted?

—Porque generalmente pedimos un consejo, cuando estamos menos dispuestos á aprovecharnos de él.

—¿Ya me va usted á salir con sus ranciedades, compadre?

—Ya sabe usted que yo soy rancio, pertenezco á la pelea pasada.

—¡He amanecido de buenas! exclamó Sanchez con enfado.

Don Aristeo guardó silencio.

—Vamos á ver, compadre, sea usted de la pelea pasada ó nó, necesito que me inspire usted una idea.

—Platicaremos, compadre; platicaremos, pues de la discusion nace la luz.

—A ver, ¿qué le parece á usted que debo hacer?

—¿Cuanto tiene usted, compadre?

—Pues..... qué sé yo..... haga usted cuenta: el sueldo, las casitas, en fin, ponga quinientos pesos cada mes.

—¡Hermosa renta! ¿y así se queja usted, compadre?

—Ya usted lo ve, no me alcanza para nada, debo un dineral y cada dia las cosas se complican de una manera, que yo no sé á donde iremos á parar.

—Y..... ¿cuanto gasta usted, compadre?

—Huum..... eso sí no se lo puedo decir, ya me conoce usted, yo sé tirar el dinero como pocos.

—Ya lo veo y en eso está el mal.

—Pues si en eso quiere usted encontrar el remedio, perdemos el tiempo.

—Minore usted sus gastos, compadre.

—¿Qué menos puede gastar un hombre al mes que media talega? hay lores que gastan medio millon.

—Sí, compadre, pero porque lo tienen.

—Yo gasto lo que tengo.

—No, gasta usted mas; mucho mas.

—Pero es indispensable.

—En eso está el error; Amalia gasta mucho lujo.

—¡Amalia! cómo habia de gastar Amalia lo que gasta michi ca.

—¿Quién? preguntó D. Aristeo frunciendo el ceño.

—¡Cómo! ¿pues qué no sabia usted, compadre? ¡vamos! pues ahora sí veo que está usted en *bábia*, me parecia que le habia contado á usted.

—No.

—Pues es el caso que Manuel, ¿ya conoce usted á Manuel? mandó traer una *cocota*.

—¿Una qué?

—*Cocota*, compadre, ¿no sabe usted lo que es *cocota*?

—No.

—Una queridita.

—¿Conque la mandó traer?

—Sí; y despues de seis meses me dijo un dia echando albures: oye, Sanchez, siempre he pensado volverme á Francia; ¿cuanto me das para mi *cocota*?

—¡Jesus, María y José! ¡qué inmoralidad!

—No me venga usted ahora con sus sermones porque no le cuento, compadre.

—Está bien, siga usted.

—Pues, hombre, le dije á Manuel, ¿ella qué es lo que necesita?

—Con trescientos pesos cada mes se conforma; la tienes dos ó tres meses y despues se la pasas á algun amigo.

—Negocio arreglado, le dije, y me quedé con la *cocota*.

—¡Pero, compadre! exclamó D. Aristeo.

—Y como este Manuel es tan célebre y tiene tanto talento, me convidó á cenar una noche para hacer el testamento; y oiga usted, la escena estuvo de lo mas original.—Ket-

ty, le dijo á la *cocota*, aquí tienes á Sanchez, íntimo amigo mio, etc. etc.—y me hizo la entrega. Al dia siguiente me estrené pagando una cuenta á la modista, y segun las instrucciones de Manuel, deslicé en la mano de Ketty algunos billetes de banco, y lo peor del cuento, compadre, es que llevo ocho meses de esto y estoy en quiebra.

Don Aristeo se habia cogido la cabeza con ambas manos y permanecia aturdido.

—¿Y no seria lícito, dijo de repente D. Aristeo, ministrar á esa señora unas píldoras de estricnina como á los lobos?

—¡Qué barbaridad, compadre! ¿pero por qué?

—Porque es un animal muy caro; ¡trescientos pesos cada mes! por una..... qué?

—*Cocota*, compadre.

—¿Y qué tiene de raro esa *cocota?*

—¡Que es hermosísima!

—De cuerpo puede ser, compadre, pero de alma, decididamente es un demonio.

—¡Si viera usted que buenos sentimientos tiene!

—¿Y se deja traspasar como un mueble?

—¡Ah! qué quiere usted, compadre, esos son los usos europeos, y en su calidad de *cocota* tiene que.....

—¿Tiene qué? ¡Compadre, por el amor de Dios! si esto no se ha visto ni en Gomorra!

—No, efectivamente; allí estaban atrasados; de eso hace tantos años!..... hoy la muger se explota de distinta manera; qué quiere usted, la civilizacion!

—Sí, compadre, la muger ha llegado á ser un mueble de lujo; estoy cierto que usted no puede querer á esa *cocota: ¿cocota* se dice?

—Sí, compadre.

—¡Ha visto usted nombre! No está en las Pandectas, es nombre nuevo.

—Es nombre frances; en Paris se dan las *cocotas*, y ya lo ve usted, se dejan importar.

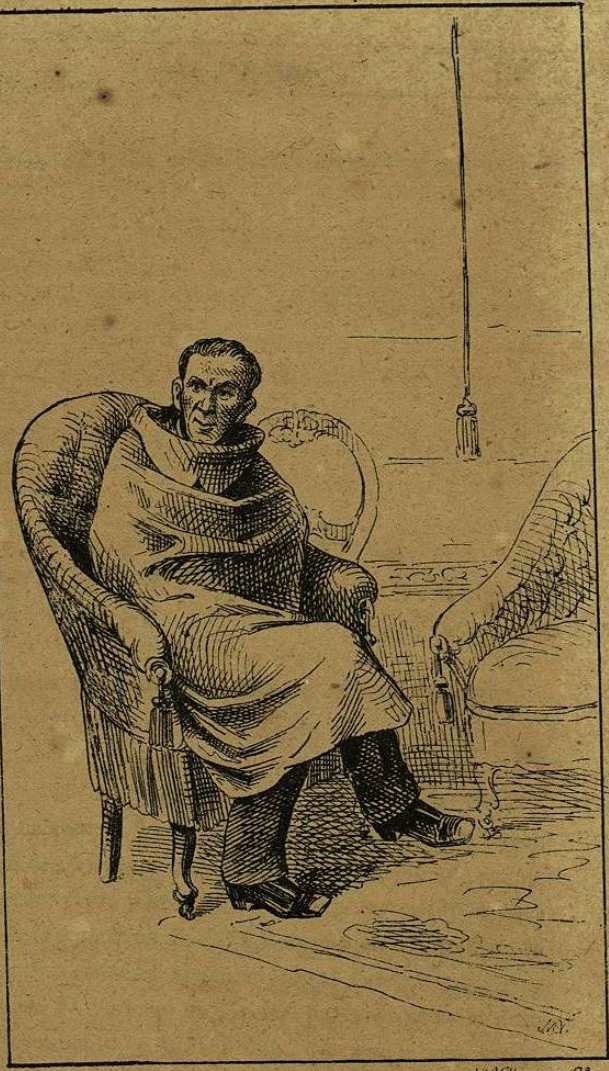
—Ya lo creo, un mueble de esos! y luego tan caro!

—¡Ah! pero es una criatura angelical; si viera usted que alma, compadre!

—¡Por vida de usted, compadre, que no me vuelva usted á hablar de sus prendas morales, porque me va usted á volver loco. ¿Como puede haber sentimientos nobles en un corazon tan corrompido?

—Sobre que le digo á usted que es un ángel.

—¡Vamos! yo no sé una palabra, el mundo ya cambió completamente, y yo estoy en pañales; tiene usted razon, compadre, será un angel; pero déjelo usted que se vuele.



Lit. Villasana y Cª

D. Aristeo.

Por equivocación se repartió la estampa anterior. Hoy la reponemos á los Sres. Suscritores.

CAPITULO XI.

SANCHEZ SOÑANDO CON LOS GRANDES NEGOCIOS.

La asistencia de Sanchez se venia abajo á la sazon: las dos viejas y doña Felipa habian entrado en pleno congreso y se debatia con acaloramiento la cuestion de si las noticias de doña Zeferina eran puras invenciones de las gentes ó si tenian algun fundamento.

No tardó D. Aristeo en formar parte de aquella diputacion permanente, y doña Felipa, que era la mas interesada en saber la verdad, dijo á D. Aristeo:

—¡Qué dice usted lo que se cuenta, señor D. Aristeo

de mi alma! vea usted que estoy en una verdadera tribulacion.

—¿Qué se cuenta, doña Felipa?

—Nada: las gentes; ya conoce usted á las gentes, han dado y tomado en que mi hermano, mi honrado hermano, tiene..... tiene su quebradero de cabeza; como si el pobrecito estuviera para esas cosas, tan ocupado siempre en su oficina y en todas las cosas de palacio y de la política; ¡vaya usted á ver, señor D. Aristeo de mi alma, si eso será posible! pero tanto lo dicen que ya sabe usted: cuando el rio suena..... yo no lo creo, por supuesto, y Dios me libre de hacer suposiciones; pero ya una persona me dice que se dice, ya otra que lo ha visto, ya, en fin, no falta quien diga que conoce á la chica, y yo entretanto no sé á que atenerme.

Lo único que sé decir es que al pobrecito de mi hermano no se le conoce inquietud, y luego, como trata tan bien á Amalia y le da tanto gusto, se le resiste á uno creer ciertas cosas.

Don Aristeo fijaba sus miradas alternativamente en doña Anita y en doña Zeferina, y á pesar de estarlo viendo no acababa de convencerse de que todo aquello que estaba diciendo doña Felipa lo sabian las viejas.

—Pero..... ¿estas señoras saben?

—¡Ay, mi señor D. Aristeo! ¿y quién no lo sabe en México? si de lo que debia usted sorprenderse es de que no lo sepa Felipita tan bien como nosotras; si eso es público y notorio; conque es buena que se ha llegado á decir que Amalia lo sabe y se hace sorda, porque así le conviene.

—¿Y usted la conoce, doña Zeferina?

—Nada mas dos veces la he visto: una yendo yo al Colegio de Niñas á ver á mi padre confesor, y otra en el átrio de catedral.

—¿Y qué tal?

—La verdad, como quiero tanto á la pobre de Amalia, me pareció así, así.....le diré á usted, mi señor D. Aristeo, ella no es fea, quiere decir, no se ve fea porque como ahora se pintan tanto las mugeres no se puede juzgar; sí tiene buenas facciones, buenos ojos, buena boca, y un pelo que, á ser suyo, le aseguro á usted que es hermosísimo; yo creo que es americana, por lo menos así lo he oido decir: la americana por aquí, la americana por allí.... eso sí, en cuanto á lujo, no se diga: ¡si parece una reina!

—¿Quien es esa? le pregunté á una señora muy buena, que va todos los mártes al Colegio de Niñas.

—¡Quién ha de ser! la americana, me contestó.

—¿Qué americana?

—La que tiene el señor Sanchez.

—¿Con que la tiene?

—¡Vaya, mi alma! qué atrasada está usted de noticias!

—¿Pero de cual Sanchez habla usted?

—¡Cómo de cual! del marido de Amalia, de su amigote de usted, porque yo sé que va usted á la casa.

Entonces le dije que yo no era precisamente amiga del

señor Sanchez, que la amistad era con Felipita, y quedamos en eso.

—Conque ya lo ve usted, señor D. Aristeo, dijo Felipita, con esos datos ya podrá usted figurarse que cuando menos, la hacen á uno dudar.

La Chata, que sabia mejor que todos estos asuntos, habia pasado varias veces por la pieza en que se discutian, y se habia enterado á su vez de que se estaba preparando una borrasca.

Entre tanto Amalia seguia recibiendo en el saloncito á Ricardo, quien habia llegado á convertirse en visita cuotidiana; y por supuesto, la intimidad entre estas dos personas, entre quienes habia ya tantos motivos de simpatía, subia de punto.

Sanchez, por su parte, estaba muy ageno de que sus asuntos estuvieran á discusion, y no pensaba mas que en la manera de aumentar sus rentas, á fin de poder subvenir á las necesidades que se habia impuesto.

Sanchez habia entrado por primera vez á desempeñar el papel de rico, y le habia sucedido lo que á todos los ricos nuevos: no le alcanzaba.

Una vez en posesion de ciertos recursos que, con mucho, superaban á los de su haber comun, Sanchez perdió los estribos en materia de egresos, al grado de que una escrupolosa liquidacion le hubiera puesto de manifiesto esta terrible verdad:—No tengo nada.

Pero Sanchez se habia filiado ya entre las gentes de cierta importancia; habia contraido cierto género de amistades de ventajosa posicion social, y ya no le era posible retroceder.

Introducir economías, rehusar ciertos convites, no corresponder á ciertos obsequios, hubiera sido salir en vergonzosa derrota del círculo social á que habia logrado penetrar ayudado de la fortuna.

Era todavía tiempo de introducir el órden, y el órden bastaria para restablecer el equilibrio; pero el diablo de la vanidad se pronunciaba abiertamente contra cualquiera modificacion, y Sanchez veia venir, y no muy lentamente, su ruina, sin poderla evitar, sin tener valor suficiente para cortar el mal.

Era el mes de Diciembre, y la nota de los vencimientos de este mes fatal hablaba de una manera elocuente contra la tranquilidad de Sanchez.

El funesto renglon de la cocota habia acabado de desnivelar el presupuesto: aquellos trescientos pesos pagados con una escrupulosidad de Lord, habian minado hasta los cimientos la fortuna de Sanchez.

Habia recibido ya de un agiotista, seis quincenas adelantadas de sus sueldos, y una de sus casas estaba gravada en cantidad que debia pagar en Diciembre.

Habíale aconsejado á Sanchez un amigo suyo que cultivara la amistad de cierto personaje, con la mira de llegar á merecer su atencion y sus favores.

Este personaje era Cárlos el marido de Chona, con quien Sanchez mantenia hasta entonces una amistad ceremoniosa y aparente; pero cierta mañana, hablándose en

el almacen de Cárlos de cierto negocio con el gobierno, no faltó quien opinara que antes de promoverlo oficialmente, se contara con algun empleado que personalmente interesado en servir á la casa, fuera el medio para conseguir el resultado que se deseaba, y allí se habló de Sanchez, como la persona mas á propósito.

Acto continuo Cárlos envió á Sanchez una esquela invitándolo á tomar el té en la noche.

Ya se deja entender que Sanchez recibió aquella esquela con placer, con un placer que le recordó la escena de las cartas de la Gran Duquesa, y si no cantó, porque Sanchez no sabia cantar, sí repitió muchas veces para su coleto:

¡Oh carta adorada
Me hiciste feliz,
Yo te besaré
Mil veces y mil.

Se vistió á la oracion, y puntual como un ingles estuvo en casa de Cárlos á las ocho y media de la noche, no sin permitirse el lujo de alquilar una berlina con frisones que hicieran un poco de ruido á su llegada á la casa.

Sanchez, fué recibido con esquisita atencion, no solo por Cárlos sino por los empleados del almacen, que sabian que al obsequiar á Sanchez, se adherian á las miras del principal y cooperaban al buen éxito de los negocios de la casa.

Sanchez que era muy patriota, estaba creyendo que hacia un verdadero sacrificio en pisar aquella casa, por ser de mochos; pero ya se habia prevenido para poder dar sus escusas á los amigos que pudieran por acaso afearle este proceder.

El salon de la casa de Cárlos estaba profusamente iluminado y abierta la tapa de un magnífico piano de cola americano.

Cárlos habia mandado llevar algunos profesores de la orquesta de la ópera y habia invitado ademas á algunas notabilidades filarmónicas á fin de amenizar la reunion con piezas selectas de música.

Habia en el salon hasta doce señoras, y el resto de los asientos lo ocupaban mayor número de caballeros, en la generalidad personas de distincion.

Los señores profesores D. Tomás Leon y D. Pedro Mellet ocuparon el piano y tocaron admirablemente la gran obertura de Guillermo Tell, la que, á pesar de la gravedad y circunspeccion que reinaba entre los concurrentes y de esa reserva severa que se nota al principio de una reunion, arrancó una salva de aplausos que fué ya el principio de la animacion y de la cordialidad.

Efectivamente, esa gran pieza musical ejecutada por tan notables profesores y en aquel piano, nada dejaria que desear á los mas severos maestros.

—¡Qué hermosa obertura! dijo Chona á Sanchez que estaba á su lado.

—Sí, sí señora, es hermosísima, y sobre todo ¡tan bien ejecutada!

Esto lo dijo Sanchez porque creyó que debia decirlo, pero sin conciencia; porque en materia de música, Sanchez no habia tenido tiempo de educarse el gusto, ocupado como habia estado siempre en servir á la madre patria.

Cuando Sanchez se vió rodeado de atenciones de todo género, y haciendo en aquella selecta reunion un papel que ni él mismo se esperaba, tuvo uno de esos momentos de deslumbramiento y de ilusion que comunicó á su ánimo mas expansion y á sus ademanes mas desenvoltura; se atrevió á hablar de música dando á sus palabras cierto tono magistral.

Las frases de Sanchez eran recogidas con marcadas muestras de benevolencia, especialmente por parte de los dependientes de la casa.

—¿Quién es este hombre? preguntó Salvador á Chona con aire de príncipe.

—Es Sanchez, contestó Chona.

—¿Qué Sanchez? insistió Salvador.

—Yo no sé; es una persona nueva, es amigo de Cárlos.

—¿Hablan ustedes del señor Sanchez? dijo un jóven elegante; yo tambien acabo de pedir informes.

—¿Y quién es? preguntó Chona.

—Es un puro, es uno de estos liberales..... ya ustedes me entienden; no hay mas que verlo metido en el frac, para comprender de qué clase de pájaro se trata.

—¡Ah! ¿conque es liberal? preguntó Chona.

—Sí, es de estos hombres nuevos, ya saben ustedes; hombres elevados por la revolucion.

—¡Ay Dios mio, qué horror! exclamó Chona, ¡cuantas muertes deberá este..... santo varon!

—Vea usted, Chona, dijo el elegante, en cuanto á muertes no me parece que tenga mucho que decirse, pero en cuanto á otras cosas.....

—¿Y qué cosa es? preguntó Salvador.

—Empleado del gobierno; parece que tiene un buen empleo.

—De todos modos, dijo Chona, mi marido hace mal en presentarnos gentes de esa clase, ¿porque adonde vamos á parar? tras de este vendrán otros.

—¡Y Dios nos asista, Chona! porque su casa de usted se convertiria en una de tantas.

—Y hasta ahora, agregó Chona, ya lo ven ustedes, nos hemos visto libres de esa plaga; yo no puedo ver á los héroes de hoy; á mí me llaman retrógrada y mocha y que sé yo cuantas cosas mas, pero yo no transijo; esa igualdad tan mentada no la paso, porque los de abajo son los que la proclaman para ser iguales á los de arriba.

—Lo que no puedo comprender es como Cárlos, que ha sido el primero siempre en manifestarse intransigente, acoge esta noche á ese señor con una afabilidad, de que estoy verdaderamente pasmado.

—¡Vaya! agregó Chona, al grado de que yo acabo de llevar un buen chasco: al ver que mi marido lo trata tan

bien, ¿creerán ustedes que me he permitido dirigirle la palabra?

—Era natural, dijo el elegante.

Cárlos habia tenido tiempo ya de notar que Chona, Salvador y aquel otro personaje hablaban con cierta reserva y acaloramiento, y pensó desde luego que Chona era muy capaz de contrariar sus planes, de manera que, tomando á Sanchez familiarmente por el brazo, lo llevó hácia donde estaba Chona.

—Estaba cometiendo una falta, aunque involuntaria, dijo Cárlos á su muger; se me habia olvidado presentarte á este caballero, al señor Sanchez, persona muy recomendable y amigo de toda mi consideracion.

En la manera de hacer la presentacion, conoció Chona que su marido tenia en ello algun interes particular, y Chona á su vez hizo un esfuerzo para dirigir un cumplimiento á Sanchez, quien con esta nueva distincion acabó de perder la cabeza.

Se empeñó en ser lo mas cortes y galante con Chona, quien en medio de Salvador y del elegante, recibió heroicamente la andanada de barbaridades que Sanchez decia, seguro, por otra parte, de estar desempeñando admirablemente su papel de cortesano.

—Tengo la mayor satisfaccion, señora, en haber tenido el gusto..... de..... el gusto de ofrecer á usted mis escasos servicios. Yo, señora.....: no soy de México, y nosotros los de fuera somos así..... pues..... no estamos al tanto de la etiqueta y de ciertas cosas; pero en cambio tenemos el corazon en las manos.

—Sí, señor, contestó Chona, la ingenuidad es una virtud rara y.....

—Porque vea usted, señorita, yo soy un hombre del pueblo, soy hijo del pueblo y todo se lo debo al pueblo; soy liberal, pero por lo mismo respeto la opinion de los demas para que así respeten la mia; ¿no le parece á usted, señorita?

—Efectivamente.

—Porque uno es que sea uno liberal, pero liberal de órden, y otro es que lo confundan á uno con la gentuza; no, señorita, yo soy liberal de órden, como creo que lo será el señor, y el señor, y todos, porque ¿quién no es liberal, quiere decir, quién no ama esa deidad?.....

Al llegar aquí le pareció á Sanchez que se iba elevando mucho, y como el papel que en aquel momento se habia propuesto representar era el de un hombre sencillo y franco y sobre todo atento y apreciable, cambió de rumbo su discurso y continuó:

—Es cierto que entre los hombres de mi partido ha habido de todo; pero ¿qué quieren ustedes? las revoluciones no se hacen precisamente contando con las clases privilegiadas, y no se puede evitar que ingresen á las filas hombres que deshonran la causa y hacen que por unos pierdan todos.

Afortunadamente para Chona, se sentaba al piano una señorita discípula del maestro Melesio Morales, y ejecu-

taba la preciosa composicion imitativa del mismo maestro titulada: "Un sueño en el mar."

Sanchez se separó del grupo haciendo una cortesía y se fué á sentar por otra parte.

Chona, Salvador y el elegante se dirigieron una mirada de inteligencia.

CAPÍTULO XII.

CONTINUA SANCHEZ EN EL CAMINO DE SU ENGRANDECIMIENTO.

DESPUES de algunas piezas ejecutadas en el piano por los profesores, y de otras muy notables acompañadas por los instrumentos que constituian un cuarteto musical, la concurrencia fué invitada á pasar al comedor.

Sanchez, que á imitacion de los demas, habia ofrecido el brazo á una señora, atravesó las habitaciones, no sin poner el mas minucioso cuidado, aunque con disimulo, acerca de los pormenores que pudiera atrapar sobre los muebles y su colocacion, con objeto de tomar nota y

aprender ciertos detalles, supuesto que se le presentaba la ocasion de estudiar este punto en una casa de la que Sanchez tenia el mas elevado concepto, reputándola como un modelo de buen gusto y elegancia.

El comedor estaba profusamente iluminado por medio de un candil con quinqués, con dos hermosos candelabros de doce luces que estaban colocados sobre la mesa y entre dos magníficos jarrones de porcelana que sostenian grandes espejos esféricos; habia ademas encendidos cuatro candelabros ó albortantes de pared de siete luces cada uno.

Todo el servicio era de reluciente cristofle: habia hermosos ramilletes colocados en graciosos jarrones, y sobre cada servilleta, una tarjeta con el nombre de la persona que debia ocupar el asiento respectivo.

Sanchez ocupó su asiento, y lo primero que llamó su atencion fué la manera con que estaban dobladas las servilletas: le pareció muy ingeniosa y se propuso hacer un ensayo con un pliego de papel tan luego como pudiera hacerlo, pues ya le habia pasado por las mientes corresponder á Cárlos su fina invitacion.

Sanchez, colocado entre dos señoras, comprendió que tenia necesidad de no perder movimiento á sus vecinos, para hacer exactamente lo que ellos hicieran en materia de obsequiar debidamente á sus adláteres.

Preocupado con esta idea, se convirtió en autómata imitador de su vecino de enfrente.

—¿Le sirvo á usted de esto? decia este.

—¿Le sirvo á usted de esto? repetia Sanchez.

—Ofrezco á usted, señorita, un poco de esta jaletina que me parece la mas esquisita.

—Ofrezco á usted, señorita etc., repetia Sanchez, quien al servir unos pastelitos, no acertó á tomarlos en equilibrio con el cuchillo y los tiró dos veces.

Aunque una de las cosas que habia aprendido Sanchez desde que enriqueció, era á beber, le pareció que en aquella vez debia estar sóbrio y bebió menos de lo que hubiera podido sin parecer mal.

Sanchez ansiaba porque llegara la hora de los brindis, porque en esta materia se creia fuerte, supuesto que en el Tívoli habia hecho tan repetidos ensayos, que por otra parte, le habian valido la reputacion de exaltado patriota.

La conversacion que habia empezado con Chona, le hacia pensar en que era preciso al brindar hacerlo de manera de no herir las creencias de aquella familia y á la vez esplicar que él, siendo liberal y todo, bien podia ocupar un lugar entre aquellas personas tan aristocráticas.

Efectivamente, Cárlos fué el primero que dijo algunas palabras, dando las gracias á sus apreciables convidados.

Este brindis fué contestado por dos de los concurrentes sucesivamente, y entonces fué cuando Sanchez se paró, indicando con su copa en la mano que iba á hablar.

Reinó el silencio.

—¡Señores! dijo: he tenido el honor de ser invitado á esta distinguida fiesta de familia, en la que me ha parecido que es de mi deber manifestar á las personas de dis

tincion que me escuchan, que mis deseos, que los deseos mas ardientes de mi corazon.....

Sanchez, que habia tropezado en este momento con la mirada de un señor, sintió que se le habia ido la idea, se le olvidó completamente lo que iba á decir, pero continuó:

—Porque, señores, el engrandecimiento de la sociedad depende... esencialmente de.... de la union, de la union sincera sin distincion.... de colores políticos y sin pasion, sin prevencion, y del respeto debido á la opinion.....

Sanchez notó que el consonante en *on* le habia hecho un flaco servicio á su literatura, y doblemente mortificado, continuó:

—Porque yo respeto, señores, las creencias y no exijo que todos los hombres piensen de la misma manera; los destinos de la nacion están marcados en el cuadrante del destino.....

Esto del cuadrante del destino lo habia aprendido Sanchez de un diputado.

—Porque repito, señores, continuó, que no riñe la cortesía y la buena sociedad, con la idea política, ni con la cosa pública ¡y así! (exclamó mas recio creyendo haber hallado un eslabon para preparar el final) y así, repito, señores, que estando unidos los mexicanos, sin la pasion y sin las distinciones odiosas..... ¡¡para la prosperidad y el engrandecimiento de la patria!! dijo de repente con el acento propio de una de esas conclusiones lógicas y contundentes, y apuró la copa.

Pero su embarazo no tuvo límites en el momento en que notó, bebiendo todavía, que la mayor parte de los concurrentes no llevaban la copa á los labios, pues los que no tenian á la sazon fija la vista en Sanchez, no habian tenido motivo, al menos en el órden gramatical, para juzgar que el brindis habia acabado.

Sanchez tembló y no se atrevió á buscar miradas á su derredor, porque temió encontrarse con sonrisas significativas.

Salvador, que estaba sentado junto á Chona, le dijo:

—¿Qué dice usted que bárbaro?

El jóven elegante que conocemos, añadió al oido de Chona!

—¿No se lo dije á usted? si este quidam debe haber sido gañan, pero he aquí el fruto de las revoluciones ¡oh! esto es insoportable!

—Y luego que Cárlos me lo ha presentado, dijo Chona, de una manera que.... estoy segura..... á este hombre lo necesita mi marido.

—¡Chona! dijo Salvador, ahora la compadezco á usted doblemente; Cárlos va á acabar por traer la comuna á su casa de usted.

Salvador apuró una copa.

—Creí que esta noche tampoco beberia usted, Salvador.

—Esta noche sí, por hacer lo que todos hacen y sobre todo, porque.....

—Porque no hay *licorera*.

—¿En la *licorera* consistia?

—Sí.

—Entonces no debo invitar á usted.

—Acepto el equívoco, y yo soy ahora quien invita á la *licorera*.

—¡Ah!..... dijo Chona alargando mucho esta sílaba, tomemos.

—Por..... nuestra salud, dijo Salvador, recalcando las palabras y aludiendo á la enfermedad moral de que habian hablado.

Despues de apurar su copa se dirigieron una mirada.

Ninguno de los convidados despues de Sanchez volvió á brindar, aunque en la mesa reinaba ya mayor animacion, al grado que ya se habia introducido ese ligero desórden propio de la cordialidad que debe reinar entre convidados.

Cárlos hablaba con algunos banqueros que estaban á su lado, y los dependientes de la casa se afanaban en obsequiar á las señoras.

Entre los dependientes se distinguia notablemente el tenedor de libros, que disfrutaba ademas de habitacion y plato en la casa, un gran sueldo, y era considerado por todos los dependientes y servidumbre como la segunda persona de Cárlos.

En cierto momento, Cárlos creyó oportuno que la concurrencia se trasladase de nuevo al salon; pero antes de levantarse de la mesa, uno de los dependientes se acercó á Sanchez y le dijo:

—Señor Sanchez, invito á usted á tomar una copa de Champagne.

—Con mucho gusto.

Otros dos jóvenes entre tanto ofrecieron el brazo á las dos señoras que estaban á los lados de Sanchez, quien tuvo ocasion de quedarse en el comedor con algunos jóvenes que se proponian estrechar sus relaciones con aquel personaje, que habia tenido la desgracia de parecer *necesario* á aquellas gentes.

Uno de los dependientes, el de menos sueldo, se habia acercado á Cárlos para decirle:

—Se lo vamos á poner á usted como una seda.

Cárlos se sonrió, contentándose con contestar:

—Se los recomiendo.

Sanchez, ya en el centro de un grupo, contestaba con amabilidad creciente los cumplimientos que le dirijian aquellos jóvenes, tomando todas aquellas demostraciones, como nacidas del interes que podia inspirar por sus prendas y por su posicion social.

Un criado habia llenado las copas y las presentó en una charola.

Sanchez recibió su copa, y una vez los demas con la suya, dijo el mas jóven:

—Señor Sanchez, tenemos el gusto de tomar á la salud de usted.

—Señores, contestó Sanchez en el acto; por la amistad y por que siempre vean ustedes en mí al amigo leal, al hombre de corazon y de principios que no sabe inclinar

su frente sino ante la virtud y la amistad. Señores, la verdadera amistad es una virtud.

—Permítame usted, le dijo un pollo á Sanchez, y llenó de nuevo la copa, toda era espuma.

—Pero quién sabe si el señor Sanchez tendrá mala cabeza, dijo otro.

—No, no señor, al contrario, estoy acostumbrado á beber fuerte: el otro dia en la comida que le dimos á D. Benito, tomaria yo..... sí, muy cerca de cuatro botellas de Champagne.

Un murmullo acogió aquella andaluzada.

—No es eso, dijo un jóven; lo que hay es que el señor Sanchez no bebe porque no le hemos tocado la fibra.

—¿Qué fibra? vamos á ver, dijo Sanchez.

—¿Me permite usted una confianza?

—¡Ah! sí señor, de muy buena gana.

—Pues que llenen las copas.

—Veremos si acierta usted, dijo Sanchez mientras llenaban las copas y figurándose que le iban á hablar de Ketty.

—Vamos, apuesto, insistió el jóven, que ya usted adivinó, ¡ay amigo! todo se sabe, todo se sabe.

—Nada de misterios, agregó un tercero, el señor Sanchez es un hombre franco, segun lo que he podido conocer.

—¡Ah! sí señor, interrumpió Sanchez, yo soy muy franco, sobre que es mi pecado.

—Bien, pues entonces ¿digo el nombre? dijo el pollo.

—Sí, que lo diga, dijeron los demas.

—Brindemos, continuó el pollo, por la encantadora Ketty.

Estas palabras las pronunció el pollo bajando la voz.

—¡Ah pícaro! se permitió contestar Sanchez, alegrándose interiormente de que aquel detalle de su vida hubiera salido á luz, porque en concepto del mismo Sanchez, tener una cocota era darse cierto aire de grandeza.

—¡Oh! es una muger muy interesante, dijo uno.

—Y sobre todo, agregó Sanchez ¡qué corazon! ¡qué alma! ¡que sentimientos!

—Pues por Ketty, repitió el pollo presentando de nuevo una copa á Sanchez.

—Una palabra; dijo Sanchez, me tomo la libertad de invitar á ustedes todos, señores, á un pequeño almuerzo; suplico á ustedes tengan la bondad de aceptarlo honrándome..... ¿aceptan ustedes?

Los seis jóvenes que rodeaban á Sanchez chocaron sus copas en señal de asentimiento y bebieron.

—Tenga usted la bondad, le dijo al mas jóven, de escribir los nombres de estos señores en una tarjeta.

—Con gusto, dijo el jóven.

Y apuntó los seis nombres en la tarjeta que le presentó Sanchez.

En el salon seguia el concierto, pero como entre el salon y el comedor mediaban muchas piezas, y aquel grupo alegre podia hablar con alguna libertad, sin que sus voces fueran percibidas.

CAPITULO XIII.

CHONA BAJO LA INFLUENCIA DE LA MUSICA Y SANCHEZ BAJO LA INFLUENCIA DEL CHAMPAGNE.

SANCHEZ creyó haber dado un paso conveniente, asegurando sus relaciones en aquel círculo, que se proponia explotar mas tarde, á la sazon que los dependientes de Cárlos estaban ya seguros de poder disponer de Sanchez en el momento en que lo necesitaran para el negocio que se iba á promover por la casa cerca del gobierno.

Sanchez, al sentir espansion por su conquista, fué per-

diendo su encogimiento y se dispuso á aceptar de lleno aquella situacion llena de esperanzas.

Cárlos, por su parte, mas conocedor y esperimentado, se conformó con entregar á Sanchez en manos de los dependientes, pudiendo merced á este recurso dedicarse á oir atentamente las hermosas piezas musicales que formaban parte del halagador programa del concierto.

¡La música! ese elocuente lenguaje de la pasion y del sentimiento, ese idioma que nos ha hecho concebir al ángel, que nos ha hecho soñar en que mas allá de esta vida ha de haber algo como la música; que nos parece la union de todos los sonidos que nos han conmovido, como el rumor de las fuentes y de los árboles, como los trinos de las aves; la música, en la que adivinamos suspiros y sollozos y palabras de amor y de esperanza..... ¿de esperanza?..... sí, hay melodías que excediendo á la significacion de cuanto el lenguaje puede expresar, tienen el poder de elevarnos sobre nosotros mismos como en el principio de un vuelo, cuyo fin se pierde con el pensamiento.

Sí; la esperanza con todo y ser una abstraceion, se deja percibir en la música, se hace sentir en una melodía; los poetas han dicho que es un ángel, pero á su vez, todos los ángeles son creaciones que nacen en nuestro corazon, porque amamos algo superior á nosotros mismos.

La influencia de la música es una riquísima pauta, es un cosmos de observaciones, y así como hay un mundo invisible, habitado por los seres infinitamente pequeños, hay en el corazon humano un piélago insondable, un mundo tambien de pequeñas emociones que permanecen ignoradas del observador, como los animales microscópicos.

Nosotros en virtud de ciertos elementos morales que hemos querido bautizar con el nombre vulgar de *Linterna mágica*, tenemos el poder de estudiar ese mundo aparte en nuestros propios personajes.

Invitamos pues, al lector á estudiar á Chona, bajo la influencia de la música, olvidándonos entretanto de que hemos dejado á Sanchez en el comedor poniéndose bajo la influencia del Champague.

No decimos cuales ni en que pasajes, algunas melodías tocaron algunas fibras del corazon de Chona; pero desde luego diremos que se estableció una relacion misteriosa entre Chona, las melodías, y Salvador.

Chona empezaba á saborear lo que ni su moralidad, ni su esperiencia le hubieran negado ser un crímen amargo; y si alguna vez pudiera comprenderse el símbolo del amor ciego, era entonces; porque Chona se dejaba arrastras sin esfuerzo, como la barba de pluma por el ámbar, por el encanto de la música, y se dejaba arrastrar indiferentemente al cielo ó al abismo.

El piano, aquel piano del Norte, maravilloso resultado del adelanto mecánico, pulsado por inspirados ejecutistas, acompañado con la viola, el violonccelo, el bajo, el violin y la flauta, instrumentos todos acordes, preciosos, tocados por Sayas, por Bustamate, por Beristain y por Jimenez, formaban un conjunto armonioso, y tal, que llenando toda

la onda sonora del salon, repercutian las vibraciones, encontrando como recipientes eléctricos los nervios de Chona.

Chona, la señora grave y aristocráticamente fria, la muger sin amor, la planta sin flor, estaba bajo la influencia de un genio misterioso que, como un gran maestro escultor, estaba corrigiendo los perfiles de la obra del discípulo.

No sabemos que correcciones, que inclinacion de líneas inexplicables, operábanse en la fisonomía de Chona, pero sus ojos tomaban una expresion nueva de arrobamiento, en sus pupilas habia un brillo inusitado y sus labios se entreabrian, como para decir juntas pero inarticuladas mil palabras de amor.

Salvador la miraba, mejor dicho, se extasiaba mirándola, y recogia aquel sobrante de luz, de sentimiento, de amor, que se desbordaba en Chona.

Esto no era extraño.

Ese amor que nace tarde, que brota entre dos seres que se han visto muchas veces sin mirarse, que se han hablado muchas veces sin comprenderse; ese amor es una verdadera mistificacion, y entonces es cuando se comprende ese otro símil que se apropia el materialismo, «el amor es una enfermedad.»

Aceptando el amor como enfermedad moral, no nos cabe duda de que Chona esperimentaba esa invasion, no solo en lo íntimo de su alma, sino en toda su economía, merced á la música.

La admirable combinacion de nuestros sentidos y nuestras facultades intelectuales, la sábia subordinacion posible de los instintos á la razon, de los deseos al deber, de las embriagueces al buen juicio, constituyen el ser perfecto, la individualidad libre, digna de su prerogativa de pensadora.

Pero ¿y los desvanecimientos, los vértigos, los arrobamientos y los delirios, falange fementida de causas eficientes que determinan los funestos desequilibrios, las caidas, las debilidades, y las catástrofes?

¡Seamos indulgentes todos los que luchamos en la barca de nuestras dificultades, pilotos de este mar de tan difícil travesía!

En Chona la música determinaba un desequilibrio, sentia y se permitia aceptar la sensacion sin discutirla, porque se estaba estableciendo una nueva armonía entre la música y su alma.

La melodía, la voz cantante, se apoderaba de sus sensaciones; y los bajos, el acompañamiento y los llenos de la música, estaban armonizándose con su razon, con su cálculo, y con su juicio; de manera que en aquel conjunto homogéneo, Chona, identificada con la música, no hacia mas que sentir, entregada toda á un arrobamiento en el que música y amor se fundian en un solo acento y en una sola sensacion.

Este estado excepcional tenia tal prestigio, que estaba embelleciendo físicamente á Chona.

Salvador por su parte, cansado de la grande ópera de Paris y acostumbrado á las grandes reuniones, á los gran-

des conciertos; amigo de la Patti y de Mario tenia ya todo ese aire de desden del que viene del centro de la civilizacion á vivir en México; y si bien no habia llegado á ser insensible á la música, ya se habia acostumbrado á considerarla como un simple acompañamiento de ciertas situaciones; de manera que no era la música lo que en aquellos momentos le embargaba, sino la mirada de Chona, aquella mirada que sabia trasmitir efluvios de pasion, que sabia penetrar al interior del jóven descreido, que tenia el poder de fijarlo, como el magnetizador al sonámbulo.

Salvador estudiaba á Chona, y mientras mas se fijaba en ella, iba descubriendo nuevos tesoros que á él mismo le sorprendian agradablemente.

—Despues de todo, decia para sí, Chona tiene una fisonomía distinguida; yo no sé qué he dado en verle hace algunos dias; me parece como que se va trasformando. No le habia visto bien los ojos... tienen una mirada... y la nariz, y la boca... cuando la entreabre como ahora, respira no sé que perfume. Decididamente Chona es una hermosa muger..... ¡pobre!..... ya se ve, es mejor que no haya amado nunca, si llegara á amar..... he aquí una florescencia híbrida; me sucederia lo que á aquel jardinero de Paris que tenia una vieja planta del trópico, y el dia que la vió florecer, aquel hombre estaba loco de alegría.

El mal está en que Chona me conoce mucho; tiene razon, estoy muerto; y sin embargo..... entremos á cuentas.

Y recogióse Salvador en una actitud que era tan propia para concentrarse como un *diletante* á gozar de la música, como para hacer abstraccion completa de la música y hacer jardines.

Se pasó la mano por las cejas como acariciándoselas, para poder cerrar los ojos, y pensó:

—Hace muchos dias que yo no pienso mas que en Chona, este es un hecho; en este momento acabo de verla mas bonita que antes, y sobre todo, me escuece á cada momento una idea con que no puedo transijir: Chona me cree inofensivo, le parezco una caja vacia, un estuche desprovisto, un residuo de amante; ¡qué papel tan triste! Aquí de mis conocimientos, aquí de mi letra menuda en materia de seduccion..... ¡gastado! gastado ó no, valgo lo que siempre he valido, es necesario que Chona me ame. Decididamente, voy á probarle que no he muerto.

Despues de este soliloquio Salvador levantó la frente; la sinfonía tocaba á su fin.

Salvador encontro aún la mirada de Chona, pero entonces él se fijó en la mirada, la aceptó no ya como indiferente, sino como el dueño de ella, al grado que Chona bajó los ojos.

—¡Todavía se me siente llegar! dijo para sí Salvador con no menos fatuidad que aplomo y con no menos aplomo que esperanza.

Hemos dejado á Sanchez entregado á los dependientes de la casa y formando un grupo en el comedor, al parecer muy poco afecto al divino arte de la música.

Sanchez, como se comprenderá, no se hizo rogar para apurar, una á una, cuantas copas de Champagne le ofre-

cieron; pues encontrándose en un círculo mas adaptable para él, perdió de una vez su encogimiento y bien pronto estuvo completamente bajo la influencia alcohólica; circunstancias que nos inducen á tratar tan importante materia en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

LA EMBRIAGUEZ.

EL hombre, que alternativamente se siente rey del mundo ó náufrago perdido, padece con notable frecuencia una enfermedad rara.

Siente su insuficiencia.

Los resultados de una educacion imperfecta, la ignorancia y el natural encogimiento de todo el que se encuentra coartado por los reproches de su conciencia, pone al hombre en el peligroso predicamento de recurrir á una modificacion física y moral que se llama embriaguez.

Desde que el hombre pudo descubrir que su sér moral

es susceptible de modificarse por influencias físicas, creyó haber encontrado en el alcohol un elemento maravilloso.

Allí donde el hombre encuentra que su razon no le basta, es el punto en que acepta el embrutecimiento, prefiriendo retroceder hasta la insensatez, á seguir luchando con su inteligencia fatigada.

Entre todos los animales, el hombre es el único que se embriaga y el único que se suicida.

La embriaguez es el suicidio de las almas mezquinas.

Nacer, ofreciendo el maravilloso organismo del cuerpo humano como recinto de ese *yo* incorpóreo y eterno, llegar á sentir el poderoso impulso de la razon, llegar á medir el universo con el poder de la inteligencia, reinar, dominarlo todo y penetrar en el vastísimo campo de las maravillas de la creacion; tener todo este caudal, todo este tesoro de luz y de poder, para apurar en seguida á manera de tósigo un litro de alcohol y descender desde el pedestal del sér pensador y libre hasta ese recinto de sombras y de vértigos en donde alientan el loco y el calenturiento, el insensato y el bruto, es la mas estupenda de las barbaridades, el acto mas criminalmente atentatorio y el mas cobarde de los suicidios.

Todas las almas débiles, todos los cobardes y todos los criminales propenden á ese embrutecimiento, para probar si entre las luces perennes que se apagan en el alcohol, la conciencia siquiera se adormece.

El débil, al echar de menos la suma de poder, la suma de saber que necesitaria en la liza humana para representarse á sí mismo competentemente; desesperado de no hallar lo que le falta, lo busca en el fondo de un vaso, y al experimentar los primeros síntomas del envenenamiento alcohólico, cuando merced á la excitacion de ciertos ramos nerviosos y á la inflamacion de ciertos tegidos siente dislocarse una rueda de su preciosa máquina, los engendros de esa descomposicion se presentan bajo la forma de una expansion grotesca, y el ébrio con la mirada brilladora prorumpe estrujando la prosodia de las palabras y perdiendo su encogimiento habitual; no se acuerda de que todo lo ignora, y cree saberlo todo y enseña al pensador, ya sin los velos de la modestia, sin las pausas del miedo, sin las vacilaciones del tímido, sin las reservas del buen juicio, toda su alma, todo su sér moral en toda la desnudez de su impotencia, de su ignorancia y de su nulidad.

El hombre entonces creyendo ocultarse su insuficiencia y su cobardía, no hace mas que disfrazarse con la ropa de sus propios defectos, ocultándose de sí mismo para que lo conozcan todos.

Tal es la embriaguez, tal es el contraproducente principio de buscar, en una enfermedad física, el remedio de las insuficiencias ó la curacion de males morales de un orígen puramente moral.

Esta funesta enfermedad tan generalizada en el mundo, tan favorecida por el comercio, tan en boga en la época presente, tiene un sinnúmero de cambiantes, y su sintomatología es interminable.

La guerra, ese formidable enemigo de la humanidad,

esa hidra destinada á escupir en la frente de la fraternidad universal, es la primera que ha recurrido al útil recurso de envenenar á sus cadáveres mientras pueden moverse; como el gallero que explota el coraje de su noble animal jalándole las barbas.

La conciencia humana es como el sol: siempre tiene una hora en que acierta á penetrar á un punto para señalar el meridiano.

El criminal pretende tapar ese objetivo con alcohol; pero al despertar de su atonía siempre se encuentra á la verdad sentada frente á sus acciones, inflexible y severa; siempre escucha despues de su aturdimiento pasajero el formidable grito de su conciencia.

Estudiemos ahora los síntomas de la embriaguez en Sanchez, á quien nos preciamos de conocer perfectamente; hay mas, como saben ya nuestros lectores, tenemos el poder mágico de penetrar en su interior.

Sanchez, cuando era bueno y pobre, no bebia. La primera vez que Sanchez habló en público despues de haber preparado su discurso, le faltó una cosa: cognac.

Tomó cognac y no tuvo miedo, y merced á este descubrimiento, Sanchez siguió bebiendo.

Ingresó á ciertos círculos, formó parte de ciertas combinaciones, y Sanchez se encontró siempre mas expansivo y mas locuaz, si se aplicaba por vía de aguijon de su timidez cierta dósis de cognac.

Sanchez era de los borrachos que saben contenerse en

ciertos límites; merced á que el estrago del envenenamiento lo invadia lentamente.

No hubo circunstancia extraordinaria de su vida, no hubo lance, pendencia, conquista ó determinacion arriesgada que no hubiera sido precedida de su estímulo favorito.

La locucion de Sanchez se hacia difícil cada vez que se acordaba de su propia ignorancia en materia de idioma, y tales recuerdos fatales le hacian vacilar sobre algunos escollos, precisamente porque temiéndolos, no encontraba en su saber nocion alguna para salvarlos.

Cuando Sanchez pensaba mucho hablaba mal; pero cuando no se acordaba de que no sabia nada, entonces tenia cierta facilidad y cierto aplomo para no pararse en escrúpulos de lenguaje.

En este temple habia empezado á ponerse en el círculo de los dependientes, en el cual, dando rienda suelta á su flujo de hablar, no cesó de hacerlo un solo instante.

Solo que Sanchez no tenia mas que una materia completamente á sus órdenes, y esta materia era la historia de la última revolucion, y como á esta debia su sér político y social, se habia acostumbrado ya á narrar los acontecimientos con una naturalidad que alucinaba un tanto á sus oyentes, á quienes entretenia largamente con una leccion aprendida de memoria y relatada multitud de ocasiones.

De manera que Sanchez dijo casi todo lo que sabia, defendiéndose por medio de sus largos parlamentos de descubrir su ignorancia en otras materias.

Poco antes de concluir el concierto, Sanchez volvió al salon en compañía de los dependientes, recibió de nuevo los cumplimientos de Cárlos, y al fin, poniéndose á los pies de Chona, se retiró muy satisfecho, pensando en que aquella *casa fuerte* podia muy bien sacarlo de apuros el dia que menos lo esperase.

Al volver á su casa encontró todavía en ella á la visita cuotidiana de Amalia, á Ricardo, quien á su vez habia logrado llamar ya la atencion de Sanchez por la asiduidad de sus visitas.

En el momeneto en que Sanchez se habia separado del comedor de Cárlos acababa de tomar ese trago final, que sobre los anteriores viene siempre á colmar la medida y á determinar la embriaguez.

Al entrar á su saloncito notó Sanchez que la lámpara colocada en la mesa del centro habia hecho una genuflexion, ni mas ni menos que una persona, y todos los muebles tapizados de rojo habian jirado de derecha á izquierda, como formándose á su derredor.

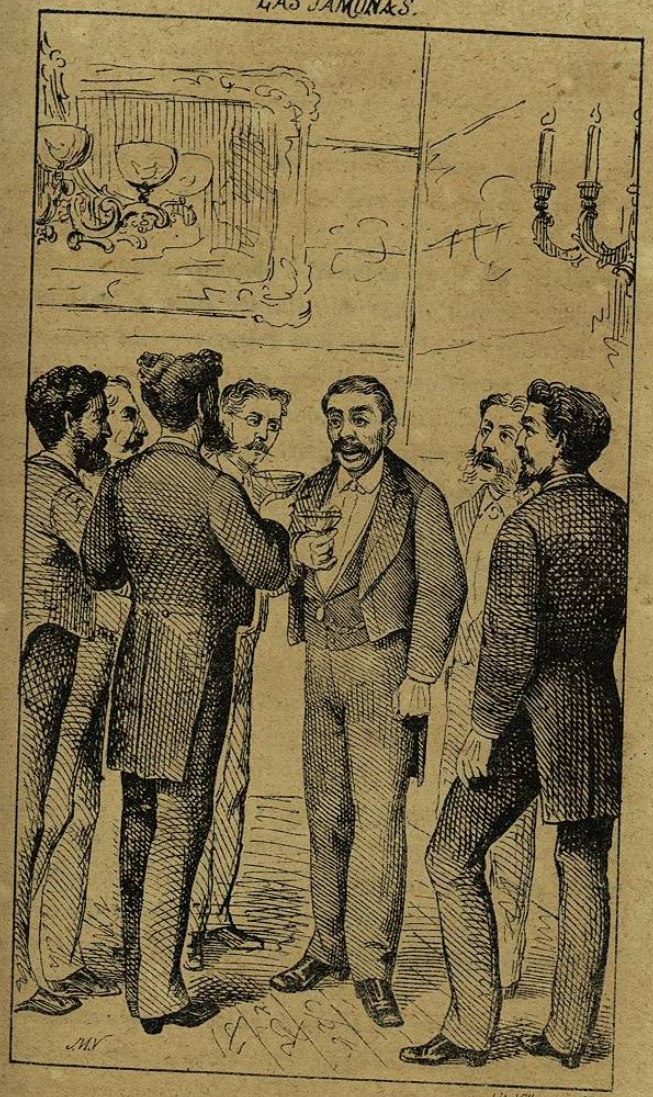
Sanchez era el que habia dado un pequeño giro para dirigirse de la puerta lateral al estrado, pero perdió la conciencia de este movimiento y resultó para él, que los muebles y las paredes eran las que habian cambiado de posicion.

Se sentó en un sillon, poniendo mas cuidado del que se requiere para ejecutar esta operacion sencillísima, y pronunció un «buenas noches» mas acentuado y preciso de lo que se necesitaba.

LAS JAMONAS.

Salvador.

LAS JAMONAS.



Lit. Villasana y Cª

Sanchez en la casa de Cárlos

Antes de perderse todo para el borracho, se establece en su interior una lucha heroica de la razon contra el ofuscamiento.

Le estaba pareciendo á Sanchez que cada sílaba era un escalon; pero se consideraba con la fuerza suficiente para subir uno y veinte y mas que se le presentaran: estaba en ese periodo de la embriaguez en el que la dificultad de entenderse á sí mismo, se le atribuye á los demas, y resulta un hombre haciendo un esfuerzo tan poderoso como inútil, para que le entiendan lo que nadie tiene dificultad de entender.

—¿Fuma usted, caballero? dijo Sanchez buscándose la cigarrera en la bolsa del chaleco y despues en la del sobretodo; se paró para poder registrar mejor y dijo:

—¡Adios! pues dejé mis cigarros..... sí señor..... dejé mis cigarros..... en la casa de Cárlos mi amigo, los dejé..... allí he dejado mis cigarros, en la casa.....

A Sanchez se le estaba olvidando que debajo del sobretodo estaba el frac y en el frac los cigarros.

Ricardo le ofreció cigarro, y al dárselo, Sanchez abrió los dedos tanto cuanto los hubiera abierto para coger un vaso; se volvió á sentar y pretendió deshacer las cabezas del cigarro; pero esta operacion empezó á parecerle muy difícil.

—Estos cigarros están pegados..... ¡vaya!..... pues están pegados..... ¡cosa rara! ¡pegados! vea usted, señor, este cigarro está pegado: vamos á ver, dígame usted si este cigarro no está pegado; pero completamente pegado;

parece un trinquete; está pegado, lo que se llama pegado, como si fuera un jis.....

Ya Ricardo habia encendido un cerillo y Sanchez encendió el cigarro sin intentar componerlo, siguiendo la regla sabidísima de un borracho de profesion, que en materia de luces decia haberle demostrado su experiencia que, de tres luces que ve el borracho, la de en medio es la segura.

Ricardo, despues de un momento de embarazoso silencio, optó por retirarse. Se despidió con naturalidad y salio de la sala.

CAPITULO XV.

SANCHEZ HACE PARTICIPE Á AMALIA DE LAS DULZURAS DEL VINO DE CHAMPAGNE.

SANCHEZ dirigió una mirada, una larga mirada de borracho á Amalia, y en seguida dejó caer una mano como de plomo en la sedosa falda de aquella muger, que se estremeció al sentir el golpe inesperado.

—¡Qué bonita estás, Amalia! dijo Sanchez acercando su cara á la de Amalia para bañarla con la aldeida de la embriaguez.

—Mira, continuó Sanchez, es una lástima que te visite

ese mequetrefe..... No te ofendas, Amalia..... pero es una lástima..... él me dió este cigarro que no arde.....

Sanchez tiró el cigarro y continuó:

—Los cigarros de *ese* no arden, los mios sí; porque tengo muchos pesos que me ha dado la nacion por mis importantes servicios..... porque yo he andado en la revolucion para elevar.... para que suba este indio á quien amo..... porque ya lo sabes..... yo amo á D. Benito, Amalia, y ahí lo tienes de presidente de la república mexicana.

Reinó en seguida un silencio soporoso, durante el cual no se oia mas que la fatigosa respiracion de Sanchez.

—¿Qué hora es? preguntó Amalia.

—Sácame el reloj y mira tú, Amalia..... no te ofendas..... porque la verdad tengo la vista un poco turbada, turbadita, Amalia; quiere decir, así..... como..... yo no he tomado mucho, y tengo muy buena cabeza; pero: ¿creerás, Amalia, que no sé qué tenia el Champagne?

En ese momento daba la una la campana del reloj de la sala.

—¡Vaya! exclamó Sanchez, atisbando de una manera grotesca el reloj de bronce; ese sí no tiene la vista turbada..... ni la campanilla tampoco.

Y Sanchez rió de su propia gracia, con una risa de idiota.

Ya estaba atravesando Sanchez por ese periodo de excitacion, en el que los objetos materiales toman cierto realce como si crecieran en tamaño; experimentaba esa lucidez febril que lo reviste todo de una luz intensa, y que en el órden moral engendra este otro fenómeno:

Todas las ideas entran en la esfera de la hipérbole, y nada queda en su justo medio.

De aquí nace la tendencia del borracho á parecer valiente, porque cuando los gases alcohólicos están excitando ciertos órganos, el borracho cobarde siente un placer nuevo al descubrirse valiente; el tonto se sorprende de esa misma lucidez, que en su propio concepto lo hace aparecer afluente y decidor; el enamorado siente avivado el fuego de su pasion, y la belleza del objeto amado toma nuevo encanto.

Por este estilo son las elucubraciones que se producen á merced de ese fuego fátuo que nace de la excitacion alcohólica.

Sanchez sentia todo esto en presencia de Amalia, y estaba á punto de romper el velo de sus reservas, para afrontar con la indiscrecion de un borracho cuestiones delicadísimas.

Sanchez tenia, ya hacia tiempo, para su coleto, que Ricardo enamoraba á Amalia; pero habia sabido ahogar, hasta entonces, la punzante desazon de este celo, en una compensacion: en la cocota.

Infiel, antes que Amalia, habia preferido no ver ni oir para que á él no lo vieran ni lo oyeran; y tal sistema, segun él mismo decia, le conquistaba, cuando menos, la paz.

Pero en aquellos momentos estaba mirando á Amalia

mas hermosa, mas interesante, y con los atractivos que su imaginacion exaltada le prestaba.

—Ya te he dicho, Amalia, que estás bien; quiere decir, que te estoy viendo mas bonita ahora..... y no es porque tenga nada..... no; ya sabes que tengo muy buena cabeza, y..... y lo que he tomado es un traguito nada mas..... no te negaré que me siento mas expansivo..... pero ya sabes que esto es por..... es por tí..... ¿Tengo razon?

—Sí; murmuró Amalia solo con el deseo de no contrariar á Sanchez.

—¡Ay! qué *sí* tan frio!..... y eso sí no lo puedo tolerar, porque lo que es á ese mequetrefe que te visita, lo echo por el balcon el dia menos pensado; ¡júralo!..... lo tomo por la cintura y cataplum..... hasta la calle..... esto es una cosa muy sencilla.

Siguió Sanchez repitiendo estas palabras por medio de ese sistema peculiar del borracho que gira en un estrecho círculo, como si el limbo del embrutecimiento fuera invadiéndolo todo para dejar solo en su centro una pobre idea girando sobre sí misma, como la llama de una lámpara espirante.

Amalia, que aún conservaba las violentas impresiones de la larga conferencia que acababa de tener con Ricardo, contemplaba á Sanchez en los momentos mas á propósito para hacer la mas desfavorable de las comparaciones.

Toda contrariedad determina la obstinacion y la cólera en un cerebro exaltado, y la impasibilidad de Amalia comenzaba á ser para Sanchez motivo suficiente para excitar su furor; de manera que algunos momentos le bastaron para entrar en este nuevo periodo.

Se levantó de su asiento con un vigor de que no se le hubiera creido capaz, y sin vacilar se paró frente á Amalia para insistir en sus reconvenciones de una manera brusca y descompuesta.

Amalia comprendió que iba á tener lugar una horrible escena, y procuró revestirse de toda la resignacion de que era capaz; pero Amalia no tenia ningun camino, no salia avante con ningun recurso, no encontraba nada que pudiera calmar la ira de Sanchez, á quien exaltaban tanto el silencio como la prudencia, tanto la lógica como las concesiones; y si Amalia proferia una palabra, si expresaba una idea, esta idea era tergiversada é interpretada por Sanchez, que se obstinaba en enredar un hilo que Amalia no podia romper.

En vez de acercarse, se alejaba mas y mas del período de la postracion, y sobreexcitado su sistema nervioso, Sanchez se habia colocado en la situacion moral del demente.

Estaba pálido, sus ojos brillaban de una manera extraña, y su mirada, lejos de estar vacilante y opaca como al principio, tenia una fijeza febril que no se podia contemplar con indiferencia.

Al llegar á este término, habia perdido la conciencia de su propia embriaguez; se habia desprendido del orígen y

no tenia ya la facultad de juzgarse á sí mismo; estaba entregado completamente al objeto que lo preocupaba, cobrando mas y mas vigor á medida que entraba mas al fondo de sus mismas ideas.

Un hombre en este terrible estado de enagenacion, impresiona vivamente al que lo contempla.

Las facultades que constituyen el sér moral, que son parte de ese espíritu que no ha de perecer, pierden, al influjo de una lesion material, la admirable armonía que las une, para convertirse en las cuerdas flojas de un arpa ó en las ruedas de una máquina descompuesta que no llena su objeto.

Amalia fluctuaba entre la contrariedad y la ira, entre la resignacion y el sufrimiento; y solo despues de una terrible lucha de algunas horas, cuyas escenas se resiste á escribir nuestra pluma, fué cuando pudo contemplar en medio de un triste consuelo, que Sanchez al proferir una de sus mas feroces imprecaciones, cayó á plomo sobre el sofá como si todas sus fuerzas lo hubieran abandonado de pronto, como si hubiera sido herido por una descarga eléctrica.

Amalia contempló todavía por algunos momentos aquella masa inerte, y convencida de que habian de pasarse algunas horas para que Sanchez despertara, salió lentamente de la pieza.

Necesitaba respirar otro aire, y comprendiendo que ya estaba sola y que podia entregarse sin testigos á sus amargas reflexiones, atravesó algunas piezas hasta llegar á la asistencia.

Ardia aún una vela en un candelabro; D. Aristeo envuelto en su capa parda estaba sentado en su sillon favorito, y Felipa estaba frente á él en otro sillon.

D. Aristeo hizo un movimiento al presentarse Amalia; pero Felipa permaneció inmóbil: estaba dormida.

—Serán las cuatro, dijo D. Aristeo muy bajo y torciendo la cabeza como tenia de costumbre.

Amalia se apoyó en un mueble, porque experimentó un desvanecimiento.

—¿Está usted mala? preguntó D. Aristeo, incorporándose.

—No, dijo Amalia, necesito aire.

—¡Cuidado con eso! vea usted que las pulmonías.....

Amalia atravesó la pieza dirigiéndose á la puerta: esta habia permanecido entreabierta, con objeto de que las voces de Sanchez y de Amalia entraran por allí cómodamente.

D. Aristeo salió en seguimiento de Amalia hasta el corredor.

—¿Se durmió por fin? preguntó D. Aristeo.

—Sí.

—¡Ah qué mi compadre!..... Y vea usted, antes no era así, pero yo no sé qué tienen hoy las gentes; si casi no se conoce una persona que no le cuente á usted que *se la pone* seguido.

Amalia permaneció callada.

—Pero en fin, usted no debe hacerle caso cuando se pone en ese estado, porque ya sabe usted que así no sabe uno lo que hace.

Lo peor es, continuó al cabo de un rato, que á mi compadre le da por enfurecerse; si es una fiera, lo he estado oyendo, y pensaba, como es muy natural, que no debia recogerme supuesto que de aquella disputa sabe Dios lo que resultaria!

—Tiene que resultar algo muy grave, dijo Amalia pudiendo apenas contenerse.

—Yo ya se lo dije á mi compadre; y cuidado si le he predicado; vamos, que yo no sé como se ha podido alucinar al grado de..... Usted por su parte debe tener en cuenta que es imposible, absolutamente imposible, que pueda inspirar amor una muger semejante.

—¿Que está usted diciendo?

—Eso, que es imposible.

—¡D. Aristeo! exclamó Amalia en tono de reconvencion.

—Digo..... continuó D. Aristeo turbado, que.....figúrese usted que la muger que es capaz de dejarse traspasar como un mueble.....

—¿Estoy sentenciada esta noche á sufrir injurias de todo el mundo? dijo Amalia en el colmo de la indignacion.

—¡Injurias! repitió D. Aristeo; injuriar á usted..... no comprendo!

—¿Entonces de qué muger está usted hablando?

—¡Ah! tá, tá, tá, usted tomó..... vaya..... ¿conque

usted?..... ¿pues de quién habia yo de hablar sino de la cocota, á quien no he podido olvidar un solo momento?

—¿La cocota? preguntó á su vez Amalia con extrañeza.

—Sí, Amalia; sobre que estoy escandalizado, materialmente escandalizado, porque yo no sabia ninguna de estas modas de Paris.

—No entiendo lo que me está usted diciendo, D. Aristeo, y temo seguir interpretando sus palabras de una manera muy poco favorable.

—¡Vaya! conque yo, que ya soy viejo y que he tenido mi mundo, no lo podia entender tampoco!

—¿Entender qué?

—Eso del traspaso, y sobre todo, de que esas mugeres se dejen llevar y traer..... ¡vaya! sobre que estoy, segun le he dicho á usted, verdaderamente escandalizado.

—Señor D. Aristeo, ruego á usted se sirva hablar claro, porque tengo el sentimiento de no entenderlo á usted.

—Sírvase usted calmarse y procuraré ser lo mas claro que me sea posible.

Pues señor, continuó D. Aristeo, el caso pasó así: Manuel, usted conoce á Manuel, se fastidió un dia de la cocota y se la dejó á mi compadre. .....

Un mundo de ideas se vino á las mientes de Amalia, porque en aquel momento ataba muchos hilos, corroboraba muchas sospechas y encontraba de lleno si no una

disculpa, al menos una compensacion á la infidelidad que estaba próxima á cometer.

Ricardo le habia exigido á Amalia aquella misma noche, una resolucion que pusiera término á sus ansias amorosas, y Amalia, que habia empezado á familiarizarse con sus propias ligerezas, habia retrocedido ante la idea de faltar á sus deberes.

Debemos confesar en honor de Ricardo, que sabiendo, como sabia todo México, la historia de la cocota de Sanchez, no blandió esta arma innoble para obligar á Amalia á decidirse; pero lo que no habia hecho el amante, acababa de hacerlo el querido compadre de Sanchez, quien efectivamente estaba de tal modo preocupado con la historia de la cocota, que no pensaba en otra cosa, ni queria hablar sino de la honda impresion que le habia causado la conducta de aquella americana; conducta que, lejos de hacerla odiosa y despreciable, le atraia postores que, como Sanchez, pagaran trescientos pesos al mes por apreciar sus prendas morales.

Amalia, con esa sagacidad y tino de que solo es capaz una muger, creyó conveniente guardar cierta reserva acerca de lo que le contaba D. Aristeo, quien, como se habrá comprendido, atribuia el reciente disgusto al único motivo que segun él habia de determinar en la casa todo género de calamidades: la cocota.

No fué muy difícil á Amalia conseguir que D. Aristeo la pusiera al tanto de cuanto sobre el particular podia decirse, al grado que solo el canto de algunos gallos y cierto fulgor blanquecino que se empezaba á percibir en el cielo, pudieron cortar aquel relato que, segun todas las apariencias, iba á acabar por volver loco al pobre compadre D. Aristeo.

CAPITULO XVI.

DON ARISTEO Y LA COCOTA.

SANCHEZ durmió hasta la una del dia.

Amalia salió de su casa á las nueve y media, dejando avisado que no se la esperase á comer.

Don Aristeo y Felipa siguieron hablando de la cocota en la asistencia, cada uno en su sillon.

—¡Vaya! ¡vaya con la impresion que me ha hecho á mí ese negociado, doña Felipa!

—¿Qué negociado?

—El de la cocota.

—No piensa usted en otra cosa.

—Y lo peor es, que mientras mas pienso, menos lo entiendo y me estoy viendo tentado de una cosa.

—¿De qué cosa? ¡Ave María Purísima! Don Aristeo, ¿de qué cosa se está usted viendo tentado?

—No, no se alarme usted, doña Felipa, no quiero mas que esto.

—¿Qué?

—Conocerla.

—¿Y para qué?

—¿Cómo para qué? para juzgar con mis propios ojos *eso* que debe tener esa muger, ese privilegio exclusivo, esa cuadratura del círculo de á trescientos pesos mensuales en billetes de banco.

—¿Pero para qué se va usted á meter en esas cosas, señor Don Aristeo? ¿No considera usted que una muger de esas ha de estar naturalmente excomulgada? porque de seguro no es cristiana.

—¡Qué cristiana va á ser, doña Felipa! empiece usted porque es muy güera.

—Sí, eso ya lo sé; tiene el cabello casi blanco.

—Eso es lo que yo digo, esa muger no ha de ser como todas, es seguro que tiene algo.

—En cuanto á lo demas, continuó Felipa, doña Zeferina que la conoce ya, dice que es bonita, pero que no le parece tanto como dicen.

—No lo crea usted, doña Felipa, esas son cosas de doña Zeferina, porque como ya no ve bien.....

—¡Ah! pues usted tampoco tiene muy buena vista que

digamos, especialmente para conocer á las gentes; es usted muy mal fisonomista.

—No lo crea usted, doña Felipa; si yo encontrara un medio para acercarme á la cocota, le aseguro á usted que no le perderia detalle ni circunstancia hasta convencerme de lo que quiero.

—¿Y que sacaria usted de todo eso?

—No, lo que es de sacar...pero vea usted, doña Felipa, siempre es bueno saber y no que le cuenten á uno.

—¡Vaya! dijo doña Felipa como inspirada por una idea súbita; ya que tiene usted tanto empeño en acercarse á esa.... muger de mis pecados, y que no le teme usted á la excomunion, seria bueno ver si de paso hacemos una cosa bien hecha.

—¿Cuál, doña Felipa?

—Quitarle á mi hermano ese quebradero de cabeza.

—Y ese gastadero de pesetas.

—Y esa inmoralidad.

—Y el escándalo.

—Y la ruina; porque mi hermano se arruina.

—Irremisiblemente, doña Felipa, júrelo usted.

—¿Pues qué le ocurre á usted?

—¿Qué seria bueno hacer? ¿con qué pretexto pudiera yo presentarme en su casa?

—¡Ah! ya caigo.

—¿Con cual, doña Felipa? ¿con cuál? veamos.

—Mi hermano no sale hoy.

—Es cierto, hoy es dia de jaqueca, y si acaso á la noche será cuando se vaya encaminando....

—Pues bien, vaya usted á verla con pretexto de avisarle que mi hermano está enfermo, y una vez allí y para que no descubra á usted con mi hermano, le dice usted que la visita es á excusas de él y.....

—Etcétera, yo me introduciré, yo haré de modo..... no tenga usted cuidado, doña Felipa. Está decidido, voy, voy sin pérdida de tiempo.

—Vaya usted.

—¿Y si conseguimos que mi compadre se desimpresione?.....

—Figúrese usted que triunfo para nosotros!

—Va á creer doña Zeferina que es obra de la novena que está andando por esta desgracia. Es seguro, figúrese usted que doña Zeferina la pobre... es tan fanática.

—Conque voy, voy en el acto, solo que..... lo que siento es tener que ponerme camisa limpia..... porque en fin..... ella será todo lo que se quiera, pero supueto que es una persona limpia..... porque yo supongo que ha de ser muy limpia, ¿no es verdad, doña Felipa?

—¡Ah! por de contado, con trescientos pesos cada mes cómo no ha de ser uno limpia! que me den á mí la mitad y verá usted cómo ando toda la semana, albeando.

—Ya se vé. Conque... voy á vestirme, doña Felipa.

—Bueno, bueno, vaya usted pronto.

A poco rato volvió á presentarse Don Aristeo.

—¿Qué hay? preguntó doña Felipa.

—Nada, que..... ¿me hace usted favor de pegarme este boton?

—Con mucho gusto.

—¿Y usted tiene curiosidad por conocerla, doña Felipa?

—¡Vaya! si estoy como usted, y no sé qué hacer para conseguirlo; y luego, que como esa extrangera, supuesto que es tan güera y todo, no ha de ser cristiana, no hay modo de verla en la iglesia.

—¡Vaya! qué iglesia! para el infiernote que se ha de mamar la mi señora.

—Eso es seguro..... aunque vea usted, Don Aristeo, en eso hay de todo, bien puede ser que se arrepienta á tiempo.

—Eso sí, si es á tiempo.....

—Ya está pegado el boton.

—Dios se lo dé á usted de gloria. Iré de negro, ¿no le parece á usted, doña Felipa?

—Sí, es lo natural.

—¿Y será cosa de guantes?

—Vea usted.... siempre no será malo, porque ella ha de tener guantes.

—¿En su casa?

—Como dicen que gasta mucho lujo!

—En fin, llevaré mis guantes amarillitos.

Despues de una hora, apareció Don Aristeo otra vez en la asistencia: se habia afeitado, estaba vestido de negro y se habia puesto unos botines de charol que tenia guarda-

dos hacia seis meses, porque le habian lastimado horriblemente los callos.

Felipa examinó á Don Aristeo de piés á cabeza.

—Pero va usted á rabiar con esos botines, D. Aristeo.

—¿Por qué?

—¿Son aquellos.....

—Sí, son los mismos, pero han dado de sí, ya no me molestan.

Don Aristeo estaba mintiendo descaradamente, á juzgar por la manera con que tenia puesto el pié izquierdo sobre la alfombra; casi no pisaba.

—¡Ay! exclamó doña Felipa, ¿que es lo que huele?

—Es el alcanfor; yo pongo alcanfor entre mi ropa para que no se pique.

—¡Ah! pues eso es fatal, es capaz de no recibir á usted esa..... esa señora, si va usted oliendo á alcanfor.

—¿Qué hacemos?.

—Voy á ponerle á usted agua de Colonia.

Felipa trajo un frasco y roció á Don Aristeo á toda su satisfaccion.

—En fin, ahora con el aire libre acabará de quitarse el mal olor.

—Dios se lo pague á usted, doña Felipa. Conque si mi compadre pregunta por mí, le dice usted.....

—Sí, que tuvo usted que hacer; bueno, hasta luego, D. Aristeo.

—Hasta luego, doña Felipa.

Ya habia andado D. Aristeo algunos pasos cuando le dijo Felipa:

—Don Aristeo, oiga usted.

—¿Qué?

—¡Cuidado! añadió Felipa riéndose; cuidado como se va usted á enamorar de la cocota!

—¡Va! ¡va! qué doña Felipa tan candorosa!

—Es que.....

—Es que voy prevenido.

—¿A ver?

—Mire usted.

Y Don Aristeo sacó de la bolsa un rosario, del que pendian varias medallas y cruces y especialmente pequeñas bolsitas bordadas con chaquira y que contenian reliquias de un prestigio y un poder ilimitados.

—¡Ah! pues con eso..... dijo Felipa, no sin burlarse interiormente de Don Aristeo.

Felipa se quedó pensando en la entrevista que iba á tener lugar, mientras que D. Aristeo, apenas salió de la casa, empezó á cojear.

A poco andar, exclamó:

—¡Malditos botines! ¡válgame Dios! á lo que expone á uno un animal de estos traidos de Paris. Si mi compadre llega á saber que he visitado á su cocota, ¡adios! se armará una zambra..... Pero no, bien puede ser que no se arme nada; mi compadre se tiene por hombre muy civilizado.

A D. Aristeo no solo le iban haciendo sufrir los boti-

nes, sino que le raspaba el cuello de la camisa, é iba notando que su levita negra le apretaba de la sisa: hacia mucho tiempo que no se la ponia: no obstante, todas aquellas mortificaciones, eran otros tantos avisos que le despertaban la presuncion, y al pasar frente á una vidriera ó frente á una peluquería, no dejaba de mirar de reojo su imágen retratada de cuerpo entero.

—Estoy bien acabado, se decia; pero en fin, vestido, todavia no estoy tan mal: creo en todo caso que mi figura no me expondrá á que esa señora me haga una grosería.

En Don Aristeo se habia operado una verdadera revolucion: jamas habia sentido mas punzante el aguijon de la curiosidad; nada le habia hecho mas impresion en su vida, como la noticia de que hubiera mugeres que se dejasen alquilar, segun expresion del mismo Don Aristeo; no le cabia en el juicio, ya no tanto que las hubiera, sino que de buenas á primeras encontraran hombres que, como su compadre, no vacilaran en pagarlas tan caras.

—Si no será muger!..... pensaba Don Aristeo; pero eso no puede ser, porque lo que es á mi compadre, en esa materia no le dan gato por liebre.

Andaba Don Aristeo absorto en sus cavilaciones y deseando y temiendo al mismo tiempo que se acercara el momento de ver á la cocota, hasta que llegó á la calle en que vivia; pero como Don Aristeo era corto de vista, recorrió dos veces la calle por una y otra acera sin encontrar el número 10.

—Vamos, exclamó, decididamente en esta calle no hay número 10. Este es un chasco; Doña Zeferina ha equivocado el número á propósito, ó tal vez la calle ¿qué haré?

Don Aristeo estaba tan preocupado, que habia dicho casi en voz alta estas palabras, y como aunque el hablar solo no tenga nada de particular, esto siempre es una cosa que llama la atencion.

Uno de esos muchachos vagamundos que salen deseando fijarse en algo nuevo, lo habia estado observando; y á la sazon que Don Aristeo hablaba solo, el vagamundo se habia parado frente á él fijándole una mirada escudriñadora.

Don Aristeo sacó sus anteojos con objeto de hacer un nuevo exámen, fijándose mas detenidamente en el número de cada puerta.

Tan luego como se puso á andar, el vagamundo le siguió colocándose á su lado, porque para aquel muchacho empezaba á ser aquello un lance divertido, y aun deseaba entablar conversacion con aquel señor que le parecia, segun todas las trazas, un loco manso.

Con objeto de llegar á ser interpelado, el vagamundo se rozaba con Don Aristeo y no le perdia movimiento: llegó Don Aristeo á la última casa, y al ir á atravesar la calle para recorrer la acera opuesta, tropezó con el muchacho, que dió un traspies y exclamó:

—¡Ay! señor, por poco me tira usted; ¿qué no vé?

—¡Adios! exclamó para sí Don Aristeo, este chico me va á armar camorra.

—Perdona, hijito, no te ví.

—Usted no ve nada, ni los números.

—¿Ni los qué?

—¿No anda usted buscando números?

—Sí, el número 10.

—¿Qué 10? si aquí no hay 10.

—Eso es lo que me desespera.

—¿Busca usted al médico?

—No.

—¿A la partera?

—No.

—Yo conozco á todos los de la calle; ¿al licenciado?

—No.

—¿A D. Juanito Gomez?

—No, á ninguno de esos; ¿dices que tú conoces á todos los de la calle?

—Sí, señor amo.

La palabra *amo* era ya la solicitud manifiesta de una propina.

—¿Quién vive en el 8?

—Es la casa de la Purísima, viven la partera, la.....

—¿En el número 7?

—El licenciado.

—¿En el 6?

—Don Juanito; en el 5, los españoles del empeño.

—¿En el 4?

—Un padre; ¿busca usted al padrecito?

—No.

—Pues en el 2 vive el médico, y el 1 está vacío.

—¿Y por qué te saltas el 3?

—¡Ah!..... dijo el muchacho riéndose.

—Vamos á ver ¿por qué te saltas el 3?

—Porque usted no ha de ir allá.

—¿De qué lo infieres?

—Como allí vive.....

—¿Quién?

—Una persona que..... yo no creo que usted la busque.

—¿Por qué?

—Porque es *arañita*.

—¡Cállate, muchacho! y no seas quita-créditos; ¿qué sabes tú de eso?

—Quiero decir, ella es muy guapa, y es güera; pero no por eso deja de ser *arañita*.

—No andes diciendo eso, ¡qué sabes tú!

—¡Ah qué señor! ¿á que va usted allá?

—Vamos, vamos, muchacho; ve, ve á comprar tus tronadores ó tus dulces; toma, toma este realito y múdate; vé con Dios, hijito, ve con Dios.

El muchacho se separó de D. Aristeo, en direccion opuesta, pero para observar mas á sus anchas.

Iba D. Aristeo á entrar en la casa número 3, cuando de manos á boca dió con doña Zeferina.

—¡Señor D. Aristeo de mi alma! ¿que milagro es verlo á usted por mi barrio?

—Que quiere usted, doña Zeferina, aquí dando de vueltas. ¿De qué se rie usted?

—De nada; vea usted lo que son las cosas, nos hemos venido á parar en la lumbre.

—¿Cómo en la lumbre? ¿por qué?

—Estamos en el 3.

—¿Y qué?

—Que aquí vive.

—¿Quién?

—La americana.

—¿No decia usted que en el 10?

—Yo nunca he dicho semejante cosa, porque ni lo hay en esta calle.

—¿Conque aquí.....

—Sí, aquí..... tanto que yo creí que iba usted á entrar.

—¿Yo, doña Zeferina?

—Por lo menos usted ha estado buscando una casa en esta calle y ya hace un cuarto de hora que lo veo á usted recorrer los zaguanes, hasta que el pelon habló con usted, y entonces sin vacilar se ha dirigido usted hácia aquí; ya ve usted que tenia yo razon en creer que iba usted á entrar.

Don Aristeo estaba perplejo.

—Y ademas, agregó doña Zeferina, como viene usted de tiros largos.....

—Sí, pero eso es porque.....

—Vamos, vamos, vendrá usted tal vez á ver si esa muger de mis pecados se quita de en medio.

—Pues es cierto, doña Zeferina, á eso venia yo, á ver si por fin conseguimos evitar los males que son la consecuencia inmediata de..... de esta corrupcion de costumbres, doña Zeferina.

—¿Y eso de acuerdo con Felipita?

—Sí, señora.

—¿Y cómo está de salud?

—Bien, á Dios gracias.

—¡Vaya! bendito sea Dios, D. Aristeo; ¿conque va usted, eh?

—Voy á hacer ese sacrificio.

—¡Pobre de usted! pero cómo ha ser, señor, como ha de ser; eso sí, que no le arriendo á usted las ganacias con los vecinos, porque todos van á saber que usted ha venido, y será el habladero para poner tablados.

—¡Sea todo por el amor de Dios! pero usted bien sabe cuan sana es mi intencion y qué sinceros nuestros deseos.

—Ya se ve, señor Don Aristeo..... conque ..... que salga usted bien de su empresa; alla iré á saber como le fué á usted de visita; Dios lo lleve por buen camino.

—Adios, doña Zeferina.

—Adios, Don Aristeo.

CAPITULO XVII.

EL DIABLO VERDE.

Fué preciso á Don Aristeo tomar aliento en el patio y concentrarse para alejar de su mente aquellas contrariedades. Despues de un momento subió lentamente la escalera y tiró del cordon de la campanilla.

Salió una criada.

—¿Está en casa..... la señora?

—¿Trae usted tarjeta? le preguntó la criada.

—Se entra aquí con boleto, pensó Don Aristeo. ¡Tarjeta! repitió; no, no traigo tarjeta.

—¿Su nombre de usted?

—Me llamo Aristeo.

—Voy á avisar.

Y la criada desapareció.

Al cabo de un rato, volvió diciendo:

—Que no lo conoce á usted la señora, que le mande usted decir lo que quiere.

—Es muy largo, dijo maquinalmente Don Aristeo; dígale usted que vengo de parte de mi compadre Sanchez.

Volvió á desaparecer la criada, y un segundo despues se abrió frente á Don Aristeo una vidriera de par en par y se presentó Ketty.

Esta aparicion hizo en el rostro de Don Aristeo el efecto del *cardillo*, y estuvo á punto de retroceder rodando la escalera.

Don Aristeo se descubrió, lleno de un respeto que él mismo estaba muy lejos de esperar: se le olvidó completamente su prevencion contra la inmoralidad de la *cocota*, y hasta este nombre le pareció una especie de calumnia.

—Pase usted, caballero, dijo Kettey en buen español aunque con un acento ligeramente ingles.

Don Aristeo anduvo, sin sentir el piso bajo sus pies.

Ketty se adelantó para guiar á D. Aristeo y bien pronto estuvieron ambos en la sala.

Ketty se sentó en un gran sillon de metal, é indicó á D. Aristeo que tomara asiento en el sofá.

D. Aristeo tenia en las manos su sombrero, su baston, sus guantes y su pañuelo; pero no se acordaba de ninguno de estos objetos, ni de sus manos tampoco, porque no podia quitarle la vista á Ketty.

Era efectivamente hermosísima la cocota: su cabellera casi blanca, estaba tan artísticamente rizada, habia tal gracia en aquel agrupamiento semidesordenado de rizos y de cintas que levantaban, sobre el interesantísimo óvalo de la propietaria, un verdadero edificio tan magestuoso como una corona imperial.

Era una muger de alabastro, porque sobre la tez blanquísima de las hijas del Norte, todavia habia alguna crema maravillosa que realizaba el bello ideal de la belleza.

Ligeras tintas sonrosadas, como esas que el sol sabe poner en algunas nubecillas, hacian presentir la presencia de no sabemos que rosas encantadas, así como en los labios de Ketty se presentia el beso que parecia haber anidado allí, sobre aquel granate, junto á aquellas perlas, en aquel boton de rosa, en aquella válvula de donde probablemente todas las palabras que salieran habian de ser amor, todos los acentos música, el aliento fuego y la humedad, miel.

Ketty estaba vestida de raso verde hermoso, de ese verde que lo es hasta de noche, de ese verde que le hace á uno volver la cara apenas lo percibe con el rabo del ojo; en fin, verde-primavera de México, verde-floresta de México, verde-esperanza, si es que esta señora se ha vestido alguna vez como Ketty.

Don Aristeo tenia trabada la lengua; y luego, que desde que habia entrado allí habia percibido un aroma tan es-

quisito, un olor á flores ó á ángeles, pero tan pronunciado, tan ferozmente voluptuoso, que Don Aristeo dilataba las ventanas de su nariz para oler mas, como dilataba sus pupilas para ver mas y mas á aquella aparicion verde.

Lo único que no podia hacer Don Aristeo era hablar.

—¿Usted es padre de Sanchez? pregunto Ketty con una voz que le pareció á Don Aristeo *cajita de música*.

Don Aristeo primero tragó, despues tosió, y no seguro de que á pesar de esas dos cosas le saldria la voz, hizo un grande esfuerzo y dijo:

—No, señorita, soy su compadre.

Era tan rara la voz de Don Aristeo, que á él mismo le pareció que otro era el que habia contestado por él.

Ketty empezó á mecerse en el sillon, y como D. Aristeo á su pesar tenia la vista clavada en los ojos de Ketty, á los pocos momentos comenzó á sentir el viejo un extraño desvanecimiento.

Aquella figura oscilaba delante de él como el mar de la dicha; aquel movimiento le imprimia todavía algo mas de fantástico y de aéreo.

Ketty tenia una mano cerca de la mejilla; ¡pero que mano! era una mano modelo, blanca tambien como una azucena, ligeramente sonrosadas las yemas de los dedos; ¡era una mano tentadora!

D. Aristeo pensó:

—¿Si me dará la mano?

Se vió tentado de retirarse, solo para hacer la prueba.

—¿Qué dice Sanchez? preguntó Ketty.

—Está enfermo, se apresuró á contestar D. Aristeo.

—¡Pobrecito de Sanchez! ¿qué tiene?

—Dolor de costado..... quiero decir, creo que es jaqueca; pero está enfermo y no ha salido, no; ni podrá salir á la calle.

—¿Pero está muy malo entonces?

—No; no mucho, señorita, mañana estará bueno ya.

Ketty recorria con una mirada impasible á D. Aristeo, y acaso como muger de mundo ya habia comprendido el efecto que causaba.

—¿Es usted americana, de Norte América?

—No, señor, nací en Francia; pero desde niña vivo viajando.

—¡Viajando!

—Sí, señor, el mundo es para verlo.

—Es cierto, dijo D. Aristeo; y agregó para sí: yo nunca he salido de Oaxaca.

—Yo tambien quisiera viajar, continuó D. Aristeo; no conozco el mar, ni Paris. ¿Es bonito Paris?

—Hoy está feo.

—¿Y le gusta á usted México?

—Puede llegar á ser muy bonito México; el clima es muy agradable; hay gentlemen muy buenos; pero está México pobre, se llevan el dinero á otras partes, aquí solo se hace pero no se gasta aquí.

—Efectivamente, señorita.

—¿Usted tiene minas?

—Sí, dijo resueltamente D. Aristeo; quiero decir, tengo barras y acciones.

Ketty cesó de mecerse en el sillon.

—¿En Pachuca?

—En Pachuca, sí señorita, y en Guanajuato.

—¿Y así no viaja usted, señor? Con minas se puede viajar; los mexicanos tienen muchas minas pero no viajan; el mundo es muy bonito, señor; hay ciudades muy hermosas: New York, Paris, Londres, Berlin ¡oh! es muy hermoso todo, y se viaja con muchas comodidades. Hoy nadie está en su casa siempre, sino en los viajes; ¡oh! es tan fastidioso estar en un mismo lugar!

—Sí, señorita, yo voy á viajar; ¿y adónde me aconseja usted que vaya primero?

—Primero á los Estados-Unidos por la vía de New Orleans para conocer todas las poblaciones importantes; despues vivir un poco en San Francisco, un poco en New York, un poco en el Niágara; despues á Saint Nazaire y á Paris, y luego á Lóndres; en fin, se debe ver todo.

—Y dígame nsted, señorita, ¿usted tiene familia?

—¡Ah! sí, sí.

—¿Y está?.....

—En New York; pero yo estoy independiente.

—¿Hará mucho tiempo que no la ve usted?

—¡Ah! sí, sí ..... diez años.

—¡Diez! exclamó D. Aristeo.

—Mis hermanos tambien viajan; uno está en el Japon; otro está en la expedicion inglesa al polo; una hermana está en Lisboa y otra en Rio Janeiro, y yo en México á su disposicion, dijo Ketty echando á D. Aristeo su primera sonrisa como una paloma correo.

A D. Aristeo le temblaron los brazos como si aquella sonrisa hubiera salido de una batería de Buntzen.

Ketty agregó una segunda sonrisa como resultado del efecto de la primera.

D. Aristeo seguia viendo, con una atencion casi inconveniente, la cara y la mano de Ketty.

Esta por su parte estaba ya segura de que algo muy hondo se habia insurreccionado en aquel señor.

En este momento entró la criada: la criada se parecia mucho á doña Felipa; tenia un vestido igual é iguales maneras.

Como D. Aristeo estaba tan impresionado, creyó por un momento que entraba doña Felipa, y sus ideas empezaron á turbarse.

La criada traia una gran charola que casi no cabia por la puerta, y sin consultar á su ama colocó aquella charola sobre una mesita que estaba junto á Ketty.

Habia en la charola una servilleta muy limpia y algunos platos con jamon de Westfalia, queso inglés, una jaletina, frutas secas y pan.

Despues puso la criada dos botellas de cristal, una con cognac y otra con vino de Madera.

—Usted va á..... dijo D. Aristeo parándose.

—Usted tendrá la bondad de tomar el *lunch*.

—Señorita..... yo no acostumbro; y pensó D. Aristeo:

Me va á convidar á almorzar; ¿qué dirá mi compadre? ¿Quién sabe si no será de buen gusto rehusar esto, ó tal vez se mortificará esta señora de que la vea yo abrir la boca.

—¿Usted no toma el *lunch?*

—¡Señorita!..... acompañaré á usted.

La criada acercó la mesa de modo que D. Aristeo pudiera alcanzar los platos, y tomando un cubierto lo dió á D. Aristeo.

—¿Le sirvo á usted, señorita?

—Gracias, dijo Ketty cortando un pedacito de queso.

Don Aristeo cortó otro pedacito de queso.

La criada sirvió cognac para Ketty y vino para D. Aristeo.

—Salud! murmuró Ketty apurando su copa.

—Salud! repitió D. Aristeo bebiendo la suya.

La criada se retiró.

Ketty tomaba de vez en cuando pedacitos de queso, y D. Aristeo la imitaba.

Se le estaban yendo los ojos tras del jamon, pero temia parecer gloton si comia carne á tales horas, y se limitaba á su pesar á imitar á Ketty.

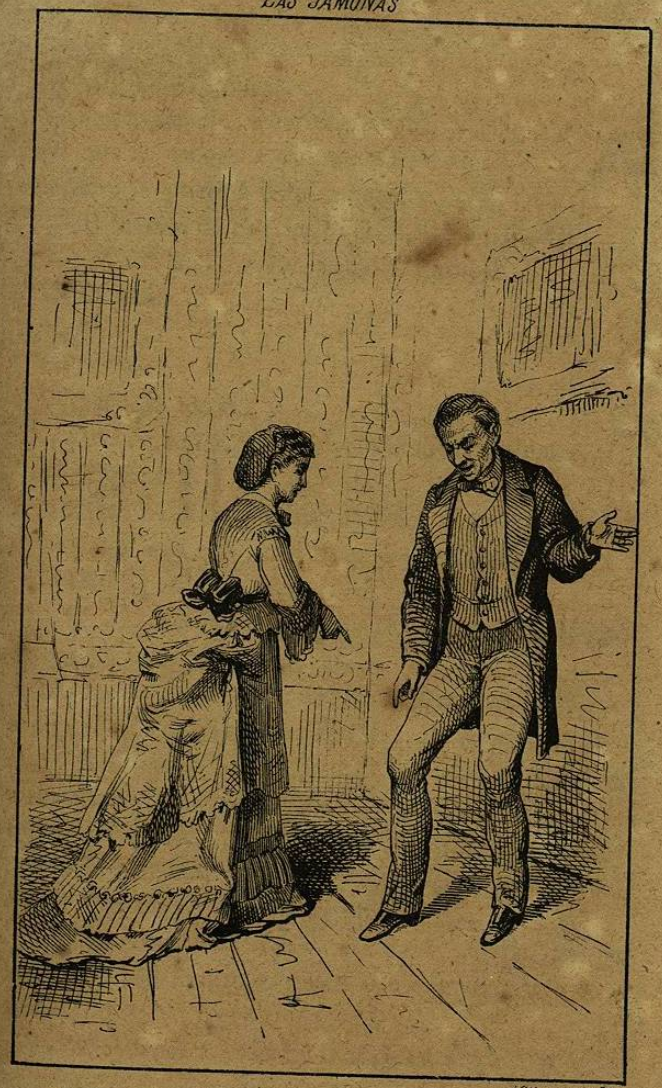
Bastó á D. Aristeo aquella copa de vino de Madera para sentirse mas expansivo.

—He tenido una agradable sorpresa al conocer á usted, señorita, dijo.

—¿Por qué?

—Ya sabia que era usted muy hermosa, ¡pero no tanto!

LAS JAMONAS



Villasana y Cª

—Pero va Vd. á rabiar con esos botines, D. Aristeo

—¡Ah! señor, gracias.

—Positivamente, señorita, es usted la muger mas hermosa que he conocido; con razon mi compadre..... mi compadre la quiere á usted mucho.

—¡Pobrecito de Sanchez! volvió á decir Ketty.

—¿Y..... no se vuelve usted á Europa?

—Sí, señor.

—¿Pronto?

—Tal vez.

—Quédese usted.

—¡Ah! no, señor; ya he vivido mucho en México.

—¿Y Sanchez?

—El me ha dicho de venir tambien conmigo.

—Mejor será que usted se quede, señorita.

—Usted puede viajar tambien.

—Sí..... efectivamente, dijo D. Aristeo acordándose de que no tenia un centavo.

Las resoluciones de D. Aristeo habian encontrado una contrariedad que no se esperaba; no tenia valor para afrontar la cuestion de trabajar contra Sanchez; y hasta llegó á encontrar, hasta cierto punto, justificado el gasto de los trescientos pesos. Aquella sala era elegantísima, mejor que la de Sanchez, y aquella muger realmente tenia algo que D. Aristeo no habia visto nunca.

De esta consideracion pasó á la de su miseria, que por la primera vez le estaba pareciendo una verdadera calamidad.

—Por otra parte, pensaba D. Aristeo, si yo le he de ha-

cer la guerra á mi compadre, no puede hacerse esto por otro medio mas que por el del amor; pero esto es imposible.

—¡Ay! señorita, si yo fuera jóven.....

—¿Qué haria usted?

—Procurar que me amaran.

—Debe usted tener quien lo ame.

—¡Nadie, señorita, nadie! ¿Quien me ha de querer á mí? el amor es para los jóvenes.

—Pero usted tiene minas, y un señor con minas bien puede hacerse amar.

Esto, lejos de alentar á D. Aristeo, lo entristeció mas.

—Pero ¿seria posible que una señorita tan hermosa como usted pudiera amar á un hombre..... así, que no fuera jóven?

—Ya lo ve usted; yo amo á Sanchez.

—Sí..... es verdad; y entre mi compadre y yo..... en fin, no hay mucha diferencia.

—La gratitud, agregó Ketty, es la puerta del amor.

Ketty empezaba á comprender que D. Aristeo podia ser un cómodo compañero de viaje, quien teniendo minas podia prestar todo género de garantías.

—¿Habla usted inglés?

—No, señorita.

—¿Frances?

—Vea usted, señorita, lo pronuncio muy mal, porque como nada mas lo traduzco lo hablo como está escrito, y cuando digo *bon jour*, se rien de mí.

La sola idea de acompañar á Ketty en su viaje, estaba sacando á D. Aristeo de sus casillas; y el pensar que tal vez con igual cantidad á la que su compadre gastaba podia ser tan dichoso como él, era para D. Aristeo una felicidad tan sorprendente, que por primera vez comprendió todo lo que vale el dinero.

Aunque hubiera querido pasar todo el dia, si era posible, al lado de Ketty, le pareció que debia retirarse para no ser molesto.

—Voy á pedir á usted un favor, señorita.

—¿Qué favor?

—Que no sepa mi compadre que he venido á ver á usted; yo vine oficiosamente á avisar á usted que está enfermo; pero no hay necesidad de que lo sepa.

—Bueno, dijo Ketty, Sanchez nunca viene en la mañana, solo viene de noche y algunas tardes; usted puede venir si gusta.

—Tendré esa satisfaccion.

Ketty fué quien alargó la mano á D. Aristeo para despedirlo; D. Aristeo se apoderó de aquella mano que habia estado contemplando por tanto tiempo, y su entusiasmo no conoció límites; se creyó feliz; aquella mano era extraordinariamente suave y aquella presion extraordinariamente dulce.

Se despidió D. Aristeo de Ketty, no sin haber agotado los cumplimientos y galanterías, y repitió que pronto tendria el honor de volver.

Cuando estuvo en la calle le pareció que acababa de

despertar, aunque seguia sintiendo en la mano la impresion de la mano de Ketty.

—¡Decididamente es una muger encantadora! ¡Vea usted lo que son las cosas, señor! ¡Sí, bien dicen: de nada se puede juzgar por informes verbales, porque uno es que le cuenten á uno, y otro es palpar las cosas! ¡La verdad, ya se comprende cómo mi compadre lleva ocho meses de estar pagando trescientos duros! ¡Hace bien! ¡muy bien hecho! ¡yo haria lo mismo! ¡Pues no me ha impresionado esta muger! ¡y yo que la creia un demonio! ¡yo que me escandalicé cuando me contó mi compadre!.... ¡Vamos, vamos, esto parece increible! ¿Y ahora qué le digo á doña Felipa, que me estará esperando con tamaña boca?.... ¡Vamos! ya veo que es necesario obrar con reserva, porque si doña Felipa huele que yo..... que..... en fin, que he cambiado de modo de pensar, se armaria una, que..... ¡Dios me libre!..... Nada; le diré á doña Felipa que esto es obra larga; que he ganado terreno; que las cosas no están mal; y que tenga esperanza de que llegaremos á quitarle á mi compadre el tal quebradero de cabeza; quebradero que, por otra parte, es de todo mi gusto.

Don Aristeo se acordó en aquel momento de las reliquias que llevaba para no caer en la tentacion.

Era tarde.

CAPITULO XVIII.

EL TESCRO VIRGEN Y LA CAJA VACIA.

Cuando se acabó el concierto, Chona se retiró á su cuarto. Tuvo muy pocas órdenes que dar á su criada de confianza porque deseaba estar sola; más todavía, deseaba estar á oscuras y no oir ruido.

El silencio que sucede á la música, si este silencio es absoluto, es un gran silencio.

Las imágenes que evocó la música se reproducen: no parece sino que las últimas notas entregaron á la fantasia la urna cerrada de los recuerdos.

Chona vagaba en esos espacios de creaciones vaporo-

sas, en ese mundo de los sueños; mundo al que apenas los poetas han logrado robarle algunas imágenes que han dejado copiarse.

Habia mas de éxtasis que de sueño en aquel estado particular en que Chona se encontraba despues del concierto.

Quién sabe cuantas horas duraria aquel bienestar, pues es imposible adivinar el momento en que la última rueda de aquella máquina cesó de moverse; porque Chona esa noche no se durmió, sino se perdió en el sueño.

La luz de la mañana ahuyentó las sombras, y con las sombras huyeron las visiones de la noche.

Algo parecido á una contrariedad experimentó Chona al ver la luz.

De entre las blancas ropas salió el brazo de Chona cubierto con una manga con puño de encajes; la mano de Chona, pálida y tibia, buscó algo en la pared, hasta que tocó con la yema del dedo índice el boton de marfil de una campanilla eléctrica.

Algunos segundos despues sintió que abrian la vidriera.

Era su camarera.

Chona, sin abrir los ojos, balbutió apenas esta palabra:

—Cierra.

La camarera, sin hacer ruido, acabó de cerrar la puerta del balcon y dejó caer la cortina.

La pieza quedó sumerjida en las tinieblas.

La mano de Chona habia vuelto á entrar, como un arma

miño que á la puerta de su madriguera hubiera notado que hacia mal tiempo.

Realmente la mano derecha de Chona experimentaba ya el bienestar que se disfruta al recobrar la temperatura despues de un enfriamiento.

Chona queria robarle á aquella mañana fria una hora, para agregarla á la noche anterior.

Chona estaba acostumbrada á salirse en todo con la suya.

Se volvió á dormir.

Dos horas despues, el ángel del sueño se cansó de darla gusto: Chona abrió los ojos y abrió su pensamiento.

Entró Salvador.

—¿El? pensó Chona, y se sorprendió de la eficacia de su visita imaginaria: ¿él? ¿él lo primero en que yo pienso?..... y despues de una larga pausa agregó: ¡Qué bien se viste Salvador! ¡Ninguno lleva el frac como él! ¡qué elegante es!.....

Hoy vamos á platicar mucho..... ¿vendrá? Naturalmente; hoy con mas motivo, ha de tener deseos de que hablemos de ese señor Sanchez para reirnos de él; ¡pobre señor! me pareció un poco alegre el retirarse.

Volvió á tocar Chona el boton de marfil y volvió á aparecer la camarera.

—¿Abro? dijo esta.

—Sí.

Apenas penetró la luz, Chona dirigió su primer mirada á su reloj de mesa: eran las diez. Se apresuró á in-

corporarse, haciéndose una reconvencion para reprocharse su pereza; pensó en que no debia haber dormido tanto.

—¿Pasó usted mala noche? preguntó la camarera con ese acento peculiar del que sirve, ese acento que suple á las salvedades de «*usted dispense;*» «*si no le soy á usted molesto,*» etc.

—Sí.....contestó Chona mintiendo.

¿Por qué mentia? Chona era libre para dormir ó velar sin coaccion de ninguna especie, y no sabemos por qué creyó necesario justificarse por haber dormido dos horas mas.

Chona, con ayuda de la camarera, salió de la cama envuelta en un largo peinador blanco; habia metido los pies en unas chinelas de terciopelo acojinadas y con una orla de piel de nutria.

La camarera templó y perfumó el agua, ofreció á su ama elixir dentrífico en un precioso vasito de cristal de roca grabado á buril y con las armas del último imperio; aquel vasito perteneció á la emperatriz Carlota.

Chona estuvo sola despues mas de media hora, hasta que la camarera entró con la ropa.

—¿Qué vestido me traes? ¡Ah! ese es un vestido muy triste; no lo puedo ver!

—Traeré otros, dijo la criada, y á poco rato volvió con seis vestidos.

—Ese morado tampoco.

—¿Quiere usted el que trajo ayer la modista?

—Sí.

Era un vestido de gró color de almendra, lleno de flecos y escarolas de un trabajo esquisito.

—¡Ah! dijo Chona examinándolo, tenia razon madama Clara; está enteramente igual al que vino de Paris.

—Pudiera estar mejor, se atrevió á decir la criada.

Este vestido color de almendra, tenia esos márgenes misteriosos, que son el resultado de un refinamiento no bastante comprendido por todos.

Las mangas no dejaban salir los brazos sino haciéndolos perder sus perfiles en una especie de nube de encajes; así como no dejaba adivinar el pecho sino al traves de una vaporosa confusion de adornos esquisitos.

Este vestido, segun la expresion de la misma madama Clara, *vestia solo.*

Efectivamente, cualquiera cosa que se hubiera metido dentro de aquel traje, hubiera podido pasar por una muger.

Chona agregó al vestido un simple aderezo de oro.

—¿Han traido flores?

—Temprano trajo el jardinero de San Angel, cuatro *buqués.*

—¿A ver?

La camarista trajo uno que ya estaba colocado en un jarron de forma etrusca.

Chona eligió el mas grande, el mas aterciopelado de los *pensamientos*, y lo colocó entre los rizos de su peinado.

En el cuarto de Chona habia una atmósfera pesada, pero impregnada de esencias; la camarista no entregaba á

Chona ninguna pieza de ropa interior, sin haberla perfumado antes con el *pulverizador*.

Salió de allí Chona como una de esas rosas acabadas de abrir, y á las que se cuida de quitarles las espinas y algunas hojas verdes.

Chona estaba irreprochable; y cuando hemos dicho que su edad era uno de sus mas íntimos secretos hemos acertado; pues nadie, á juzgar por las apariencias, lo hubiera adivinado; era una de esas organizaciones vigorosas encomendadas á una propietaria que profesaba la higiene por intuicion, y que la practicaba escrupulosamente de la manera mas solícita y cariñosa que pueda imaginarse.

A las doce llegó Salvador.

Se dieron la mano y se miraron, y hasta despues de una larga pausa, fué cuando Salvador dijo:

—¡Qué bien le sienta á usted la música!

—¿Por qué?

—Porque la música tiene algo, solo para usted.

—Para todos.

—Es inútil la modestia, y sobre todo el disimulo; ha amanecido usted hoy dándole las gracias á Euterpe.

—¡Viene usted terrible!

—Me voy á hacer espiritista.

—¡Ave María Purísima!

—He resuelto volverme loco y ese me parece el camino mas corto.

—Hablémos con formalidad: ¿qué le pareció á usted el concierto?

—¿La verdad?

—Sí, desnuda.

—Le estoy encontrando algo nuevo á todo.

—¿Tambien á la música?

—¡Precisamente! y usted tiene la culpa.

—¿Yo? preguntó Chona con una mirada que borraba las interrogaciones del *yo*.

—Usted lo sabe mejor que yo.

—¿Me tiene usted por vanidosa, por fátua?

—No, Chona, la tengo á usted por una muger de mucho talento.

—¿Ese es su primer síntoma de espiritista?

—Hemos quedado en que hemos de hablar formalmente.

—Convenido.

—Pues entonces comienzo. ¿No ha sentido usted alguna vez el deseo de comunicar á.... alguno, á un buen amigo, sus impresiones íntimas? ¿No es verdad que hay veces que se siente uno capaz de describir, de narrar, hasta de pintar ciertas situaciones?

—Sí, es cierto.

—Pues bien, entonces es cuando está uno solo, sin nadie que lo escuche, sin nadie á quien regalarle un ramillete de pensamientos que vuelve uno á guardarse con tristeza: ¿es cierto?

—Sí, Salvador.

—¿Cambiamos ramilletes?

—Sale usted perdiendo; el mio es un ramo marchito.

—¿Marchito? el pensamiento que tiene usted en el peinado, no es mas puro que los que están adentro.

—Sí, es cierto, Salvador, no es mas puro; pero mis pensamientos son tan tristes!.....

—¿Y qué, los mios serán alegres?

—Puede.

Tanto á Salvador como á Chona les pareció que habian llegado al término de un camino y retrocedieron.

—¿Por qué se calló usted, Chona?

—Me volví.

—Ya estábamos cerca.

—¿Verdad?

—Pues yo quiero llegar hasta el fin.

—¿Para qué?

—Para dejar para siempre el mundo en que he vivido hasta ahora; porque allá á donde íbamos llegando hay otra vida, otro modo de sér; y ó conquisto esa vida, ó tiro esta que tengo y que para nada me sirve.

—¡Salvador! ¿qué es eso? ¿Se vuelve usted impío?

—Impío no; cuando mas llegaria á ser incrédulo.

—¿Son los espíritus los que hacen eso?

—En medio de un mundo de materia no hay mas que un espíritu: el de usted.

—Ahora me toca á mí ser incrédula.

—No tiene usted razon. Usted es capaz de adivinarme y sabe usted tan bien como yo que no miento.

—Por lo mismo lo he creido á usted siempre.

—Menos ahora.

—Menos ahora, porque es usted otro.

—Sí, me ha vuelto usted otro.

—¿Tan pronto?

—Media hora basta para hacer dia la noche.

—¡Pero usted, Salvador!

—Yo.

—¿Y Paris? ¿no me ha dicho usted que allí lo dejó todo? que Paris es una novia que está usted obligado á cargar asida de su cuello por todas partes y para siempre?

—¿Y si no fuera por eso, cree usted que yo podia haber hallado á usted en el mundo? ¿podria saber lo que usted vale, si antes no hubiera comprendido lo que valen las demas mugeres? Para que usted quepa en mi corazon, es preciso que allí no exista nada. Supongamos que mi corazon es un campo talado, que es un desierto; solo así puede usted caber en él.

—Ha cumplido usted su palabra, llegó usted hasta el fin. Ahora reflexionemos.

—Ya sé lo que me va usted á decir.

—Entonces.....

—¡No sea usted cruel!

Salvador dijo esto de un modo que reveló la mas profunda emocion, y reinó en seguida un largo silencio.

CAPITULO XIX.

EL TESORO VIRGEN CABE DENTRO DE LA CAJA VACIA.

POR qué hemos de retroceder, Chona, en nuestra pendiente? si somos los Sísifos del destino, luchemos.

—¿Contra quién?

—Contra el mundo.

—¿Contra el deber?

—Contra todo.

—Y cuando hayamos triunfado, cuando hayamos logrado romper todos los lazos; ¿qué encontrarémos?

—¡La felicidad!

—¿Qué felicidad? ¿usted cree en eso?

—Por la primera vez.

—¡Ay! ¿de qué ingredientes tan raros se compondrá esa felicidad en que cree usted tan tarde?

—Se compone de esencias vírgenes, de efluvios desconocidos, de intuiciones jamas sentidas por nadie; se compone de usted..... ¡Ah! si la juventud tuviera una crisálida en que esperar el estío, ¡qué suma de amor! ¡qué tesoros de poesía! ¡qué vigor! ¡qué fuego podria ofrecer la muger redentora entonces, verdadera copa de miel, verdadera reina!.....

La juventud de hoy, Chona, es un ramillete de flores en miniatura; las jóvenes son flores que apenas brotan se marchitan; apenas se abren se asemillan; su vida es de un dia; viven aprisa; se precipitan para llegar á un fin, y mueren antes de haber vivido con el alma, con el amor; esos ejemplares totalmente botánicos, pueblan este mundo, y nosotros los jardineros, los hombres, alfombramos nuestro camino con pétalos, con insuficiencias, con embriones y nos fastidiamos.

Pero usted!..... ¡Ay Chona! allá en el fondo de su alma está un sagrario de amor; está un tesoro de felicidad; está algo que por inmaterial, que por infinito no está tocado, porque todos los hombres á su vez han sido para usted pétalos; han sido tambien flores, mas que prematuras raquíticas, si es que no han estado envenenadas desde su primera generacion.

¿Usted cree que acabó en mí todo? lo mismo creia yo,

pero para tocar ese símbolo de eternidad que usted encierra en su amor, no se necesita el caudal que se ha despilfarrado en flores; se necesita de otra virginidad compatible, de un caudal de reserva que ninguna muger ha osado tocar, porque ninguna se parece á usted en el mundo.

¿Qué mas? siento en mí la redencion; mi alma brota de mis ruinas y renazco á una vida nueva, espléndida, eterna; vida cuyas puertas sabe usted abrir con una sonrisa; vida que está mas allá de todas la miserias, de todas las trabas, de todas las rémoras humanas. ¿No es verdad que soy otro?

Ayer, quiere decir, cuando nos conocimos, halló usted en mí la ruina de fútiles prodigalidades, la caja vacia de los juguetes del alma; hoy al trasformarme encuentro yo mismo, que lejos de haber perdido lo que lloraba, no he hecho mas que tirar la basura para guardar las flores: la vida moral del hombre bien puede ser solo un crepúsculo; pero si el hombre encuentra un sol puede vivir en pleno dia. ¡Usted es mi sol!

Chona oyó á Salvador, pero lo oyó no como el juez, ni siquiera como el interlocutor; Chona se perdió asida á las alas de la fantasía de Salvador; habia perdido la facultad de analizar, y mientras Salvador hablaba, Chona lo seguia en su viaje fantástico, como habia seguido en la noche anterior el impulso de sus sueños, sin esfuerzo, sin resistencia.

En una situacion semejante, la cesacion de la palabra es un abismo, y no parece sino que la verdad magestuosa

y severa, no se presenta sino en ocasion solemne para hacer comprender todo su prestigio.

Bastó una pausa, bastó el silencio, para que el espíritu de Chona, que se habia elevado como un aeróstato al impulso del fuego de Salvador, descendiese lentamente hasta tocar el frio asiento de la verdad.

—¿Por qué calla usted, Chona? le preguntó Salvador presintiendo la transicion.

—Porque tiemblo.

—¡Temblar! quién osaria detener mi pesamiento! ¿quién me impediria tocar una felicidad que me pertenece?

—El deber, Salvador.

—¡El deber! ¿y quién traza ese deber? ¿qué ley es esa de tan raquíticas proporciones?

—¡Salvador, usted delira!

—No, Chona, raciocino; y si no estuviera colocado en el terreno de una insuficiencia, de una anomalía, me creeria sin derecho para robar una paz que no podria devolver. Dígame usted que ama á Cárlos; dígame usted que Cárlos la ama á usted; pruébeme usted que es feliz; enséñeme usted la flor de su alma abierta, lozana, pura, y dígame usted: este es el fruto de mi amor; esta es mi dicha; dígame usted todo eso y me reprocharé á mí mismo mi conducta, y avergonzado huiré de usted; pero si usted no ha amado nunca, si no ha sido amada, si no es usted feliz; nadie que yo sepa tiene derecho de exijir de usted un sacrificio estéril; no hay deber que sin ser contrario á la naturaleza, pueda pedir á una muger que no

tenga corazon; ni habrá ley que me obligue á no sentir por usted lo que siento.

—¡Salvador!.....

—Tiembla usted delante de la luz, delante del amor, y no ha temblado usted algunos años matando en embrion sus ilusiones. No ha temblado usted en medio de las tinieblas de una union fria y forzosa como una cadena de hierro.

—Sí; pero esa cadena es indestructible.

—Todas las cadenas se rompen.

—Con el precio de la infamia.

—No: de la libertad.

—¡Libertad! no pronuncie usted esa palabra que nunca he visto aplicada sino al libertinaje, que no he oido evocar mas que á los esclavos de sus propias miserias!

—¿Acepta usted su condicion de esclava?

—De mi deber, sí.

—¿Cuál es ese deber?

—No amar á nadie.

—¡Error! ¡error! ¡no amar á nadie! ¿Por ventura me aborrece usted, Chona?

—No, todo lo contrario.

—Usted me ama. No la creo á usted capaz de mentir, ni de engañarme.

—¡Es cierto!

—¿Y quién ha sido capaz de impedirlo? ¿qué deber es ese de que usted me habla, que pueda ser superior á esa espontaneidad? ¿Ese formidable deber, ese centinelaavan-

zado, osó siquiera presentarse anoche á turbar el éxtasis á que la entregó á usted la música? ¿Se atrevió ese cancerbero á acercarse al lecho de usted para turbar su sueño? ¿Ese deber no se ha callado cobardemente, mientras usted pensaba en mí, mientras veia usted mi retrato?

—¿Usted sabe?.....

—¿Qué, que ha contemplado usted mi retrato? sí; lo sé, porque yo á la sazon veía el de usted y el retrato de usted me hablaba; sobre que me he vuelto espiritista!

Esta vez no se rió Chona, estaba vencida!

De los ojos de Chona se desprendia una lágrima.

—¡Chona! exclamó Salvador lleno de entusiasmo; ¡Chona! repitió como en actitud de caer á sus piés; esa lágrima es el bautismo del amor: esa lágrima consagra nuestra union eterna; esa lágrima es de amor.

Salvador iba á tomar entre las suyas una mano de Chona; pero esta apenas comprendió el movimiento, se levantó de su asiento como movida por un resorte y se apartó de Salvador.

Habia en el semblante de Chona un gesto tan aristocráticamente amargo, que Salvador sintió rebelarse todo su orgullo, se sintió herido profundamente y á su vez se levantó, pero no con altivez: estaba pálido como en el momento que precede á la muerte: se hubiera podido juzgar por su semblante, que realmente acababa de recibir una herida en el corazon.

Ante aquella palidez Chona no pudo sostener su mirada, y tuvo un momento de horrible angustia.

Se apoyó en el respaldo del sillon.

Salvador estaba inmóbil.

Sonó la campana del reloj, y esa vibracion repentina fué como un toque eléctrico; Chona y Salvador la sintieron en todo su cuerpo.

Chona extendió el brazo para indicar á Salvador la hora que apuntaba al reloj.

A aquella hora subia Cárlos.

Simultáneamente y en silencio, Chona se dirigió á las piezas interiores y Salvador salió de la sala.

Cuando Chona estuvo sola, cerró las puertas y avisó que no la molestaran: pasó dos horas en silencio y á oscuras; solo que aquellas dos horas difirieron completamente de las otras dos que habia dedicado en la mañana á sus ensueños.

La figura de Salvador, tan interesante y tan buen mozo, se le presentaba á la imaginacion con aquella palidez mortal, con aquel aspecto de atonía y de dolor en que lo habia contemplado el último momento; aquella palidez tenia para Chona, no sabemos qué alta significacion que la preocupaba de una manera horrible.

—Lo he lastimado profundamente, decia Chona; he sido muy cruel! inútilmente cruel! ¡qué transicion tan dolorosa! ¡él estaba lleno de pasion, lleno de entusiasmo, sí, porque Salvador me ama, me ama aunque no me lo dijera, y me ama de una manera superior á cuanto podia yo figurarme..... y yo..... yo me he levantado de mi asiento como ofendida por un lacayo; ¿por qué hice eso? ¿por qué se

sublevó en mí tanto orgullo y tanta altivez? El no hubiera sido capaz de nada, iba á acariciarme tal vez sin pensar que me ofendia ¡pobre Salvador! El tan orgulloso, tan mimado, tan querido, pareció que se habia quedado sin sangre, y todavía así, no se atrevió á decirme que lo habia yo herido..... ¡pobre Salvador!.....

Pero bien, ¿qué debo hacer? él tambien sabe que lo amo, me lo dice, lo conoce, lo ha conocido ya y juntos estamos al borde de un precipicio.

Ese precipicio es el crímen..... ¡Adúltera! ¡qué fea palabra! ¡qué horrible idea!..... ¡el crímen!..... ¿yo criminal? ¿yo confundirme con esas gentes á quienes siempre he denigrado? ¿yo ser una de tantas mugercillas ligeras, vanas, corrompidas y locas?... ¡ah! no; jamas, jamas; yo sabré ocultar mis sentimientos, yo recurriré á..... á la medicina; ha de haber algo contra esta especie de envenenamiento..... debe haber oraciones contra este pecado..... debe haber métodos contra estos accesos..... ¿y quién me podrá dar ese remedio? basta mi voluntad..... ¿y si sucumbo, y si mi resistencia determina una catástrofe, porque Salvador es capaz de todo? Veo que su vida está pendiente de mis labios; hoy creí que iba á caerse muerto..... si mañana me encontrara severa, fria, altiva..... Las gentes dicen que tengo altiveces insoportables, me han dicho que parezco reina; esto puede ser cierto, debo estar odiosamente grave cuando me revisto de todo mi orgullo, cuando dirijo una de mis miradas de desprecio..... ¡Ah! pobre Salvador!.... pero si por docilitarme me dejo llevar

y cuando menos lo piense estoy ya en la pendiente resbaladiza que conduce al crímen?... Si llega un momento en que no puedo retroceder?..... ¡Ah! no, eso jamas—yo puedo ser en todos casos dueña de mí misma, y si encuentro un hombre sábio, un hombre que me sepa aconsejar, un sacerdote virtuoso..... con esa ayuda seré doblemente fuerte, de esa manera podré luchar y acaso sin dar lugar á nuevas faltas y sin exasperar á Salvador, saldré triunfante en esta lucha terrible que se ha empeñado ya. Sí, sí, ánimo, ánimo! porque la mas pura, la mas grande de las satisfacciones de mi vida, será la de haber triunfado de una seduccion que se presenta á mis ojos con tantos atractivos, con tantos encantos.

Esa tarde necesitó Chona respirar otro aire que no fuera el de su estrecha habitacion.

Era una tarde de diciembre, el cielo estaba entoldado con una capa cenicienta y uniforme, y la naturaleza yacia en esa calma triste del invierno en la que las hojas de los árboles, como si estuvieran muertas, dejan que el polvo las cubra y permiten indiferentes que los insectos extiendan sobre ellas sus telas, que á su vez recogen y aprisionan grupos de hojas secas que se alejaban, y que, como los fragmentos carnosos de una mómia, le quedan por atavíos al esqueleto; habia algunos árboles horribles ostentando sus desnudos varejones, y en algunos recodos esas informes masas negras compuestas de hojas secas envueltas en telas de araña; cloacas que quedaron como último albergue

á muchos insectos sorprendidos por el frio y por la desolacion.

Chona se envolvió en un abrigo de cachemira, puso las manos en un manguito de pieles y se hizo conducir en uno de sus coches, al paseo de Bucareli, arrellanada en el fondo del coche y proponiéndose no saludar á nadie.

El carruaje en que iba Chona, era un cupé ingles negro con alto pescante y tirado por dos hermosos frisones negros tambien.

Los criados, con ese tino particular del que está acostumbrado á servir, habian adivinado que Chona estaba de mal talante.

—No te pares, le dijo el lacayo al cochero.

—¿Por qué?

—¿No ves que la señora está de flato? Si nos paramos se incomoda; sigue, sigue.

—Hemos trotado una hora y mira al *chico*.

—¡Como está tan ovachon!

—Pues eso has de ver.

Sin haberse parado un momento, Chona llegó á su casa despues de la oracion.

CAPITULO XX.

DON ARISTEO TENTADO DEL DEMONIO.

CUANDO llegó D. Aristeo á la casa de Sanchez, doña Felipa lo esperaba impaciente.

—¿Qué tal? preguntó á D. Aristeo.

—¡Quite usted allá, doña Felipa! ¡qué muger!

—¿Qué tiene?

—En primer lugar es hermosísima.

—¿Oiga?

—No he visto una muger mas linda.

—¿Es posible?

—Sí, doña Felipa; es una divinidad, quiero decir, no

una divinidad, es una exageracion; pero sí es el diablo mas hermoso que he visto.

—No entiendo.

—Figúrese usted una muger con un pelo como de ángel; ¡Ave María Purísima! ya vuelvo á hacer estas comparaciones inconvenientes.

—Vea usted, Don Aristeo; yo comprendo perfectamente un diablo bello. Luzbel era el ángel mas lindo y ahí lo tiene usted ahora con cuernos.

—Me parece muy buena la comparacion, doña Felipa; pues figúrese usted á Luzbel hembra, allá cuando todavía era ángel bueno.

—Si.

—Pues ahí tiene usted á Ketty.

—¿Así se llama?

—Sí; vaya usted á ver, hasta el nombre es raro; yo no conozco á ninguna Ketty.

—¿Y bien vestida?

—No me diga usted, estaba..... lo que se llama..... figúresela usted..... así, de una manera..... en fin..... verde!

—¿Verde?

—Verde, doña Felipa, como una esmeralda, y con unas manos..... ¡qué manos!..... ¿Ha ido usted á la Academia?

—¿De San Cárlos?

—Sí.

—¿Ha visto usted la Vénus de mármol?

—La ví con el rabo del ojo.

—Pero en fin, le veria usted siquiera las manos.

—Sí..... y algo mas, el pecho.

—Pues haga usted cuenta que Ketty tiene las manos y el pecho de la Vénus de la Academia.

—¿Es posible?

—Y si le digo á usted que mejores, no le miento.

—¿Y qué idioma habla?

—Como usted y como yo, castellano.

—¿Conque entiende?

—Perfectamente.

—¿No es necesario gritarle ni hacerle señas?

—No, qué gritarle, si es vivísima.

—¿Y de dónde es?

—Nació en Francia, pero ha vivido viajando.

—¡Qué mal gusto!

—¡Quite usted allá, doña Felipa! que mal gusto! si viera usted como ha gozado esa muger!

—¿Oiga?

—Sí, viajando se goza mucho.

—¿Y los ladrones?

—Por allá no hay ladrones.

—Eso dicen.

—Es un hecho, y ademas se viaja en vapor.

—Bueno, bueno; pero vamos al grano: ¿qué hizo usted?

—Pues yo..... almorzar.

—¿Cómo, es posible?

—Quiero decir, ella me dijo:—¿Toma usted el *lunch?* y

yo le dije:—*tomaré el lunch*, por parecerme que..... en fin, puede ser que estas extrangeras que son tan raras, tomen á desaire ó á mala crianza que uno no acepte el *lunch*.

—Hizo usted bien entonces; ¿y comeria usted cosas raras?

—No, un queso amarillo.

—¿Y qué mas?

—Habia un jamon exquisito; de buena gana le hubiera traido á usted una lonja.

—¡Dios me libre! Pero á todo esto, ¿qué hizo usted de provecho?

—Pues hice... en fin, preparar el terreno, eso es obra larga, doña Felipa.

—¿Y usted cree que conseguiremos?.....

—Sí, lentamente, lentamente yo iré minando y con paciencia.....

—Pues Dios lo haga!

—Esperamos en su misericordia infinita, que hemos de salir con bien de esta empresa, que es como si dijéramos la extirpacion de un espíritu maligno.

—Pero.....permítame usted que sea curiosa, D. Aristeo: ¿realmente es una muger que valga la pena, ó que de alguna manera sea disculpable el hombre que.....

—Vea usted, doña Felipa, ya usted me conoce, ya sabe usted que yo soy un hombre de aplomo.

—¿Y qué.....

—La verdad..... disculpo á mi compadre, dijo bajando la voz; se entiende que en términos hábiles, no por supuesto como materia de conciencia, pero en fin, así tiene al menos la disculpa de la hermosura.

—¿Conque es mejor que Amalia?

—Con tercia y quinta.

Esta conversacion se prolongó por mucho tiempo entre D. Aristeo y doña Feljpa, y subieron de punto la animacion y los comentarios desde el momento en que doña Zeferina, deseosa de saber lo que habia pasado, cambió el turno de sus visitas á fin de averiguar el resultado de la entrevista de D. Aristeo con la cocota.

Doña Zeferina ofreció, por su parte, andar una nueva novena á cierto santo de su devocion que ya en ciertas ocasiones la habia sacado avante en asuntos mas intrincados y difíciles.

Don Aristeo manifestaba estar en todo de acuerdo con las viejas; pero en realidad, lo único que deseaba era seguir poniéndose en comunicacion con la cocota, cuya imágen tenia grabada en la mente de una manera persistente é inusitada.

Cuando Don Aristeo estuvo solo, experimentó cierto placer en entregarse de lleno á sus reflexiones, al grado que aquella noche, sin saber cómo, se durmió bien tarde, sin haberse acordado de rezar sus devociones; omision que notó al despertar y cuya deuda (en obsequio de sus buenas costumbres debemos decirlo) pagó con religiosa escrupulosidad.

—Despues de todo, pensaba D. Aristeo, esas mugeres,

prescindiendo del infierno que se mamarán despues, son felices; siempre amadas, siempre llenas de comodidades y cambiando de propietarios segun las latitudes.

Una muger de estas, no puede menos que no tener corazon, ó tenerlo organizado de una manera que se acomode fácilmente al cambio frecuente de amantes, que aunque no sean buenos mozos ni hombres de atractivos irresistibles, como mi compadre, tengan sin embargo lo bastante para proporcionarles esa suma de comodidades de reina.

¡Ay! en mi tiempo no habia cocotas; pero todo ha adelantado; bendito sea Dios! esta civilizacion europea ha de acabar completamente con nuestras buenas costumbres.

¡Vaya con mi compadre, y qué buenos ratos ha de haber pasado! eso sí, por su dinero; pero bien visto, esta es una cosa de la civilizacion, está muy bien pensada, digo, no tratándose de católicos, porque yo creo que en lo general los amantes de esas señoras no han de ser católicos. Mi compadre es cierto que lo era, pero está completamente cambiado; es cosa que ya no se le puede hablar de santos ni de nada de eso, sin que se ponga á decir cada disparate del tamaño del mundo.

Si yo tuviera la conciencia un poco ancha, si por un poco de tiempo pudiera sofocar los avisos de mi razon y de mi moralidad, estoy por decir que pretenderia que mi compadre se desprendiera de la cocota, y á mi vez ensayaria yo un par de meses..... no, es mucho, siquiera una quincena; haria de cuenta que soy rico y viviría un

poco en esa atmósfera de placer..... ¡Qué barbaridades estoy pensando, señor! ¿qué es lo que me ha sucedido? ¡Dios mio! ¡lo que puede una mala compañía! me ha bastado ver á esa muger de mis pecados, para preocuparme hasta el grado de..... vamos, vamos, es necesario tener un poco de juicio, porque ni mi edad, ni mis circunstancias, son á propósito para meterme en esos devaneos.

Si yo tuviera siquiera dinero, ya seria otra cosa, porque bien claro me dijo esa muger que *si yo tenia minas* bien podia viajar con ella. ¡Oh! y lo qué es esto, sí lo sostengo, porque no faltaba mas, sino que despues de todo tuviera yo que sufrir un desprecio de esa muger cuando se enterase de que soy pobre; porque supuesto que para estas diablos lo único que vale es el dinero y no saben apreciar ninguna otra virtud, es necesario que siga creyendo que tengo minas.

Y por otra parte, bien podria sostener el papel de rico, al menos por cierto tiempo; todavía me queda algo en Oaxaca, y vendiendo mi casa, me alcanzaria para algo; eso sí, solo para hacer el papel de minero por algun tiempo y para que esa muger no me coja en mentira.

Y ahora que me acuerdo, mi compadre está apurado, su situacion financiera es de las mas desesperadas; sus despilfarros lo están conduciendo á grandes pasos á la mas completa ruina, y ni él ni yo habiamos pensado en que tal vez mi casa de Oaxaca que para nada me sirve, podia ser un buen medio, tanto para que él salga por lo pronto de su situacion comprometida, cuanto para que yo

entre en posesion de algo de lo que me pertenece. Decididamente le hablaré á mi compadre y la ocasion me parece oportuna.

Acto continuo D. Aristeo entró al cuarto de Sanchez.

—Buenos dias, compadre.

—Don Aristeo, felices; ¿qué milagro?

—Hombre, he tenido una idea.

—Veamos, compadre.

—¿Se acuerda usted de mi casa de Oaxaca?

—¡Vaya si me acuerdo! sobre que me escribieron hace un mes para ver si se promovia de nuevo el asunto.

—Pues en eso he pensado anoche, compadre, y si usted quiere podriamos proponer la transaccion y que se venda la casa.

—Eso debia usted haberlo hecho hace dos años.

—Pero qué quiere usted, compadre, todos tenemos nuestros caprichos.

—Vamos á ver, le compro á usted el negocio.

—¿Al contado?

—Pero compadre, usted sabe bien cómo estoy.

—Pero es que para seguir perdiendo, me parece una racional compensacion recibir en efectivo.

—Eso es muy difícil, pero por fin veremos; con tal que pudiéramos combinar las cosas de manera que yo á mi vez saliera tambien de algunos compromisos, cuente usted con que le conseguiria á usted dinero á toda costa.

—Pero si usted puede, solo queriendo, disponer de trescientos pesos mensuales.

—¡Ah!..... sí..... dijo Sanchez.

—Pues bien, me conformo con esos trescientos pesos mensuales y el resto al término del asunto.

—Quiere decir, á la venta de la casa.

—Bien, sea entónces. Ya usted ve que lo único que usted sacrifica á su tranquilidad, es esa señora..... su cocota de usted, compadre, que es la causa de su ruina y que seguirá siéndolo, si Dios no lo remedia y si usted no dá un paso enérgico para quitarse de una vez de complicaciones.....

—Como siempre, las reflexiones de usted, compadre, son muy justas; y en consultando este negocio á ciertas personas, creo que podremos arreglar algo; en fin, tenga usted esperanzas.

—Piénselo usted bien.

—Así lo haré.

CAPITULO XXI.

EN EL CUAL EL LECTOR VUELVE Á SEGUIR LOS PASOS DE RICARDO, DE AMALIA Y DE LA CHATA.

PERDONENOS el lector, si por algun tiempo nos hemos olvidado de Amalia, de Ricardo y de la Chata; mas por via de reparacion hemos de consagrarles todo el presente capítulo.

Ricardo habia logrado hacer la mas fácil de todas sus conquistas, pues á la verdad no habia puesto de su parte otra cosa que haberse dejado llevar de los acontecimientos.

Lo primero que Ricardo notó en Amalia, fué esto:

Era muy franca, tenia no sabemos qué especie de ingenuidad que contrastaba de una manera original con la circunspeccion que era de esperarse en muger de cierta edad.

Tras de estas ingenuidades sorprendentes esconde la muger una tela tan complicada de peripecias, que el hombre, astuto y todo como Dios lo ha hecho, traga el cebo como cualquier salmon.

A Ricardo le cayó muy en gracia la sencillez de Amalia, y creyéndose hombre de mundo, pensó haber dado con una perlita oculta en materia de corazon.

—Amalia es muy sencilla, exclamaba; ya se vé, se ha educado en el colegio de las Vizcainas y casi de allí salió para unirse con Sanchez.

Ricardo no sabia todo lo que podia caber en aquel *casi* ni en aquella sencillez.

Otras veces decia Ricardo:—Amalia es un brillante montado en estaño: el estaño es Sanchez. Y muy contento con este simil, que le parecia en extremo adecuado, se daba el parabien de haberle tocado en suerte ser el platero, que aprovechando aquella piedra preciosa, que se llamaba Amalia, le confeccionara una montadura digna de ella; en cuyo caso Ricardo modestamente resultaba de oro.

A Amalia le bastó la danza aquella para comprender que habia encontrado su media naranja.

Sabemos ya el resultado de la primera visita de Ricardo, y no habiamos vuelto á ocuparnos de él, sino en el

LAS JAMONAS.

Villasana y Cª

El diablo verde.

momento en que Sanchez lo sorprende al lado de Amalia la noche del té de Cárlos.

Veamos, por lo tanto, lo que pasó en la segunda visita de Ricardo.

Era de noche.

Amalia estaba en su terreno: la lámpara de mesa tenia encima, á guisa de velador, un verdadero kiosko de flores artificiales: la luz, por lo tanto, era dulce, á propósito para endulzarlo todo, especialmente una flor crepuscular como Amalia.

Amalia estaba vestida color de rosa; parecia una *rosa-reina:* su vestido tenia muchos olancitos como para figurar ese agrupamiento de pétalos encarrujados y oprimidos que acusan exhuberancia y feracidad, y al mismo tiempo sirven para dejar escapar el aroma del cáliz.

A falta de este, la muger recurre á Escabasse, ó á Cantaño, que en materia de perfumes acaba de recibir primores. Amalia tenia aromas del Japon, esencias, pastillas, cremas, jabones y cuantas drogas de esta especie se han inventado contra las exhudaciones y demas miserias humanas.

Amalia estaba ademas parada sobre las puntitas de los pies; lo cual, estéticamente, suprimia, en la idea al menos, no sabemos cuantas libras de peso á su humanidad.

Estaba parada sobre unos tacones terminados en punta, y que hacian el efecto de arquear el pié de Amalia al grado de dejar pasar la luz y el aire por el mas provocativo de los puentes.

Amalia vivia sobre dos paréntesis.

Así estaba esperando la segunda visita de Ricardo.

Ricardo, por su parte, estaba entrando por las horcas caudinas de la presuncion.

El rey de la creacion, es decir, el hombre, es muy curioso bajo este punto de vista.

Tan luego como Ricardo se sintió enamorado, pensó mas en sí mismo; nada mas natural en el personalísimo asunto de amar y ser amado.

Ricardo frente á su espejo se pasó revista, como para medir de un golpe toda la suma de poder magnético conque pudiera contar.

Encontró suficientemente ensortijado su cabello, sedoso y peinado el bigote y bien crespas su par de patillas que en lugar de juntarse en la barba se separaban allí con el objeto de dejar visible el cuello y la corbata, que es la suprema coquetería del hombre, y despues de abrirse, traian no sabemos qué reminiscencia imperialmente aristocrática.

Ricardo estaba contento de sí mismo; Salin habia sabido pintarle un chaleco y un gaban de mucho gusto, y Minard le habia hecho unos botines que realizaban el tipo del pié mexicano; pié por el que Amalia se salia de sus casillas.

Ricardo se puso unos guantes bismark que comprimian los músculos de la mano, al grado de hacerla inverosímil: las manos de Ricardo perdian con aquellos guantes la tercera parte de su volúmen y las dos terceras de su utilidad, pero resultaban unas manos muy bonitas.

Ricardo se perfumó la boca, la ropa y el pañuelo; se puso un sobretodo color de haba, debajo del cual colocó en el cuello un pañuelo de cachemira blanco, y se dirijió á la casa de Amalia.

Amalia le sintió los pasos.

—¡Ahí esta ya! dijo para sí y se adelantó para recibirlo en la puerta.

—¡Amalia!

—¡Ricardo!

No se dieron la mano, sino las manos.

Se miraron, se sonrieron y entraron.

Ricardo se desabrigó y se sentó junto á Amalia.

—¿Ha pensado usted en mí? Amalia.

—Mucho ¿y usted?

—No tengo otra imágen en la memoria: ¿puede uno ver á usted una sola vez y olvidarla en seguida?

—Es usted muy galante.

—Ya hemos quedado, Amalia, en que somos francos, yo no sé mentir ¿me cree usted?

—Sí lo creo.

—Me ha interesado tanto la historia de usted y su situacion actual, que estoy verdaderamente preocupado.

—Por mi parte..... ¿le digo á usted lo que pienso?

—Todo, Amalia, sin callarme nada.

—Pues bien..... pienso en que hace mucho tiempo que somos amigos; le sucede á uno con personas tan simpáticas como usted, que apenas las acaba de conocer, las

cree amigos viejos; por eso me inspira usted tanta confianza.

—Gracias, Amalia, es usted un primor.

—Y me parece, continuó Amalia, que ya no estoy sola en el mundo, que ya tengo un ser que se interese por mí; que ya tengo á donde volver los ojos, que tengo un hermano.

—¿Me ama usted como hermano, Amalia?

—Sí, Ricardo; como un hermano, como un hermano muy querido.

—¿Nada mas como á hermano?

—¿Qué mas quiere usted?

—Es cierto, ¿á qué mas podria yo aspirar? pero.....

—¿Pero?

—Soy muy ambicioso y deseo que me quiera usted mas que á todo el mundo.

—No amando á nadie, bien puede ser un hermano el ser á quien mas se ame en el mundo.

—Es cierto, pero.....tiene usted un hermano muy celoso.

—¿Celoso?

—Sí, muy celoso; celoso como Otelo, porque me atormenta pensar.....

—Esté usted tranquilo, Ricardo, bastante debe usted comprender, porque tiene usted mucho talento, que entre Sanchez y yo.....

—Hay un abismo, agregó Ricardo, pero un abismo oscuro, y sobre todo que me hace sufrir.

—¡Que quiere usted! esa es nuestra suerte y crea usted que si no tuviéramos la compensacion.....

—¿De nuestro cariño?

—Sí.

—Me moriria de pena.

—Entonces acabemos de una vez, rompamos ese falso lazo, emancípese usted.

—¡Ricardo!..... ¿y mis deberes?

—¿Y qué? siendo la base de estos deberes solo la voluntad, cuando esta cesa.....

—No obstante, Sanchez dice que somos tan casados como todos, porque no hay mas matrimonio que el de la voluntad.

—Creo que se equivoca el señor Sanchez, al menos si en sociedad la ley es todavía ley.

—Dice que nada importa la bendicion de un cura ni la farsa del registro civil.

—No pienso como el señor Sanchez; la prueba es, que si nada importa todo eso ¿á quien ocurriria para arrancarla á usted de mis brazos? El señor Sanchez cree que tiene todos sus derechos garantizados, pues lo desafio á que la separe á usted de mi lado, y supuesto que la muger es del mas fuerte, ni mas ni menos que la leona ó la loba, vámonos, Amalia, vámonos, y en teniendo un revólver debajo de la almohada, habremos encontrado nuestro registro civil de cinco balas, nuestra bendicion nupcial á la Remington, y entre sus derechos y los mios, no habrá ninguna diferencia.

—¿Y la sociedad?

—La sociedad sancionará por segunda vez, el hecho es el mismo, la sociedad la misma, la forma idéntica; tiene razon el señor Sanchez, para nada sirve la bendicion de un cura y el registro civil es una farsa; vámonos, Amalia.

—Está usted terrible.

—No: lógico.

—Loco.

—Enamorado.

—¿De veras?

—Como un bárbaro.

—¡Cuidado!

—¿Con quién? solo una cosa pudiera yo temer.

—¿Qué?

—Que usted no me ame.

—¿Duda usted?

—A veces sí: en este momemto dudo.

—¡Ingrato!

—Al contrario, si no fuera yo tan agradecido, la amaria á usted menos.

—Entonces no debe usted dudar.

—Dudo porque la amo á usted mas cada dia, y como mi amor crece, vé pequeño el de usted.

—Eso es porque me faltan las alas.

—Esas solo pueden nacer del corazon.

—¡No! no! no! exclamó de repente Amalia haciendo un guiño pueril y dando palmaditas á Ricardo en la rodilla.

Ricardo se apoderó de la mano y Amalia exclamó:

—Juicio, señor mio, juicio; no se le permiten á usted esas libertades.

Amalia sabia abusar de estas transiciones: del fondo de la mas grave de las cuestiones, descendia á la puerilidad y á la broma.

—¿Le gusta á usted mi vestido? preguntó de repente á Ricardo con el candor de una niña.

—Sí, contestó maquinalmente Ricardo.

—Ni lo ha visto usted bien, ni cuidado ha puesto; ya se vé, todo lo que tengo es tan feo!

—¡Es hermosísimo! dijo Ricardo volviendo de su distraccion, parece usted una rosa de Castilla.

—Tengo seis vestidos color de rosa.

—Usted tiene cien primaveras cada dia.

—¿Qué color le gusta á usted mas? ¿el color de rosa ó el azul?

—El color de rosa.

—A mí tambien.

Ricardo estaba visiblemente contrariado; pero si no entraba de lleno al terreno de las frivolidades, Amalia tomaba por lo serio sus abstracciones y reñia. Era necesario darla gusto.

—Es muy lindo su vestido de usted, muy lindos sus pies, muy lindos sus ojos é incomparable todo lo que le pertenece, y por último, yo no puedo permanecer al lado de usted impasible, ni me puedo conformar con el papel de hermano. Mientras mas hermosa me parece usted,

me siento con menos fuerzas para luchar con una contrariedad que me está torturando horriblemente el alma; porque la amo á usted con todo mi corazon.

—¿Sabe usted que es muy sério lo que me está usted diciendo?

—Ya lo creo que es sério, y tanto, que estoy resuelto á todo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, á todo.

—¿Es posible?

—Haga usted la prueba.

—Vamos, señor loquito, señor enamorado, señor fogoso; tenga usted entendido que yo lo quiero mucho, que somos el par de amigos mas tiernos que hay bajo las estrellas.

—Entonces.....

—¡Calma, hermanito mio, porque no he concluido! somos lo que se llama dos pichoncitos, pero al mismo tiempo soy una muger honesta que sabe cumplir con sus deberes; sí, señorito, y soy por lo tanto incapaz de hacer locuras.

—¡Amalia! ¿habla usted formalmente?

—Sí, señor.

—Quiere decir que me he equivocado, que soy un mentecato, que he podido tomar por amor lo que no era mas que.....

—Siga usted, siga usted..... y no se arrepienta; porque es seguro que va usted á ofenderme, que es lo que

merezco por ser ingenua, por decir lo que siento, por no ser hipócrita. ¿Iba usted á decir que no lo quiero, no es verdad? ¿Por qué no inventa usted de una vez que lo aborrezco? Eso es quedarse por corto y cuando se trata de abusar de la debilidad de una muger, ustedes los hombres se pintan solos para dejar á uno lo mas mal parada que pueda imaginarse.

—¡Amalia! ¿qué está usted diciendo?

—Verdades, solo verdades; ya no puede uno decirle á nadie que le tiene cariño, sin que sean interpretadas sus palabras, sin que la tengan á uno por una coqueta.

—¡Amalia! ¡Amalia! tenga usted la bondad de no continuar.

—Eso es! ¿tampoco tengo el derecho de defenderme?

—¿De defenderse de qué?

—¿Cómo de qué? de sus ataques de usted, de sus injusticias, ¿de qué ha de ser?

—Amalia ¿me permite usted que me explique?

—Sí señor, le permito á usted todo lo que quiera, ya no hablo; le ofrezco á usted no despegar mis labios en toda la noche.

Reinó por un momento el silencio, Amalia tomó la actitud de una persona que se resigna penosamente á escuchar, y Ricardo en cuya imaginacion rodaba todavía el torbellino de las ideas de Amalia, procuraba reponerse para abordar la cuestion con mesura y aplomo; circunstancia que nos obliga á continuar esta materia en otro capítulo.

CAPITULO XXII.

EN EL QME SE VE QUE LA JAMONA SABE MAS DE LO QUE LE HAN ENSEÑADO.

AMALIA! exclamó solemnemente Ricardo: es indispensable que acabemos de tomar el carácter que nos sea propio, al menos para que cada cual sepa lo que le toca hacer en este caso. Cuando bailé con usted la primera danza, me volví loco.

Amalia dirigió la vista al techo.

—Le dije á usted, continuó Ricardo, que la amaba, porque..... no pude menos, porque es cierto, usted me oyó..... mas todavía.

—¿Mas? preguntó Amalia á pesar de haberse propuesto no hablar.

—Mas, Amalia: me apretó usted.....

—¿Yo?

—La mano.

—Y usted interpretó mi apreton, ¿de que manera, no me hace usted favor de decirme?

—Me pareció que con eso me manifestaba usted.....

—¿Qué?

—Que no le era yo indiferente.

—¡Ah! yo creí que iba usted á decir otra cosa.

—No, Amalia, nada mas eso. Despues me mandó usted llamar con la Chata.

—Es cierto.

—Para decirme.....

—Sí, para darle á usted una satisfaccion; para no pasar para usted por una muger desatenta; eso á mi modo de ver, no tenia nada de particular.

—Despues, continuó Ricardo, le volví á decir á usted que la amo.

—Y me lo ha seguido usted diciendo muchas veces.

—Porque es cierto. Usted me ha hecho muchas confidencias, entre otras que no ama usted á Sanchez y que no es su marido de usted.

—Todo lo cual, interrumpió Amalia, lo ha traducido usted de este modo: "Amalia está enamorada de mí." ¿No es verdad?

Ricardo guardó silencio, y solo preguntó con la mirada.

Amalia volvió á fijar la vista en el techo.

Exasperado Ricardo exclamó:

—Pues bien, sí es cierto; lo he creido, lo creo y le creeré siempre. ¡Usted me ama!

—¿Como amante?

—Como amante.

Amalia volvió á fijar la vista en el techo, y luego dijo:

—Vea usted, Ricardo, que figura tan rara hace la sombra del candil en el techo; parece un monstruo.

Ricardo, en vez de ver el techo, se quedó contemplando á Amalia por largo tiempo.

Hubo un silencio larguísimo, durante el cual Amalia no cambiaba de actitud, ni Ricardo tampoco.

El silencio se hacia cada vez mas embarazoso, hasta que por fin Ricardo se levantó de su asiento.

Amalia permaneció inmóbil.

Ricardo tomó su sobretodo y se lo puso con mucha lentitud, en seguida tomó su sombrero y se paró frente á Amalia.

Esta permanecia con la vista fija en la sombra del candil.

—Temo sacarla á usted de sus profundas meditaciones acerca de la forma de la sombra, y me retiro.

—Adios, Ricardo; pero vea usted, vea usted; ¡si parece un animal negro con muchos pies!

—Efectivamente, dijo Ricardo alargando la mano á Amalia, me despido de usted para no volverla á importu-

nar con mis gratuitas suposiciones, y le pido á usted mil perdones por haberme equivocado.

—No hay de que.

—Adios.

—Adios.

—¿Le es á usted indiferente que me vaya?

—No.

—¿Entonces?.....

—¡No se vaya usted!

—¿Quiere usted burlarse mas de mí?

—No.

—¿Me quedo para que hablémos formalmente?

—Como usted guste.

—¿Me ama usted?

—Sí.

—¿De veras?

—Ya se lo he dicho á usted muchas veces.

—¿Pero me ama usted?.....

—Como hermano, nada mas como hermano.

—Entonces debo retirar mi amor de quien no lo acepta tal como es; debo no volver á verla á usted jamas; puesto que su cariño está muy lejos de ser como el mio.

—¿Cómo es el de usted?

—¡Loco! ¡ardiente! ¡apasionado! ¡profundo!

—¿Y el mio no? preguntó Amalia con profundo sarcasmo.

—Usted lo ha dicho; me ama usted como á un hermano.

—Es cierto.

—Pues no quiero ese cariño; ó me ama usted como yo la amo, ó desaparezco para siempre. ¿Necesita usted que haga méritos? ¿que haga sacrificios? Ordene usted, mande, y no habrá nada en el mundo que no sea capaz de hacer por usted, porque la esperanza de que llegue usted á amarme tanto como yo la amo á usted, es mi vida, es mi valor, es mi poder; pero si por el contrario, mi amor creciendo cada dia se ha de estrellar contra la frialdad de usted, y no he de poder aspirar á mas recompensa que á ese cariño tibio y fraternal.....

—Entonces, interrumpió Amalia, no vuelve usted á verme; entonces se va usted y..... ¿no es esto? Quiere decir que, ó lo amo á usted por fuerza ó hacemos de cuenta que no nos hemos conocido. ¿Sabe usted, señor enamorado, que esas son dotes muy poco apreciables para quien se precia de seductor y de irresistible?

—¿Es decir que me quiere usted manso, humilde, sufrido?

—No, yo lo quiero á usted como es, y todavía no me he puesto á pensar lo que un hombre necesita hacer para que yo me enamore de él; yo no he estudiado literatura dramática, y no podria decir cuales son los resortes que un amante debe tocar para lograr conmover el corazon de una muger que, como yo..... ya lo ve usted, no es una niña; ¿ó pretende usted que le haga mi programa ni mas ni menos que si se tratara de una comedia?

—¡Amalia, me hace usted sufrir horriblemente!

—¡Lo siento!

—No la comprendo á usted.

—Tambien lo siento. Y vea usted, al principio creia yo que me habia usted comprendido perfectamente.

—Así lo creia; pero ahora.....

—Ahora le da á usted porque tengo obligacion de apasionarme de usted, so pena de perder hasta el amigo, hasta el hermano. ¿Está usted convencido de que yo no tengo la culpa de que usted sufra, de que usted se violente, de que usted quiera cojer las estrellas con la mano y no pueda?

—¿Tan difícil así es hacerme amar de usted?

—No; yo creo que es mas fácil.

—Voy á ser humilde.

—¡Mejor!

—Ya no me voy.

—¡Mejor!

Ricardo se quitó el sobretodo y se sentó al lado de Amalia.

—¡Qué vestido tan hermoso tiene usted, Amalia!

—¿Le gusta á usted?

—¡Mucho! ¿Quién se lo hizo?

—Coralia. Mírelo usted bien.

Y Amalia se paró y anduvo algunos pasos por la sala.

—Quítele usted el velador á la lámpara, para que lo vea usted mejor.

Ricardo obedeció, y dijo:

—¡Sí; sobre que es hemosísimo! ¡yo no he visto todavia un vestido mas bien hecho! ¡Ya se ve, es el cuerpo!

¡es usted tan bien formada! las líneas de su talle son las líneas clásicas del bello ideal; ¡es usted un modelo de escultura!

—¿Verdad?

—¡Ay! y acaba de asomarse un piél ¡qué piél ¡Positivamente, no sé cómo pueden aguantar á usted esos pies de niña!

—¿Ya me vió usted los pies?

—Mas bien los adiviné, como adivina uno la dicha, la fortuna.

—¡Ay qué horror! dijo Amalia, pues lo siento; porque si viera usted qué botines me ha hecho Garau!..... es cosa que me nadan los pies.

—¡Vea usted que lástima! y si así se ven tan pequeños ¿qué será?.....

—Soy extraordinariamente cócora para calzarme; tengo calzado en una abundancia que espanta; Sanchez acaba de pagar ciento diez pesos á Garau.

Ricardo se mordió los lábios, pero exclamó:

—¡Con razon! yo pagaria doscientos.

—Tiene usted mi mismo gusto.

—Decididamente, Amalia, desde que la conocí á usted, me he persuadido de que no hay en el mundo muger mas de mi gusto que usted. Atesora usted todos los atractivos que pudiera imaginarme para formar mi bello ideal: es usted perfecta, encantadora.

Creyó por un monento Ricardo que empezaba á ganar

el terreno perdido, y que al fin habia logrado llevar la conversacion al terreno en que él la necesitaba.

—Hay en la Primavera unos abrigos primorosos, ¿no los ha visto usted?

—¿Unos abrigos?

—Sí, son muy elegantes; yo he pedido dos.

—Serán..... dijo Ricardo vacilando un poco en contestar; serán..... como todo lo de usted; de un gusto particular: apuesto á que ha elegido usted los mejores.

—Mañana los verá usted; los traen á las once; ¿viene usted á las once para verlos?

—Con mucho gusto, Amalia, aquí estaré.

—¡Ah! cuanto se lo agradezco á usted!

Amalia dijo esto con una intencion difícil de comprenderse.

Amalia temia el final de aquella entrevista, y aún estaba cierta de que acabaria por que Ricardo se impacientara; y por lo que pudiera suceder queria ponerle anticipadamente la ocasion de anudar al dia siguiente con un pretexto frívolo cualquiera hilo que se rompiera.

Ricardo fluctuaba en un mar de dudas, y encontraba inexplicable la conducta de Amalia. Aquella volubilidad en la que tan inusitadamente pasaba Amalia del fondo de la cuestion mas árdua á la mas fútil de las niñerías; aquella mezcla de candor y de malicia, de resistencia y de coquetería, de severidad y de amor, era para Ricardo un problema intrincado que no podia resolver.

Si abordaba resueltamente la cuestion del tocador, de

los encajes y de los vestidos, Amalia sostenia la conversacion con una impasibilidad y con un aplomo tales, que parecia olvidarse completamente de que estaba hablando con un amante.

Si Ricardo entraba al fondo de las cuestiones de su amor, si expresaba su pasion, si se manifestaba resuelto á todo, se estrellaba con una resistencia sistemática, era objeto de una repulsion fria y desconsoladora; y no obstante, una sola mirada de Amalia, dirigida con una habilidad poco comun, bastaba para que Ricardo exclamara interiormente:

—¡Sí, me ama, me ama esta muger; esa mirada está rebosando de pasion; esa mirada la vende á pesar suyo; si no me amara no me veria así!

Ricardo tenia en que apoyarse; efectivamente, las miradas de Amalia eran dardos de fuego; Amalia sabia mirar de una manera peculiar suya: una mirada de Amalia era un torrente de luz, de pasion, de sentimiento, que enloquecia á Ricardo.

Esta era una clave misteriosa que poseia Amalia, y que poseen muchas mugeres, especialmente las que, como los generales viejos, conocen á fondo todas las debilidades del enemigo.

Los ojos son una arma terrible, y en el arsenal del amor esas viejas armas tienen un puesto de honor indisputable.

Dos párpados, que como un cartabon movible, sombrean y cortan la pupila húmeda y brillante como buscando un foco, encierran tal tesoro de combinaciones, tal

mundo de causas, que parece increible; de una sola faz de esas combinaciones han resultado los Abelardo, los Romeo, los Fausto, los Rafael: las líneas de dos párpados han sido el primer renglon de todos los poemas de amor.

Solo que, á pesar de todo, existen sustanciales diferencias en ese principio.

Dios puso en los ojos algo superior á la palabra y á la accion, algo que es solo del alma, porque existe una esencia tan inmaterial en nosotros, que era preciso que rebosara, que se manifestara de algun modo; y tomó la forma de luz, la forma de mirada.

La niña ingénua envia el primer efluvio de su alma en las irradiaciones de esas dos estrellitas que tienen por cielo dos pupilas negras: esas irradiaciones buscan siempre la luz de otras pupilas, porque tales son los conductores magnéticos de la atraccion sexual.

La jóven mira porque siente, y no conoce el poder de su mirada.

¡Dichosa la muger que no lo conoce nunca! La muger sigue amando y sigue mirando muy quitada de la pena, como el ave que trina sin pensar que la está oyendo un *diletante*.

Pero desde el momento en que la malicia femenil empieza por sentar la reglita de que *los ojos son las ventanas del alma* y de que las miradas son dardos, y otra porcion de cosas que les aprenden á los poetas, la muger empieza á elegir papeles en el repertorio de la comedia humana; empieza á *proveerse de miradas*, como el cazador

se provee de postas y de fulminantes en la armería; y la muger entonces entra de lleno al terreno de la jamona, que sabe ya tomar el efecto por causa eficiente y empieza el credo desde "*.....Poncio Pilatos fué crucificado,*" etc.

Entonces la jamona es el ruiseñor que trinando en la floresta estuviera pensando en la juiciosa crítica de Alfredo Bablot, ó en los profundos conocimientos musicales de Melesio Morales; entonces la muger es el zenzontle que antes de dar al viento su cantares se acordara de la llave de *do* en primera y se callára antes de atacar el *si* bemol por temor de *hacer un gallo*.

Ni mas ni menos es la jamona. Ya rica con su tesoro de esperiencia, con su almacen universal de cuentos color de amor, con su repertorio de madrigales, máximas, axiomas y recetas, se confecciona interiormente un laboratorio químico, en el que, merced á todos esos reactivos, forja dardos-miradas por el procedimiento de la galvanoplástica, y acuña sonrisas en cantidad suficiente para repartir las excedentes á las bailarinas y á los diplomáticos.

Amalia sabia hacer todo eso y muchas cosas mas; Amalia en materia de amor habia pasado de la calidad de discípula á la de sinodal.

Para Amalia el amor era un asunto: tenia, como los fabricantes, la materia prima, quiere decir, los hilos: la cuestion para Amalia estaba en saber confeccionar la tela.

¡Dichosos vosotros, varones imberbes, si encontrais corazones que os entreguen el *huso*, la madeja íntegra antes de saberla tejer, porque cuando la muger sabe tanto

como Amalia, estais expuestos á enredaros en la tela, ni mas ni menos como la mas incauta de las moscas!

Como lo habia previsto Amalia, Ricardo acabó por retirarse de pleito.

CAPITULO XXIII.

DE COMO EL ESPIRITISMO PUEDE SER UN MAGNIFICO RECURSO AMOROSO.

EL mismo dia en que Sanchez cumplia su palabra á los dependientes del almacen de Cárlos, Amalia estaba fuera de su casa en conciliábulos con la Chata, y Chona acababa de ver sobre la mesa una carta que le habian llevado.

No sabia quien la habia puesto allí, pero no se ocupó de averiguarlo ni tuvo dificultad alguna en figurarse que era de Salvador.

Efectivamente, en el sobre estaba el timbre rojo que ella conocía perfectamente.

Chona leyó lo que sigue:

"Chona:

"Algo como una sombra de muerte nos separó anoche. Yo nunca habia descendido desde tan alto; y si no tuviera la esperanza de que usted haya comprendido el mal que me hizo, créalo usted, Chona, hoy me entregaria á la desesperacion.

"Hay en el fondo de la repulsa de usted, una cosa que se parece un poco á la justicia, pero no á la verdad. Cuando he podido reflexionar acerca del desden de usted, que es el único en el mundo que me ha hecho impresion, me he decidido á aceptarlo con todas sus consecuencias.

"Usted ha pensado, lo mismo que yo, en que tanto rigor fué inútil; no obstante que la honra y el deber han tenido, merced á esto, un momento de sentirse verdaderamente complacidos: razon por lo que creo que empezamos á liquidar cuentas con esas entidades morales que á mi vez respeto profundamente.

"Voy á hacer mas: sepulto solemnemente al pie del ara de esas entidades morales, hasta mi última esperanza de acariciar á usted alguna vez; renuncio formalmente á mi persona y me presento á usted de nuevo en mi calidad de incorpóreo; ¿está usted contenta?

"Lo infinito no necesita pretextos para existir y estoy

seguro de que la he de amar á usted muerto, lo mismo que vivo; prescindo totalmente de la forma y el alma de usted es mi alma, ya se esconda en el cuerpo de usted ó se desprenda de él."

—¡Salvador está loco! exclamó, Chona y suspendiendo la lectura se quedó profundamente pensativa.

"No me preocupa ninguna traba humana, siguió leyendo Chona, nuestro amor no es mas que un principio aparente: nos hemos amado antes, y la revelacion manifiesta de habernos encontrado en el mundo, no es mas que un eslabon de nuestra vida perenne.

"Aquí en la tierra está usted custodiada por dos espíritus que la preocupan y á quienes cree usted que les pertenece moralmente: uno es Cárlos, y otro es el sacerdote con quien ha pensado usted consultar mi amor."

—Salvador adivina, pensó Chona.

"Me complazco en proporcionarle á usted la satisfaccion de que les dé gusto: ame usted á su marido y obedezca á su confesor; lejos de oponerme á esto, sanciono sus resoluciones; cumpla usted su mision con esos señores.

"Esta carta debe preceder á mi visita porque es mi fianza. La adoro á usted, Chona; dentro de poco lo va á oir usted de mis labios."

Así terminaba la carta.

Chona al acabarla de leer, sintió que su imaginacion se perdia en un mundo desconocido, mundo del que le hablaba Salvador con una seguridad que la espantaba; y to-

mando las ideas de Chona cierta forma de supersticion, sentia á la vez la curiosidad mas viva por descifrar aquellos misterios.

—¿Será capaz Salvador, pensaba Chona, de haberse dejado impresionar por el espiritismo y estará perdiendo la cabeza, ó lo que me dice es el resultado de una mistificacion real y positiva? Para creerlo loco, debo tener en cuenta su sensatez, su juicio, su esperiencia, y por otra parte, lo que me dice tiene no sé que carácter de una verdad que si me espanta, no por eso dejo de sentirla dentro de mí misma.

Conozco á mi pesar que hay en Salvador algo superior que me domina; me siento á merced de su influencia y vacilo, temo..... tiemblo..... y me horroriza pensar que mi recurso, mi gran esperanza, mi fuerte egida..... el sacerdote..... pudiera ser débil. Salvador lo contempla pequeño, no le impone, como si contara con algo superior á todas las trabas de este mundo.

Volvió Chona á leer la carta y en seguida exclamó:

—¡Bueno! esta carta revela mas cabeza que corazon; yo le temo á su amor, pero no á su filosofía; que siga siendo filósofo y yo seguiré siendo fuerte; finjiré que lo creo, obraré con astucia y tendré siempre espedita la retirada: él me hace concesiones, yo tambien voy á hacérselas y si siendo así que la resistencia exacerba el cariño, en no habiéndola, acabamos por ser indiferentes; eso sí, acepto de lleno la garantía que me ofrece su fianza: en estos límites todo será espiritual y nada tendré que reprocharme.

Estoy deseando ardientemente la llegada de Salvador: hoy nuestra sesion va á estar muy divertida y sobre todo voy á reirme mucho con su mentido espiritismo; ¡tiene unas cosas Salvador!

Poco tiempo tuvo que esperar Chona, pues antes de la hora de costumbre, se presentó Salvador.

—Chona ..... dijo al entrar, dándole á esta palabra el acento de saludo y de pregunta á la vez.

—¡Salvador! dijo Chona tendiéndole la mano.

—¿La mano sí? preguntó Salvador sin tomarla.

—¿Qué?

—¿Me propone usted una transaccion?

—Quiere decir que usted se habia propuesto.....

—Ser espíritu.

—Pues hagamos de cuenta que los espíritus se dan la mano.

—Bueno, la acepto con todo mi corazon, exclamó Salvador, estrechando la mano de Chona, mas como hombre que como espíritu.

Se sentaron en su rincon.

El amor tiene un modo localizado de ser.

Las golondrinas tienen una cornisa favorita: en todo el tiempo de sus amores y de la incubacion, se paran en el mismo sitio.

Los enamorados tienen siempre su cornisa, solo que el

hombre sabe forrarla de terciopelo y de brocatel y ponerle resortes y otras cosas muelles.

Salvador y Chona ocupaban invariablemente, Salvador el sofá y Chona el sillon del lado derecho.

Allí estaban bien: los resortes del sofá sentian á Salvador y estaban mas dóciles que sus compañeros de la izquierda.

El taburete de la derecha conocia los piés de Chona: habia dos taburetes iguales, pero Chona no dejaba que le cambiasen el suyo, que conocia, no sabemos por qué.

La luz de los balcones heria el rostro de Salvador, mientras que Chona quedaba contra la luz, dando la cara á un magnífico grabado que representaba á Daniel respetado por los leones.

—Vamos á ver, dijo Salvador, ¿qué le ha parecido á usted mi carta?

—Muy rara.

—¿Por qué?

—Por el espiritismo.

—El espiritismo es muy raro en sí, como lo son todas las verdades que han dormido muchos siglos en el abismo de la ignorancia humana.

—La fé de usted me cae en gracia.

—Y la incredulidad de usted me deleita.

—¿No le impacienta á usted?

—No, al contrario, y estamos por lo tanto en muy buen terreno.

—¿Quiere decir que me permite usted todas mis armas para combatirlo?

—Todas.

—¿Hasta la risa?

—Hasta la risa; usted se rie de una manera que me encanta.

—¿Ya empezamos?

—Positivamente, usted sabe reirse, y para tener un ejemplar de la risa de usted, no hay mas fotógrafo que el amor.

Chona no se rió.

—Tiene otra particularidad la risa de usted y es, que siempre viene despues de un momento en que se pone usted muy séria.

Chona se rió.

—¿Ya lo ve usted? dijo Salvador riéndose tambien.

—¡Todo lo ve usted! exclamó Chona.

—¿Por qué será?

Chona no pudo contestar mas que con una mirada.

—Volvamos á mi carta.

—Volvamos á la carta.

—Se reduce á esto: á que me diga usted que me ama.

—¿Traduccion libre? preguntó Chona.

—Literal, contestó al punto Salvador; ¿hacemos la traduccion?

—Sí, porque va á ser curiosa; al menos si ha de quedar probado que es literal.

—Una vez aceptada mi fianza, contestó Salvador, quedan á salvo todos los escrúpulos de conciencia.

—¿Todos?

—Sí, porque la dejo á usted vivir en su mundo, obedeciendo todos sus caprichos.

—¿Cuáles son esos caprichos?

—La fidelidad, el deber, la paz doméstica.

—Esas son leyes muy severas, no caprichos.

—Sean leyes severas; la dejo á usted bajo su influencia y bajo su proteccion; es usted libre aquí abajo.

—¡Qué raro es todo eso!

—¿Cree usted que el alma es inmortal?

—Seguramente.

—Lo que no sabe usted es esto: que su alma de usted y la mia, han existido antes de venir al mundo.

—¡Eso sí no lo comprendo!

—Yo sí; hay mas, lo sé.

—¡Eso es mucho!

—Pues hay mas todavía: lo siento en mí de una manera palpable, mi espíritu está pasando por una trasformacion; la he encontrado á usted en el mundo para que me revelara mi existencia anterior y para que me haga pensar en la futura; hasta hoy he estado siendo una negacion, quiero decir, no me habia dado cuenta de mí mismo, y he empleado mi vida en vivir: antes de conocer á usted me hacia temblar la muerte, y pensaba que el fin de mi vida, mi mismo *yo* pasaria á la otra perdiéndose... en un infinito desconocido y terrible; pero hoy, Chona,

hoy está empezando mi regeneracion espiritual, porque al ponerse mi alma en relacion con la de usted, he sentido á mi libertadora, ofreciéndome el crisol de un amor imposible en el mundo, pero necesario para nuestra eternidad.

—¡Me va usted á volver loca!

—No lo temo; lo que podria temer es que se volviera usted ciega; pero poco á poco irá usted acostumbrándose á la luz, hasta ver el sol de la verdad frente á frente.

—Sí, ante todo, cuide usted de mis ojos, porque me son muy útiles.

—Le aseguro á usted que cada dia verá mejor; y luego agregó Salvador uniendo el hilo de su discurso: mi alma hubiera permanecido vacia si no hubiera conocido á usted, y esto, que es sin duda una frase de estampilla, y que acaso no habrá enamorado en el mundo que no la haya dicho, encierra, no obstante, una inexorable verdad y es esta: amo por la primera vez en mi vida.

Chona se rió.

—Usted, continuó Salvador, no es la continuacion de mi vida anterior, sino el principio de la eterna; todas las mugeres que me han amado, han tomado de mí la parte de mi sér transitorio en mi estado de negacion, que concluyó antes de conocer á usted.

—Debo recordar á usted que nos conocemos hace mucho tiempo, y antes.....

—Antes no nos amábamos, es cierto; estaba yo acabando mi periodo; era yo otro, por eso estaba triste y has-

tiado, no me quedaba nada por saber, en la copa de mis placeres no quedaba ya ni una gota; ¿se acuerda usted de la licorera?

—Sí.

—Allí estaba mi copa seca, por eso no quise llenarla de nuevo; habia acabado todo, todo; y quedó solo mi espíritu enlazado al espíritu de usted para siempre.

—Sobre que le digo á usted que me voy á volver loca!

—No haga usted ningun esfuerzo por comprenderme; dice usted que le divierten mis extravagancias; búrlese usted, supuesto que le he dejado ese derecho.

Hubo una larga pausa.

—No puede usted reirse y lo desea; me felicito por este síntoma, que me revela la fuerza de mis razones.

—No me rio, porque la locura de usted es del género sublime y empieza por pasmarme. ¿Cómo supo usted que he pensado consultar esto á mi confesor?

—Porque le ha espantado á usted la palabra espiritismo y empieza usted á escandalizarse.

—No me he decidido á tomarlo á pechos, y lo sigo á usted solo con la imaginacion; por lo demas, me considero bastante dueña de mí misma.

—Tiene usted razon, tanto mas cuanto que yo la ayudaré á usted en todo; he ofrecido respetar cuanto á usted pertenezca.

—Estoy segura de que ningun amante ofrecerá otro tanto.

—Es cierto, y esa es una señal de que empieza usted á comprenderme, y de esta manera acabará usted por amarme como yo la amo.

—Supuesto que usted cree, Salvador, que la cuestion consiste solo en el camino que se elija, debo decirle á usted que para mí no es el medio sino el resultado lo que me espanta; yo no debo amar á usted, porque cometeria un crímen; no debo entregarle mi corazon, porque no me pertenece, y cualquiera que sean los argumentos de que usted se valga, y por sutiles y poderosas que sean las razones que pretenda usted darme, de todos modos hemos de venir á dar al punto de donde debo huir á toda costa; yo debo sacrificar mi amor y mi vida, si es necesario, al cumplimiento de mi deber.

Esta conversacion, como las anteriores, fué interrumpida por haber sonado la hora en el reloj, hora que anunciaba la llegada de Cárlos.

CAPITULO XXIV.

EN EL TIVOLI DEL ELISEO.

A PESAR de todas las reticencias de Amalia y de su falsa reserva con respecto á Ricardo, la mañana en que salió de su casa despues de la embriaguez de Sanchez, fuese en derechura á ver á la Chata.

—Chata de mis ojos, le dijo al entrar, tú eres mi paño de lágrimas.

—¡Ave María Purísima! Amalia, qué mala idea me da tu visita! ¿Qué te ha sucedido?

—Tronamos.

—¿Cómo?

—Ni mas ni menos.

—¿Pues qué.....

—Figúrate que llegó Sanchez..... ya sabes.

—¿Borracho?

—Como una uva.

—No me digas mas; por mis negros pecados me ha tocado verlo así algunas ocasiones, y te compadezco!

—Pues bien, vamos á lo que importa, dijo Amalia bajando la voz. ¿Has hablado con Ricardo?

—Sí.

—Y qué?

—Te quiere.

—Pero entendámonos, Chata, á mí no me basta saber que me quiere..... así como tú me lo dices.

—¿Pues cómo?

—Mira; yo necesito saber.....pero fíjate bien en esto, *necesito* saber hasta que punto me ama Ricardo, hasta que punto es hombre de resoluciones y en fin..... si en último caso puedo contar con él.

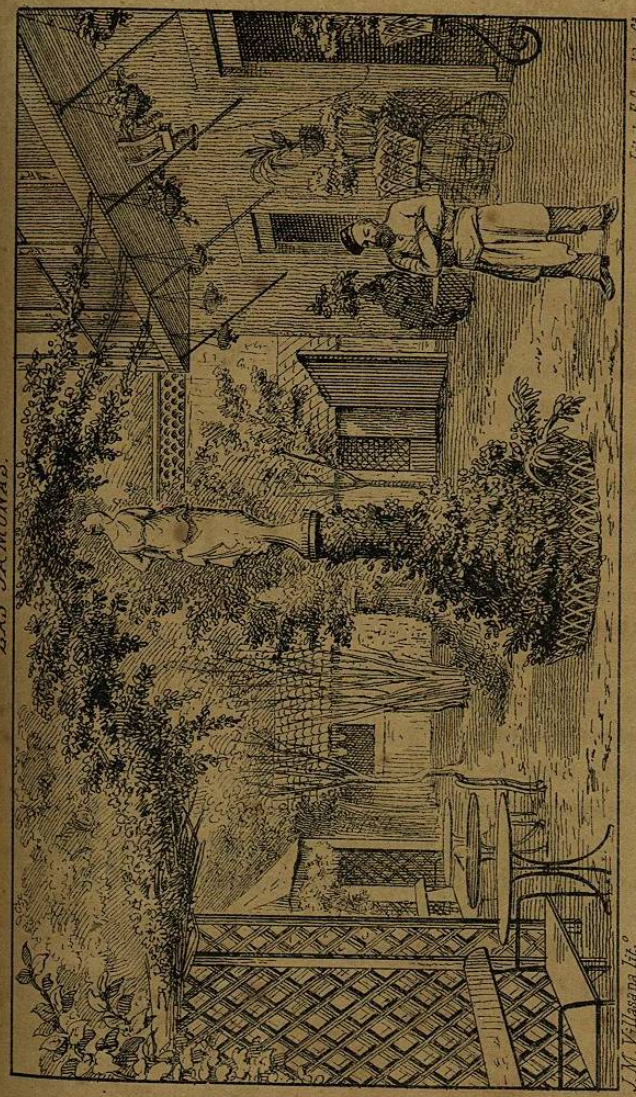
—¿Para qué?

—¡Anda! Chata! para que ha de ser? no ves que ya no es posible vivir con Sanchez?

—Pero salvo ese maldito vicio, por lo demas no debes quejarte.

—Estás hoy muy candorosa, Chata de mi alma: escúchame: motivos no me faltan, especialmente con respecto á él: figúrate que sé.....

—¿Qué, muger?



Tívoli del Eliseo.

—Lo de la americana.

—¿Y ya se lo dijiste?

—Tengo mi plan.

—Piénsalo bien.

—En fin, te diré la parte mas grave del asunto.

—¿A ver?

—Sanchez está arruinado.

—Ya lo sé.

—Un dia de estos nos quedamos en un petate; y ya verás que no teniendo yo la culpa de ese despilfarro, no debo soportar las consecuencias; pero á la vez no quiero dar un golpe en falso y por eso te pregunto si Ricardo será hombre de resoluciones y si puedo descansar en él.

—Mira, Amalia, eso es muy grave, y no me atreveré á aconsejarte resueltamente: lo que es Ricardo, es hombre de posibles, ya lo ves cómo gasta y con qué lujo se viste: yo no sé cuales serán sus recursos, pero él pasa por hombre rico: en cuanto á que te ame, él me ha dicho muchas veces tantas cosas de tí, que he llegado á creer que está verdaderamente enamorado. Vamos á ver, me ocurre un plan que nos servirá para explorar el terreno.

—Veamos tu plan: necesitas lucirte en esta ocasion, porque la cosa es grave.

—Pues mira, provocaremos una conferencia.

—¿Los tres?

—Los tres.

—¿Y dónde?

—Déjame á mí.

La Chata llamó á una criada y le dijo:

—Vas á la calle de San Juan de Letran y le dices á Jacinto Rodriguez, de mi parte, que me mande el coche cerrado del otro dia, el de los frisones tordillos.

La criada salió.

—¿Qué vas á hacer? preguntó Amalia.

—Ya sabes que soy muger de expedientes.

—¿Pero adónde vamos?

—Del lugar no has de quejarte.

—¡Ah! ya sé, al Tívoli.

—Sí.

—¡Qué mala eres!

—¿Porqué?

—Como Ricardo es poeta, vas á poner la escena en un jardin.

—Si fuera en una noche de luna respondia del éxito.

—¿No te digo que eres mala?

—¿Por qué? yo no hago mas que preparar las situaciones.

—Debias haber sido novelista.

—Ya se ve que sí, escribiría tu historia y la mia; pero no tengas cuidado, que aun cuando yo no escriba tengo quien lo haga.

—¿Quién?

—Un buen amigo mio.

—¿Cómo se llama?

—Facundo.

—¡Dios nos asista, Chata de mi alma! mira que tú y yo

estamos que ni pintadas para salir á danzar en la *Linterna mágica*.

—Pues el dia que quieras te presento á Facundo, le cuentas tu historia y le das facultades; verás como en seguida nos dedica un libro.

—Bueno, ya veremos eso; vamos á lo que importa y ya que tú vas á dirigir la escena, dime ¿qué es lo que yo debo hacer?

—¿Tú? llorar.

—Pero si no tengo ganas!

—¿Quieres una cebolla?

—¿Es preciso llorar?

—Sí, indispensablemente.

—Pues dame la cebolla.

La Chata desapareció por un momento y en seguida volvió trayendo en un plato una cebolla y un cuchillo.

—No tienes remedio, Chata de mis pecados, eres la mas mala que yo he visto.

—Vamos, date prisa.

—¿Y si me huele?

—¡No! te lavas las manos con mi jabon.

—¡Ay! qué sacrificio! se me van á poner los ojos de bruja.

—Al contrario, si vieras que te sienta llorar.

—¿Es posible?

—Cuando lloras, me gustan mas tus ojos.

—¡Ah! entonces salgo ganando de todos modos.

Y partiendo Amalia la cebolla, se la aplicó á los ojos lo bastante para producirse una ligera inflamacion.

Algun tiempo despues llegó la criada.

—Me tardé, dijo al entrar, porque no estaba allí el señor Rodriguez, pero ahí está el coche.

Amalia y la Chata se dirigieron al Tívoli del Èliseo.

Hay ciertos parajes públicos, lo mas secreto que se conoce en materia de citas.

El Tívoli del Eliseo estaba solo. Al traves de aquellas callecitas que caracolean en torno de los cenadores circulares, se deslizaron Amalia y la Chata y apenas un criado las vió por los interstícios de las enredaderas. La Chata dejó instalada á Amalia en un cenador, salió del Tívoli y volvió á montar en el coche.

Media hora despues volvía acompañada de Ricardo, solo que en esta vez, no se paró el coche á la puerta del Puente de Alvarado, sino en la calzada del Paseo de Bucareli.

La Chata guió á Ricardo á un cenador.

—¿Con que es cierto? exclamaba Ricardo, ¡qué hombre! ¡Dios mio! ¡qué hombre! ¡Pobre Amalia!

—Y mas que usted no sabe, y que no hay para qué se lo cuente; sobre que la pobrecita ha vivido mártir, pues como usted conoció muy bien desde un principio, de semejante union no podia resultar nada bueno; pero qué quiere usted, las mugeres somos tontas para elegir y siempre vamos á dar con lo peor.

—¿Y dice usted que Amalia se ha salido de su casa?

—Sí señor, qué habia de hacer la pobre?

—¿Pero á dónde habrá ido?

—Por lo pronto yo sé donde está, pero lo que me aflije es el porvenir de esta desgraciada.

—En cuanto á eso, dijo Ricardo con aire de gran señor, aquí estoy yo: conozco mis deberes y supuesto que he tenido una parte tan directa en este rompimiento, á mí me toca darle á Amalia una compensacion; yo no soy rico, pero no importa; ¿quién piensa en el dinero cuando hay deberes de honor que cumplir? Sin dilacion, Chata, sin dilacion; vamos á ver á Amalia, quiero tranquilizarla, quiero probarle que..... vamos, vamos!

—Piénselo usted bien, Ricardo.

—¿Cómo pensarlo! ¿acaso necesito consultar con nadie mis asuntos?

—No: pero tal vez un acaloramiento será causa de que despues.....

—¡Qué disparate! jamas me arrepentiré.

—Figúrese usted que la pobrecita que tanto ha llorado, en medio de sus lágrimas en lo que mas pensaba era en usted.

—¿En mí?

—Sí: pero para que no supiera usted nada.....

—¡Ah! qué alma tan noble tiene Amalia! exclamó Ricardo enterneciéndose.

—Usted era su ir y venir, y me decia: Chata, por Dios que no sepa nada Ricardo! mira que él es muy caballero

y muy noble y si sabe el predicamento en que me encuentro, es capaz de sacrificarse por mí.

—Y cómo que sí.

—Y yo no quiero eso, decia Amalia (continuó la Chata), no quiero que jamas haga Rricardo por mí lo que tal vez no ha pensado; no, Chata de mi vida, que nada sepa Ricardo; veré donde me voy, me volveré á encerrar en el colegio, si es necesario, pero que él no se sacrifique por mí, ni se encuentre tal vez en un compromiso.

—¿Todo eso dijo?

—Todo eso; si no tiene usted una idea de como lo quiere.

—Vamos á ver á Amalia, dígame usted, en donde está, dijo Ricardo en tono suplicante.

—Figúrese usted, dijo la Chata, que por lo pronto.... como la cosa me cogió de sorpresa, no supe que hacer con ella: en mi casa la buscarian y en otra parte no tendriamos libertad para hablar; tomamos un coche y nos venimos aquí.

—¿Aquí está?

—Y yo al verla tan afligida y sin saber por mi parte que partido tomar, me pareció conveniente avisarle á usted.

—¿En donde, en donde está? vamos á verla.

—Vamos.

Y la Chata y Ricardo salieron del cenador que ocupaban y se dirigieron al que ocupaba Amalia, quien habia

tenido tiempo sobrado de prepararse y habia estado observándolo todo desde su escondite.

—¡Amalia! dijo Ricardo abriendo los brazos.

—¡Ricardo! dijo Amalia arrojándose á ellos y reclinando la frente en el pecho de Ricardo.

—Hubo el silencio propio del *tableu*; silencio durante el cual la Chata finjió enjugarse una lágrima, de manera que lo pudiera notar Ricardo.

—¡Vamos! dijo éste ¿qué lágrimas son esas? no señor, nada de llorar, hoy es dia de felicidad, de..... ¡mozo! nada, nada, aquí estoy yo y que ruede el mundo; ¡mozo!..... Soy el mas feliz de los hombres; Chata, deme usted un abrazo, es usted mi madrina, á usted se lo debo todo, ¿no es verdad Amalia?

—¡Ay! es tan buena amiga la Chata!

—¡Mozo! volvió á gritar Ricardo.

El criado se presentó.

—¡Comida para tres! ¿tomaremos Sauterne? ¿ó prefieren ustedes el tinto?

—¿Pero para qué se va usted á meter en..... dijo la Chata.

—¿Qué apetito vamos á tener con esta afliccion?

—Los duelos con pan son menos; conque ¿Sauterne?

La Chata y Amalia no contestaban.

—Trae Sauterne y Borgoña; dicen ustedes que no tienen apetito; ¡mira! agregó llamando al criado, tres copas cognac y curaçao ¡vuela!

—Pero..... murmuró Amalia, esto es una calaverada!

—Que quieren ustedes, hijas mias, esta es la vida; yo por eso me la paso bien; en todas partes soy muy filósofo y recibo las cosas como vienen; no hay por qué afligirse, y lo que es yo me he propuesto ahorrarme todos los disgustos posibles; hagan ustedes lo mismo y no se arrepentirán de haber seguido mis consejos: ¡qué mas dá! vamos, el mundo es grande y yo les garantizo á ustedes que nos vamos á pasar una vida de ángeles ¡ya verán! ¡ya verán!

Vamos, aquí están las copas, ustedes curaçao, y yo cognac; pero mira, agregó dirigiéndose al criado, trae las botellas.

El criado dejó las copas y voló á traer una botella de cognac y otra de curaçao y las destapó en el acto.

—A la salud de ustedes, por nuestra futura felicidad! Vamos, Amalia, no hay que asustarse por tan poco ó creeré que ha perdido usted algo saliendo del poder de un hombre que... no quiero hablar señor, no quiero hablar; por que me he propuesto que hoy sea dia solo de placer; con que..... á la salud de ustedes!

La Chata y Amalia besaron sus copas.

—¡Pero qué es esto! ¡traicion! ¡esto es una traicion! ¡qué se diria de semejante desacato! no señor ¡hasta verte, Jesus mio! ¿saben ustedes el orígen de esta frase? ya se los explicaré cuando tenga seis copas en la cabeza. Conque.... hasta arriba.

—Pues por mi ahijado, dijo la Chata y bebió su copa.

—Por usted, dijo Amalia y bebió la suya.

—¿Por usted? preguntó Ricardo, pues ahora vamos á beber esta otra..... «*por tí.*»

Y llenó las copas.

—Pero..... se atrevió á murmurar Amalia refiriéndose á la segunda copa.

—¡Amalia! exclamó la Chata en tono de reconvencion, y le dió la copa.

—¿Por quién? preguntó Ricardo.

—¡Por..... por tí! dijo Amalia sabiéndose poner colorada.

—¡Muy bien! dijo la Chata en son de aplauso.

Ricardo bebió, se limpió los labios, tomó la mano de Amalia y la dió un beso.

La Chata fué entonces la que se supo poner colorada.

Amalia bajó los ojos.

Ricardo la miró y pensó.

No sabemos qué pensaria Ricardo.

El criado habia ya puesto la mesa.

—Mira, chico, le dijo Ricardo al criado, te recomiendo que nos traigas *huevos á la polaca*.

—Está muy bien, señor.

—Y..... será bueno un poco de *pollo á la Marengo*.

—Sí señor.

—¡Oh! si hubiera *mondongo á la lionesa* seria yo el mas feliz de los hombres; verán ustedes que platillo: ¿hay *mondongo á la lionesa?*

—Voy á preguntar.

—Vé, hombre, vé á preguntar si hay *mondogo á la lionesa.*

El criado voló.

—Pues señor, creo que no vamos á almorzar muy mal.

—Al contrario, dijo la Chata, ¡cómo habiamos de almorzar mal en el Tívoli!

—Esta es mi vida: aquí donde ustedes me ven, no hay semana que no tenga aquí dos ó tres convivialidades.

—¡Dichoso usted! dijo la Chata.

—Pero no hay cuidado, contestó Ricardo, ya de hoy en adelante mis convivialidades serán á tres; voy á abandonar á todos mis comensales y que busquen anfitrion, porque lo que es yo me incrusto entre este par de encantadoras beldades y ni se vuelve á hablar de mí en México.

—¡Qué buen humor tiene siempre Ricardo! ¿no te lo decia yo, Amalia?

—Sí, solo conmigo es adusto, solo á mí me pone mal modo.

—¡Ay hija! ¡qué mal modo! á pesar de que has sido tan cruel conmigo, me has hecho sufrir tanto! pero eso sí, vida nueva ¿no es verdad, amor mio? se acabaron las trabas y ancho mundo. ¿No es verdad que no nos volveremos á separar, Amalia?

—Solo Dios lo sabe.

—Y tu amante y tú ¿no es cierto?

—¡Vamos! ¡vamos, ahijado! en todo caso su madrina de usted es una persona de respeto.

—¿Usted?

—Yo.

—Usted es una Chata sin pasar de ahí, pero tan encantadora, que es usted el tipo de la buena amiga, de la hermana, de la madrina, de la.....de todo lo que hay de mas hechicero sobre la tierra.

—¡Pues está usted galante!

—No, expansivo; hablo con el corazon y al aire libre.

El criado trajó los huevos á la polaca y comenzó el almuerzo.

Amalia se proponia comer poco, y la Chata mucho; porque la Chata era de buen diente.

—Acaba los huevos, vida mia.

—¡Es mucho!

—¿No te gustan?

—Están deliciosos, dijo la Chata saboreándose.

Amalia siguió tomando los huevos.

—¡Ah! bien; ahora..... *petit poison á la crême;* ¡oh! ¡esto es selecto!

Ricardo tomó un pedacito de pescado de su plato y lo ofreció á Amalia, poniéndoselo muy cerca de la boca. Amalia iba á tomar el tenedor, pero Ricardo le dió á entender con una mirada que deseaba otra cosa.

—¡Anda, niña! dijo la Chata en cierto tono de reconvencion cariñosa, como si hubiera querido decirle: ¡Qué chambona eres!

Amalia abrió la boca.

—¡Gracias! le dijo Ricardo, me haces feliz. ¿No te encelarás si le ofrezco una sopita de cariño á la Chata?

—¡Encelarme! yo no soy celosa.

Ricardo dió á la Chata, en la boca, otro pedacito de pescado.

Aquel platillo estuvo mejor que el primero.

—¡Oh! ¡esto es soberbio! dijo Ricardo viendo el tercer platillo. Vea usted, madrina.

—¿Qué es eso?

—Esto es *jamon York lazañas al Málaga*; pero antes tomarémos.

Y sirvió Sauterne en las copas.

Chocáronse las tres, y se agotaron con delicia.

Amalia empezaba á olvidar sus proyectos de comer poco.

Al servirse el tercer platillo, la Chata se comia á señas á Amalia, quien comprendiendo al fin lo que debia hacer, partió un pedacito de jamon, le colocó encima la pasta, y á su vez lo acercó á la boca de Ricardo, quien prendado de aquel mimo, no supo como ponderar su agradecimiento.

Amalia tambien le ofreció á la Chata otra sopita de cariño.

—El tercer platillo estuvo mejor que el segundo, dijo Ricardo.

—¡Ya se vé! dijo la Chata.

—¡Otra libacion! exclamó Ricardo.

—A este paso..... dijo la Chata.

—¡Oh! el *Sauterne* el *haut Sauterne* se puede tomar por barriles, este es un vino noble; yo no tomo otra cosa

—¡Con razon, si es delicioso! dijo la Chata, lamiéndose los labios, despues de haber apurado su copa.

Debemos confesar, en obsequio de la verdad, que Ricardo fué el mas amable de los anfitriones, y que supo hacer los honores de la mesa de tal manera, que logró hacer aquel el mas delicioso almuerzo á tres, de que pueden hacer mencion los cenadores del Tívoli del Elíseo.

CAPITULO XXV.

Á LOS POSTRES.

Lo parece sino que el género humano ha nacido para regodearse, y que Lúculo es el único que ha dado en el item.

La felicidad rebosaba por todos los poros de los tres personajes del cenador.

Ricardo estaba rubicundo, respirando vida; estaba inspirado, respirando *esprit;* estaba tierno respirando amor·

Amalia respiraba tambien, y en aquella respiracion tenia, no poca parte, la cebolla aquella.

¿Y la Chata? ¿cómo no habia de respirar la Chata? aquella era su obra; era ademas la madrina, por lo tanto respiraba satisfaccion y otra porcion de cosas.

Todos respiraban.

Siempre se respira á la hora del Champagne. Ricardo, con permiso de las señoras, habia alargado los correones del chaleco y del pantalon.

La Chata y Amalia sufrian, á pesar de su depósito de viandas, la presion tiránica del corsé.

Esta presion estaba produciendo en el pecho de Amalia cierto movimiento compasado, como el del lago que se siente acariciado por una brisa que va refrescando poco á poco.

Tenia Amalia descubierto un pedacito de garganta, que como una península se adelantaba en la region pectoral que estaba teniendo entonces esas ondulaciones de que hemos hablado.

A guisa de faro, tenia Amalia en la costa de la península, quiere decir, en el punto donde se cerraba el vestido, un prendedor de oro, que estaba llevando á la vista de Ricardo el compas del corazon de Amalia.

La Chata, aunque no era hombre ni nada, estaba observando aquella ondulacion del prendedor con cierto arrobamiento.

La Chata era muy observativa.

Las sillas de Ricardo y de Amalia formaban ya casi un solo asiento.

Y á pesar de la perspicacia de la Chata, se le pasaban por alto algunas frases que Amalia y Ricardo se decian muy bajito.

Por supuesto, que aquel torrente de felicidad inopinado, habia aumentado las atmósferas del amor aquel, á un grado temible para un maquinista.

Ricardo y el Champagne lograron poner los asuntos bajo su verdadero punto de vista filosófico y edificante.

—El mundo, decia Ricardo, es patrimonio de los atrevidos; hemos llegado á una época de realismo tal, que, á no dudarlo, he encontrado la razon de por qué no nací antes: esta es mi época.

Vivo para mí, cumpliendo mi mision de darme gusto; no hay mas ley que la de la atraccion universal; el sacudimiento de las sociedades va poniendo las cosas en su verdadero lugar; va armonizándolo todo, y en esta sucesion de movimientos, nos tocó por fin á tí y á mí, Amalia mia, juntarnos para morir así: la teoría de las medias naranjas, por mas que sea vieja, es buena como el vino: queda de todo esto una cosa por resolver: Sanchez.

Sanchez cuidó de escriturar sus casas; pero no le pareció que debia hacer lo mismo con su muger, y supuesto que en el matrimonio no *valen papeles*, como dice la chinaca, beato el que posee, no necesitamos Amalia y yo, mas intervencion que la que necesitan las golondrinas.

—¿Y yo? reclamó la Chata.

—¡Es cierto! ¡evidente! no necesitamos mas que á mi madrina, cuya mision sobre la tierra es la de un ángel de paz.—Chata, usted debe aprender á volar un dia de estos.

La Chata y Amalia celebraron la gracia.

—Ya me parece que te veo volando con puff.

—¡No me digas! y con castaña de rizos, por supuesto.

—Naturalmente, dijo Ricardo, los ángeles tienen cabelleras de una propiedad y elegancia irreprochables. Pues como decia, queda Sanchez: le espero.

—¿Y si lo desafia á usted? preguntó la Chata.

—Resuelve él mismo la cuestion de la manera mas satisfactoria que pueda imaginarse.

—¿Por qué?

—Supongamos que viene Sanchez, que pregunta por mí, que nos saludamos como dos buenos amigos, que le ofrezco asiento, que se sienta, que no sabe por donde empezar, y que se decide á concluir y que me pregunta:—¿En donde está mi muger?

¡Hé aquí el epígrama por excelencia! Colocad esa pregunta en el mas grave, en el mas encopetado de los personajes antiguos y contemporáneos, y os hará soltar la carcajada; pues bien, supongamos que Sanchez me espeta su sambenito á guisa de inocente pregunta.

—¿Y qué le contesta usted, vamos ha ver? dijo la Chata, poniéndose de codos sobre la mesa.

—Le contesto:—¿Usted me pregunta por su muger? —No sabia que se le habia perdido á usted.—¿Y cómo ha sido ello?

—¡Qué barbaridad!

—¡Nada de eso! ¡qué lógica! Cuénteme usted eso, señor Sanchez; entonces mi hombre ¿me cuenta ó no me cuenta? ¿se enfurece ó se calma? ¿qué quiere usted que suceda, Chata?

—Supóngaselo usted furioso.

—Entonces le manifiesto que tengo el tímpano auditivo muy delicado, por cuya circunstancia le suplico nombre las personas que deban entenderse con mis padrinos.

—¿Y se bate usted con Sanchez?

—No; porque Sanchez no se batirá conmigo.

—¿Por qué?

—Porque el señor Sanchez reflexionará en que de todos modos pierde. Por mi parte apuesto un almuerzo con vino del Rhin para veinte personas, á que le convierto en una escuadra inmóbil su brazo derecho por todo el tiempo que piense vivir en este mundo; yo sé romper cierto hueso infaliblemente; de veinte tiros, diez y nueve.

—¡Pobre Sanchez! exclamó la Chata figurándoselo manco y viudo.

—En todo caso la cuestion no es la de encontrar á su muger, sino una bala.

—¡Ay, qué horror! ¡ni lo permita Dios!

—No lo permitirá, no se aflijan ustedes; Sanchez se consolará por medio de otros procedimientos; es hombre tambien afecto á las compensaciones; de manera que si ustedes no lo tienen ó mal démosle perpetua sepultura á Sanchez dentro de esta copa de Champagne.

Y, sirviendo tres copas, propuso un brindis. Amalia y la Chata esperaron copa en mano.

—Aquí yace un aficionado al matrimonio, á quien se le olvidó el cura y la ley. ¡Qué Dios tenga piedad del alma del finado!

—¡Amén! dijo la Chata y apuró su copa.

—Amalia se ha creido dispensada de tomar la suya, dijo Ricardo picado.

—Es que.....

—Todavía es tiempo, y en todo caso ni aún el tiempo hemos perdido; pues almorzar era preciso.

—¡Amalia! dijo la Chata en tono de súplica.

Amalia bebió haciéndose cierto esfuerzo.

Despues del almuerzo y la alegría, nuestros tres personajes tuvieron que ocuparse seriamente en realizar aquella sustitucion; paso que á la verdad no era de los mas sencillos; pero afortunadamente estaba allí la Chata, y para la Chata no habia nunca dificultades.

Propuso que de allí se trasladasen los tres á Tacubaya, donde de tres casas que habia desocupadas, se podia tomar una sin dificultad en la misma tarde.

La Chata apoyó su proposicion con una elocuencia digna de un diputado oposicionista: dijo que el campo era lo mas á propósito para una situacion semejante y que allí estaría bien guardada Amalia, y que de todo lo demas la Chata misma se encargaba: fué, en fin, tan bien combinado el plan de la Chata, que Ricardo y Amalia no se atrevieron á hacer ninguna objecion, y no tuvieron mas que esperar los trenes á la salida del Tívoli.

Solo que entonces Amalia y Ricardo fueron los que montaron en un wagon, y la Chata regresó en el coche á la ciudad.

Ya hemos dicho que la Chata era muy previsora, de manera que antes de separarse de Amalia le pidió sus llaves.

La Chata hizo creer en la casa de Amalia que esta no iria por aquella noche, por estar en ocupaciones con ella con motivo de su cumpleaños, que iba á celebrarse en esos dias; y nadie extrañó que la Chata abriera los roperos de Amalia y remitiera á su casa algunos bultos.

En el último viaje de los trenes, la Chata estaba en Tacubaya al lado de Ricardo y de Amalia, quienes habian pasado la tarde en un jardin.

La Chata lo habia previsto todo, y aún habia tenido tiempo de enviar algunos muebles de su casa y lo mas indispensable por lo pronto.

Pizarro, el criado de confianza de Sanchez, sabia que éste no habia de dormir en la casa aquella noche, y así sucedió en efecto; á eso de las doce, en la asistencia no se encontrában mas personas que D. Aristeo y doña Felipa.

—No se canse usted, D. Aristeo, algo gordo está pasando aquí; hoy ha sido un dia fecundo en acontecimientos; esta ida de Amalia no me gusta; me pareció ademas notar no sé que aire de disimulo en la Chata, y cierta precipitacion que me dió muy mala espina.

—Pues si usted quiere que le diga, doña Felipa, esto no es mas que principio de los grandes trastornos que va á haber en la familia.

—¡Es posible!

—Ni mas ni menos.

—Entonces usted sabe algo.

—¡Ya lo creo, y mucho! Y sobre todo algo que á usted le interesa extraordinariamente.

—¡A ver, á ver, D. Aristeo! cuénteme usted todo lo que sepa, pues yo como siempre soy muger de secreto.

—Pues bien, doña Felipa, ya usted sabe el estado deplorable que guardan los negocios de mi compadre.

—Todos se lo hemos dicho; por consejos no ha quedado; pero ya sabe usted que el bueno de mi hermano tiene una cabeza que parece de piedra. ¿Y qué, el mal es muy inmediato?

—¡Vaya! la cosa tiene que tronar en este mes, y de una manera que yo no sé lo que va á suceder; porque todo, todo se le complica al pobre de mi compadre; yo no he visto situacion mas comprometida que la suya; por una parte se le cumplen unas libranzas, y tendrá que perder provablemente las dos fincas; por otra parte Amalia parece que sabe ya lo de... lo de esa muger de mis pecados.

—Sí; y en cambio mi hermano sabe tambien lo de Ricardo. ¿Qué será bueno hacer, señor D. Aristeo?

—Yo, como buen amigo y pariente, he hecho ya cuanto ha sido humanamente posible; ¡es buena, que le he ofrecido mi finca de Oaxaca!

—¿Ha cedido usted por fin?

—¿Qué quiere usted, doña Felipa? este es un deber de amistad; ya sabe usted que por mí no hubiera cedido nunca; pero mi compadre está en una situacion en la que seria un cargo de conciencia no auxiliarlo, y me parece que con eso y los trescientos pesos de la.....

—¡Eso, señor D. Aristeo, eso!..... los trescientos pesos de mis ojos, que cada vez que los oigo mentar me parece que los gasto yo; y vea usted de ahí ha provenido toda la ruina de mi hermano! ¡Ah! si usted lograra quitarle de la cabeza ese capricho.....

—Ya se lo he manifestado, le he probado hasta la evidencia que mientras no presinda de ese gasto tan fuerte, no tiene mas que esperar que la miseria, y eso despues de un golpe de los mas formidables.

—El cielo se lo ha de dar á usted de gloria, D. Aristeo, haga usted esa buena obra y verá usted.....

—Sí, sí; ya estoy viendo como..... eso sí, yo creo salirme con la mia ¡Pues no faltaba mas! ya verá usted, ya verá usted! ¡Si toda la lástima es que no sea yo jóven!

—¿Por qué?

—¡Cómo por qué! porque lo primero que hacia yo era enamorarle á la cocota.

—¿Pues no dicen que esa muger no entiende de amor?

—Ya se vé que no entiende, pero en fin, agregando al personal algun dinero.

—Eso es lo peor, Don Aristeo, que usted no sea rico; por que á serlo, se podia hacer el sacrificio de ofrecerle

el doble á esa muger venal, que al fin, como es americana, se dejaria seducir muy fácilmente con el brillo del oro.

—Pero..... no hay que pensar en eso, doña Felipa, pues ya ve usted que ni mi edad, ni mis recursos, ni nada, podrian hacer el contrapeso que se busca.

—Tiene usted razon.

—Pero no obstante, yo no quito el dedo del renglon y verá usted como siempre algo se consigue.

Don Aristeo y doña Felipa estuvieron hasta muy tarde en la asistencia, dándoles á los asuntos de Sanchez mas vueltas que á un asador!

CAPITULO XXVI.

LA TRIBULACION DE SANCHEZ.

SANCHEZ entró á su casa á las ocho de la mañana del dia siguiente, y venia abrumado de malestar y de tedio.

La luz de aquel dia, habia brillado siniestra ante sus ojos, y la realidad de su situacion pesaba sobre su alma como una carga insoportable.

La saciedad de su reciente vigilia habia agotado en su alma ese conjunto de aspiraciones y de deseos que prestan al hombre el vigor y la esperanza; el mundo se despojaba ante sus ojos de todo encanto y la peremne ame-

naza de su ruina le trazaba triste, desierta, la senda de su porvenir.

Sanchez habia adquirido en aquellos momentos cierto poder de fantasía, cierta lucidez de ideas que no eran comunes en él: no parecia sino que relajadas sus fuerzas físicas, abandonaba su cuerpo á su precisa reaccion y todas sus facultades morales estaban como bajo el influjo de una exacerbacion febril.

Sanchez despues de una larga y silenciosa concentracion, exclamó sin sentirlo.

—¿Qué horrible es ver claro!

Efectivamente, Sanchez estaba viendo claramente su inevitable ruina, y al volver los ojos al hogar doméstico, al buscar ese consuelo de la confidencia familiar y de las mútuas intimidades, encontraba su casa vacía; y allí, donde creia encontrar una compensacion, estaba el embrollo y la guerra doméstica: reo del delito de infidelidad, sufria la pena del talion, considerándo á Amalia próxima á abandonarlo y á las gentes que lo rodeaban recelosas y hurañas, esperando el fin de aquel estado de cosas, efímero y delesnable; leia en cada semblante la desconfianza, en doña Felipa una reserva extraña; en su compadre un ojo penetrante que le adivinaba á su pesar todo lo que Sanchez pensaba; en sus criados veia acreedores pasivos, pero en cuyo semblante leia Sanchez aquella mañana precisamente un secreto reproche y un disgusto mal disimulado.

En un momento iba á ver desaparecer el conjunto de

apariencias de rico que le rodeaban, para convertirse tal vez en reo entregado al desprecio de las gentes y al poder de los tribunales.

Hacia dias que Sanchez habia tocado á varias puertas, que habia recurrido á ciertos amigos de cuya amistad y poder no debia dudar, y uno á uno, con diversos pretestos y de distintos modos se habian escusado, haciéndole perder una por una todas sus esperanzas.

El abogado encargado de algunos de los asuntos de Sanchez, no tenia ya por su parte ninguna fé en prolongar la situacion; la fuerza de inercia estaba agotada, la transitología judicial recorrida, los plazos al vencerse y todo en fin, auguraba que Sanchez bajaria en breve de su falso pedestal para ser entregado al desprecio público.

Un mundo de reflexiones acudia á la imaginacion de Sanchez, y agobiado con sus propios pensamientos, habia permanecido mas de una hora y media sentado en un sillon y sin cuidarse de nada de lo que inmediatamente le rodeaba.

D. Aristeo, interesado como estaba en ponerse al tanto de los asuntos de la casa, hacia tambien largo rato que habia aparecido á la puerta de la pieza en que estaba Sanchez, pero al verlo tan abstraido, Don Aristeo prefirió guardar silencio.

Un profundo suspiro se escapó del pecho de Sanchez y como si temiera que aquella verdadera expresion de su estado moral fuese sorprendida por algun importuno, vol-

vió la cara en torno suyo, para cerciorarse de que estaba solo, cuando vió á Don Aristeo casi frente á él.

Sanchez se extremeció, como el culpable cojido infraganti y procurando reponerse exclamó:

—¡Ah! ¿es usted, compadre?

—Sí; venia á saber si ha habido novedad.

—No: ninguna, dijó Sanchez haciendo un esfuerzo para aparentar serenidad y en seguida agregó:

—¿Ha venido alguien á buscarme?

—Los de siempre, contestó tranquilamente Don Aristeo.

—Bórreme usted de todos los periódicos, ya no quiera periódicos, no he leibo uno solo, están muy insulsos, todos dicen una misma cosa.

—Bueno, contestó Don Aristeo.

—¿Y Amalia?

—¿Amalia? bien, no ha habido.....

—Quisiera hablar con ella.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Vea usted, compadre, hoy parece que está usted mal dispuesto, despues del reciente disgusto y de.....

—Es, que estoy decidido á tomar una determinacion.

—Ya veo que eso es indispensable; pero si á usted le parece empezaremos por lo que mas importa.

—¿Y á qué asunto le da usted la preferencia, compadre?

—¡Cómo á cual! al de la finca de Oaxaca; vea usted que mientras mas tiempo se pase.....

—Bien; pero ya sabe usted que la dificultad es el dinero; ya sabe usted que yo no puedo disponer por lo pronto de un centavo.

—Suprimiendo algo.....

—¿Algo? ¿qué quiere usted que suprima?

—Podia usted hacer un ahorro de trescientos pesos.

—¡Ah! dijo Sanchez, ¡ya, ya sé adonde vamos á parar!

—Ya verá usted; añadió D. Aristeo, que eso lo consilia todo; me da usted trescientos pesos en señal de trato, y tiramos en seguida la escritura en la que cedo á usted todos mis derechos y acciones.

Don Aristeo y Sanchez se engolfaron en el intrincado negocio de la casa de Oaxaca, cuyos pormenores ofrecen poco interes para el lector; y despues de haber hablado mucho, Sanchez se decidió á presindir de la cocota, sacrificándola en aras de sus necesidades.

Don Aristeo no pudo contener una exclamacion de júbilo, al pensar que con aquellos trescientos pesos iba á sustituir á Sanchez en su papel de gran señor al lado de la muger mas encantadora que habia visto en su vida.

Iba D. Aristeo á suspender aquí su entrevista, una vez que habia conseguido su objeto, pero Sanchez le obligó á continuar, haciendo recaer la conversacion sobre Amalia.

—Compadre, yo no queria decir nada y aún creo que no será nada tampoco; pero Amalia.....

—Amalia, ¿qué?

—Amalia no está en casa.

—La verdad, no.

—¿Adónde fué?

—Dicen que á la casa de la Chata.

—¿No durmió aquí anoche?

—No, no, compadre; anoche no durmió.....

Sanchez montó en ira; se puso hecho un energúmeno, pateó y se propuso armar un escándalo; mandó llamar á doña Felipa á fin de que buscara á Amalia en la casa de la Chata.

—Yo creo que todo eso es inúlil, dijo doña Felipa; á mí nadie me quita de la cabeza que Amalia se ha ido con intencion de no volver mas; la Chata ha estado aquí y se llevó algunos bultos de ropa y no sé cuantas cosas mas.

—¿Y tú lo has permitido?

—Qué habia yo de hacer; ya sabes que no me gusta meterme con Amalia, y debido á esa prudencia hemos podido estar en paz; pero digo lo que me parece, porque ya sabes que todo lo observo.

—Esto no se puede quedar así, compadre, voy á dar pasos; voy á ver al gobernador, á la policía, y á todo el mundo.

—Poco á poco, compadre; es necesario tener mucha prudencia en estos asuntos.

—¡Prudencia cuando le juegan á uno las barbas! ¡Prudencia cuando esta muger por quien tanto me he sacrificado se va de mi lado sin decir una palabra!

—Razon de mas para suponer, dijo D. Aristeo, que acaso no se haya marchado para no volver, porque lo que es ayer ha mandado avisar que no se le esperase; y la prudencia aconseja esperar. ¿No le parece á usted bien, compadre?

—Sea por ahora; pero si se pasa el dia.....

—Ya veremos, compadre, ya veremos.

Al oir las once Sanchez pensó en la oficina, y como era dia de quincena, se apresuró para salir de su casa; aunque en materia de quincenas cada una que pasaba era un suplicio para Sanchez viéndola pasar á ageno poder.

No bien hubo salido Sanchez, D. Aristeo se puso al tocador y volvió á engalanarse como el dia en que fué á visitar á la cocota.

—¡Cómo, señor D. Aristeo! ¿estámos de tiros largos?

—Tengo que hacer en los juzgados, contestó D. Aristeo, quien tenia ya estudiada su respuesta. Por fin se ha conseguido algo; parece que mi compadre se decide á hacer la economía de los trescientos pesos.

—¡Bueno, bueno! exclamó doña Felipa; y quiera Dios que las cosas se compongan, señor D. Aristeo.

No necesitamos decir hácia donde encaminaba sus pasos D. Aristeo.

Al llegar al número 3 de la calle en que vivia Ketty, encontró D. Aristeo al vagamundo, como si lo estuviera esperando.

—¡Buenos dias, señor!

—Buenos dias, contestó maquinalmente D. Aristeo.

—¿No se le ha olvidado á usted el número?

—¿Qué número?

—El 3.

—¡Ah! ¿eres tú, pillastre? Toma y ve por donde no hagas daño.

—¡Ah! ¡qué señor! dijo el muchacho tomando la propina que le dió D. Aristeo, y echando á correr á lo largo de la calle.

Don Aristeo subió y se hizo anunciar.

—¡Mi buen amigo! dijo Ketty al recibirlo.

Don Aristeo, á pesar de haberse preparado lo bastante para arrostrar con la emocion de aquel momento, estaba temblando.

Cuando se sentó aún le sumbaban los oidos, y la idea de que al entrar allí iba á alcanzar la mas tentadora de las dichas que habia soñado, lo embargaba completamete, al grado que por un largo rato no pudo desplegar los labios.

Para Ketty, aquella emocion de D. Aristeo equivalia á una salva de aplausos, y se lisonjeaba su vanidad de muger, á pesar de la triste figura y los años de D. Aristeo, pensando en que su hermosura era la causa de la revolucion que se operaba en su visitante.

—No debe usted extrañar, dijo al fin D. Aristeo, que me encuentre tan vivamente impresionado en presencia de usted; digo impresionado para expresar..... Usted comprende bien el castellano, ¿no es verdad?

—Sí señor, un poco.

Don Aristeo, que habia hablado en su vida muy pocas veces con extrangeros, pensaba lo que todas las personas

que solo conocen su idioma; le parecia que Ketty no lo entendia perfectamente; se figuraba que tal vez sus mas bellas construcciones gramaticales y sus mejores frases, ¡ban á ser palabras al viento, por no estar al alcance de Ketty.

Don Aristeo deseó de todo corazon saber ingles ó frances, ó el idioma que conociera Ketty mas á fondo, pues deseaba aprovechar todas su ideas para inspirarle interes y cariño á Ketty por medio de su elocuencia.

—Desde el momento en que usted tuvo la amabilidad de recibirme, manifestándome generosamente que un hombre como yo podia hacerse amar, me abrió usted la puerta de la esperanza, mas.....

—¿Cuál puerta, señor?

—Quiero decir, me inspiró usted una esperanza, tal vez la mas risueña de mi vida.

—¡Ah! sí señor, usted debe tener esperanzas en sus minas de usted; las minas dan mucho dinero. ¿Y van bien las minas, señor?

—Perfectamente, exclamó Don Aristeo, hoy debo recibir dinero de las minas, mucho dinero, mucho *mones*, se atrevió á decir el viejo para darle á su idea mas realce y pensó: así está bueno, esto es un golpe certero; sus ojos se han animado y hasta ha sonreido cuando dije *mones*.

—¡Oh! bien, muy bien, dijo Ketty!

—Y dígame usted, señorita, ¿supuesto que tengo minas, me será permitido preguntar á usted.....

—¡Oh! sí, puede usted preguntarme.

—Decia yo..... preguntar á usted si podria yo..... en fin, conseguir que usted me ame.

—Usted lo sabe, señor..... yo no puedo decir.....

—Porque, oiga usted..... creo que Sanchez.....

—¡Oh! Sanchez! Sanchez! dijo Ketty con cierto enfado, Sanchez tienc malos negocios y no hace pagos este mes; Sanchez no sabe cumplir.

—¿Quiere decir que no volverá á visitar á usted?

—Sí señor, Sanchez puede venir, pero el señor Sanches no es amigo mio, yo lo recibiré como un otro cualquiera.

Aquello era cuanto Don Aristeo necesitaba para ser feliz y solo pensaba que el tiempo era precioso y que no debia sino emplearlo convenientemente.

Apresuró su despedida proponiéndose volver cuanto antes para fijar definitivamente su posicion con respecto á Ketty.

CAPITULO XXVII.

SIGUE LA TRIBULACION DE SANCHEZ Y EMPIEZA LA DE DOÑA ZEFERINA.

MUY poco tiempo tardó Sanchez en convencerse de que Amalia lo habia abandonado y por primera vez en su vida sintió todo el horror de los celos y toda la rabia de la impotencia.

Ya habia combinado no sabemos cuantos infernales planes de venganza, cuando recibió una carta de Amalia, concebida en estos términos:

"Sanchez.

"Todo ha concluido entre nosotros: será inútil cuanto se haga porque vuelva al lado de usted: porque mi

resolucion es irrevocable; resuelta á todo, espero impasible cuanto pueda sobrevenirme. Doy á usted las gracias por no haber querido nunca legalizar nuestra union, pues esto seria hoy un lazo que tendria que respetar á pesar mio. Sea usted feliz y adios para siempre."

"Amalia."

Estaba reservado á Sanchez este momento para conocer todo lo que amaba á Amalia, y sentia la mas amarga desazon al considerarse abandonado sin remedio.

Conoció que de todos los golpes que le esperaban, este sin duda era el que lo afectaba mas profundamente, y se entregó al mas íntimo y amargo dolor.

Don Aristeo lo encontró llorando.

—¡Compadre! exclamó al verlo entrar, soy muy desgraciado.

Don Aristeo se encogió de hombros, pero se sentó á su lado.

—Vamos á ver, compadre, ¿porqué se aflije usted de ese modo?

—Porque no puedo conformarme con lo que me pasa, y quiero tentar todos los medios antes de tomar una resolucion desesperada.

—¿Pues qué es lo que quiere usted hacer?

—En primer lugar, averiguar dónde está Amalia y luego, que usted, compadre, la vea, ofreciéndole que le daré garantías de paz y seguridades para el porvenir; pue-

LAS JAMONAS.

Villasana. Lit. E. Cumplido y C.ª

Salvador estaba inmóvil.

de usted hacerle patente que con respecto á Ketty, no hay nada ya, y aun pudiera usted hacerle creer que he dado este paso por conciliar la tranquilidad doméstica.

—Está bien, compadre, haré todo lo que usted me ordene y veremos si consigo algo favorable.

—Y sobre todo, antes que se sepa; figúrese usted, compadre, qué papel haré diciendo que Amalia me ha abandonado; y luego, en momentos en que mis negocios andan mal: ofrézcale usted, compadre, cuanto quiera, y pase usted á mi nombre por todo, consiga usted que tengamos una conferencia.

—Pero..... piénselo usted bien, compadre: el paso que ha dado Amalia, es de tal naturaleza, que en mi concepto no debia usted promover un avenimiento.

—Si solo atendiera á mi dignidad ultrajada, seria así; pero hay algo superior á todo, y es, que la amo: compadre, la amo sin que yo mismo haya podido darme cuenta de lo inmenso de este amor, sino hasta el momento de perderlo.

—En todo caso, dijo Don Aristeo, mi opinion es, que no debe hacerse nada precipitadamente, ni tomar resolucion alguna en estos momentos de efervescencia y de ceguedad: yo le ofrezco á usted solemnemente averiguar como están las cosas y le daré á usted cuantas noticias sean conducentes, para que en vista de ellas tome usted su resolucion, y que en todo caso, ésta sea bien meditada y prudente.

Mucho trabajo costó á Don Aristeo hacer desistir á

Sanchez de sus proyectos, y solo despues de una larga y acalorada discusion, logró que aceptara sus consejos de manejaree con prudencia, para lo cual se pusieron de acuerdo los dos compadres en que, á reserva de averiguar el paradero de Amalia, y las circunstancias de su fuga, se corriera la voz de que, de acuerdo con la familia, estaba mudando temperamento en Tacubaya ó en cualquiera de los pueblos de los alrededores de la capital.

Esta reserva que á Sanchez y á Don Aristeo les pareció de fácil salida, fué de todo punto imposible tratándose de doña Felipa, de doña Anita y sobre todo, de doña Zeferina, quien no tardó en presentarse á la hora del chocolate, muy atribulada por supuesto, y llena de aflicion por aquel ruidoso acontecimiento.

—Ahogándome, Felipita, ahogándome; pero ya sabes que en tratándose de un cuidado soy la primera; con que... ¿qué tal va de pesadumbre? ya me figuro como estará esta casa; crea usted Felipita, que no he podido pensar en otra cosa. Yo estaba muy quitada de la pena en casa de las Rodriguez, cuando me dice doña Juanita:—¿qué dice usted, doña Zeferina de mi alma, la desgracia del señor Sanchez?—¡Ave María Purísima! ¿qué desgracia? pregunté yo muerta de susto.—¿qué desgracia ha de ser, será posible que usted no sepa nada siendo de la casa?—Pues no sé nada.—¡Ande usted, me dijo doña Juanita, pues la cosa es séria! Figúrese usted que Amalia se ha salido de su casa!—¡Es posible!—Y poderoso, me contestó

doña Juanita, como usted lo oye, mi alma; y se habrá usted quedado de una pieza como yo me quedé. Y positivamente me quede como si me hubieran echado encima un jarro de agua fria; pero considerando como estaria usted, me vine en el momento, haciendo hasta la grosería de dejarles el chocolate en el cuerpo, porque ya lo habian mandado hacer.

Doña Zeferina no se hubiera perdonado nunca tomar resuello antes de concluir su parlamento con el pedimento del chocolate; pero redondeado ya su discurso con aquel incidente esencial, esperó tranquila á que doña Felipa tomara la palabra.

—Pues ya debe usted figurarse como estaré, doña Zeferina, porque de esta hecha, adios casa, adios comodidades, adios todo; ¡solo Dios sabe lo que nos espera!

—¿Y qué se fué sola doña Amalia?

—Eso es lo que no hemos podido averiguar todavía.

—La cosa no tiene mucho que pensarse, crealo usted, doña Felipita; nosotras nunca nos vamos solas. ¿Venia D. Ricardo todas las noches? pues con D. Ricardo se fué; no hay que dudarlo.

—Sí; pero eso no pasa de una suposicion.

—Ya se ve que es una suposicion; ¡ni como me habia yo de atrever á asegurarlo ni á darlo por hecho! pero en fin, de algo le han de servir á uno los años que ha vivido y las cosas que ha visto.

—¡Por de contado!

—Y el pobrecito de su hermano de usted ¿qué tal estará, muy apesadumbrado? ¿ó no?

—Está que no tiene consuelo.

—¡Vea usted! pues yo no lo hubiera creido; ya sabe usted, por aquello de la extrangera.

—Pero eso, ya acabó.

—¡Ya acabó! ¡Bendito sea Dios! tengo eso mas que agradecerle á mi Santo Señor del Buen Despacho, porque, crealo usted, doña Felipita, yo no me olvido de nadie en mis oraciones; y aunque mala y pecadora, todavía no estoy tan mal parada con algunos santos de mi devocion, que me hacen cada dia nuevos milagros; todo por la infinita misericordia divina. ¡Vaya, mi alma! con qué no hay mal que por bien no venga, y bien vengas mal si bienes solo, porque de que á una se le juntan, es cosa de morirse. Y dígame usted..... ya sabe usted lo que son las gentes, que tienen una lengua que hasta miedo da, ¿será cierto que el señor Sanchez, su hermanito de usted, está el pobrecito muy mal en sus negocios?

—¿Quién le ha dicho á usted?

—Eso si que no puedo decir, porque ya sabe usted mi sistema, mi alma, el pecado se dice, pero no el pecador. Y á todo esto: ¿qué dice de esta desgracia el señor don Aristeo?

—Figúreselo usted al pobre tan corto de espíritu; es cosa que habla solo, y ni come, todos los dias se viste y se sale á la calle, porque anda muy ocupado en los negocios de mi hermano, á tal grado que hasta de noche sale, y ya recordará usted, esto no lo hacia nunca.

—¡Pobre de D. Aristeo! ¡es tan bueno! Y vea usted, yo nunca creí que consiguiera quitarle al señor Sanchez el quebradero de cabeza; es buena, que me eché á reir cuando me dijo que iba á ver á esa señora.

—Pues hasta ese sacrificio ha hecho el pobre de don Aristeo.

—¡Y vaya si es sacrificio tratar de buenas á primeras con una muger de esas sin religion y sin moralidad! ¡Y luego, lo que pensarán las gentes de verlo entrar en casa de semejante alhaja! Son muy capaces de creer, que el pobre de don Aristeo, va allí con otros fines, porque de todo sacan partido y todo lo comentan. ¡Si le digo á usted que ya no se puede vivir sin tener por delante mas de cuatro ojos que la fiscalicen á una sus acciones!

Doña Zeferina tuvo materia abundante para platicar el chocolate de aquella tarde, atesorando á la vez preciosos datos con que sostener, por algunas semanas, sus sobremesas y sus habladurías.

CAPITULO XXVIII.

LOS ESTRAGOS DEL TIEMPO.

En el punto á que han llegado las cosas en el capítulo anterior, nos ha parecido conveniente poner al lector en situacion de juzgar por medio de una mirada retrospectiva.

Despues de cierto tiempo es cuando volvemos á seguir los pasos de nuestros personajes.

Comencemos por Sanchez, por ser uno de los tipos de nuestra predileccion.

Sanchez no pudo conjurar la tempestad.

Los plazos se vencieron, y á pesar de todas las influen-

cias, sus fincas fueron embargadas, si bien despues de las moratorias consiguientes á la chicana y á la preciosa tabla de la tramitología judicial.

Entre tanto, Sanchez, segun expresion de él mismo, se habia vuelto cabeza.

Por lo demas, nada habia avanzado sustancialmente.

Llegó á saber que Cárlos lo necesitaba, y Sanchez, en su tribulacion, vió en lontananza como un íris de paz, al ángel del soborno, dado caso que haya íris y ángel de esa calaña.

Pero Sanchez lo vió sin duda, porque estaba en estado de ver visiones.

A pesar de esto, el ángel se hizo esperar mas de lo necesario.

El otro ángel, la cocota, estaba suprimido del presupuesto, lo cual era un ahorro, aunque no un consuelo.

Amalia, que bien pudo haber sido otro ángel para Sanchez, habia volado tambien.

En cambio, Sanchez estaba en poder de sus acreedores, en la resbaladiza pendiente de su ruina: la única teta á que habia quedado colgado Sanchez era á la de la Tesorería general de la Nacion, teta providencial y reformadora, que ha obligado á prorrumpir en famélicos desatinos á mas de cuatro patriotas como Sanchez.

Pero todavía esta teta tenia un mamon inagotable: el agiotista.

Calcúlese cual seria la situacion de Sanchez.

Pero el destino no es tan inflexible, que en medio de

los mas difíciles predicamentos, no nos permita el placer de encontrarnos por esos mundos de Dios, con un amigo, con ese gran consuelo del hombre, con ese mito de todas las edades y de todas las naciones, con el hombre en fin; con el hermano revestido con el sublime carácter de coadjutor, de obrero, de ayudante, en una palabra, de amigo.

Sanchez se lo encontró á pedir de boca, y mas á tiempo que si lo hubiera buscado con la linterna de Diógenes.

No dirémos quien era el tal, por temor de no poder ocultar bastante los perfiles de una fotografía, que podria convertirse en una acusacion personal.

Este amigo era todo un hombre, y no así como quiera, sino práctico, conocedor, vividor, patriota de los de la junta y de los que van por delante de los que fabrican victores y brindis; de esos expansivos que le deben á la patria cien veces mas de lo que la patria les debe á ellos; en una palabra, este amigo á quien nos referimos, era el hombre que necesitaba Sanchez.

Sanchez habia descendido al café, y decimos *descendido*, porque Sanchez frecuentaba el de Zúñiga, el de Manrique, el del Cazador y el del Refugio, quiere decir, Sanchez tomaba, por un real, café y aguardiente, mistura conocida por toda la crápula social masculina, con el nombre de fósforo.

Esta pocion es en México la verdadera leche de la desgracia, y los *fósforos* figuran en la estadística de la moralidad pública, como el guano de todos esos cerebros á

medio vivir y de todos esos estómagos á medio comer que forman el elenco de las tabernas de los de levita.

Sanchez habia ocurrido ya á esa trampa social, que se le bautiza con el nombre de compensacion, cuando no es mas que un *mientras* entre la desgracia y el cementerio.

Pues bien: Sanchez un dia, aún con la tinta de la oficina en los dedos, entró al café de Manrique.

El spleen es lo mas estúpido que conocemos cuando se quiere curar á sí mismo: los ingleses toman té, y despues un baño en el Támesis ó una bala en la sien: en México, se recurre al fósforo, supletorio de la sopa de fideos y de otras cosas alimenticias.

Sanchez, en lugar de ir á la fonda, se fué al café.

Allí, envuelto en la nube de su propio cigarro y delante de su *fósforo*, filosofaba sobre la inestabilidad de las cosas humanas; allí en las espirales del humo, veia pasar á Amalia y á Ketty; allí recordaba el té de Cárlos y sus esperanzas de seguir siendo gran señor, allí pensaba en que los suyos, sus correligionarios, los de su círculo, incluso D. Benito, no le hacian caso; allí notaba la ausencia de un boton, la torcedura de sus tacones y otra porcion de miserias, y allí en fin, fué donde se encontró á su amigo.

Una tarde, entró Sanchez buscando su rincon favorito, su confesionario, su reclinatorio, y encontró que no habia en el café mas asiento vacio que el suyo; pero enfrente habia un parroquiano.

El parroquiano notó que Sanchez vacilaba, é hizo un ademan invitando á Sanchez.

Sanchez se tocó el sombrero y se sentó.

Los tomadores de *fósforo* ya no lo piden: los criados se lo dan.

Bastó al criado ver á Sanchez, para decirle al encargado de la cantina.

—¡Un fósforo!

Esta voz estentórea y aguardientosa, resonó de una manera particular en aquel recinto del humo, del café y del alcohol.

El ordinario despacho de esos cafes tabernarios, escluye todo refinamiento: no hay que buscar una tasita de porcelana de Sevres, de bordes doblemente dorados con el nectar de los pensadores; no hay que buscar la cucharita de plata ó de christoffle ni la azucarera, ni las pinzas; no, allí al parroquiano se le sirve café bien tinto (siquiera sea por desconocidos y no legales procedimientos) en un vaso de vidrio confeccionado en la calle de los Siete Príncipes ó en Texcoco; el vaso descansa en un plato blanco, cuyo esmalte deteriorado permite al tomador de café, reconocer la materia prima del trasto; vienen cuatro terrones de azúcar en la charola, cuyos colores huyeron para siempre: allí está la indispensable cucharita de laton, que salió de un golpe de las manos del latonero, y por economía de copa y para simplificar el procedimiento, viene el aguardiente catalan en el propio vaso, don-

de el criado vierte el café: todo este conjunto de groserías se llama *fósforo*.

Ocupando los dos lados de una mesita de madera pintada, estaban Sanchez y su presunto amigo. Cada uno frente á su *fósforo*.

—Es bueno aquí el café; dijo el desconocido.

—Sí, señor; contestó Sanchez, con efecto.

—¿Usted viene todos los dias?

—Sí, dijo Sanchez remedando un *sí* de clarinete de pura tristeza.

—Yo tambien.

—Bueno.

—¿Qué dicen por ahí?

—Nada.

—Todo como siempre.

—Sí.

Hubo una pausa.

Sanchez sacó cigarros.

—¿Fuma usted? le dijo á su vecino.

—Soy de á caballo.

Sanchez encendió un nuevo cigarro en el que acababa.

—¿Usted es empleado? dijo el vecino.

—Sí.

—¿De hacienda?

—Sí.

—¿Y pagan?

—Sí.

Este tercer *sí* fué bemol.

—¡Vaya! ¿qué milagro? pues á mí no me pagan, yo soy pensionista; estoy retirado del servicio y soy de los mutilados, tengo mis cicatrices honrosas y mi hoja de servicios que no hay mas que pedir; y ya me ve usted aquí dado al diablo, este es el pago que nos dan, todo por que dizque servimos al imperio, y ese no es mas que un pretesto para no pagarnos, para cogerse nuestros alcances: ¡qué imperio ni que calabazas!

—¿No sirvió usted?

—No, que habia yo de servir al imperio: yo serví á la nacion y como soldado, fuí donde me mandaba mi jefe.

—¿Quién era su jefe de usted?

—Pues el general don Leonardo Márquez.

—Entonces.....

—Que no serví al imperio, yo serví mi empleo y al que me pagaba: todo como soldado.

—Eso es.

—Despues me pasé, cuando iban á ganar los liberales, pues ni eso me agradecen todavia, cada vez que pueden me dicen que sí fuí traidor y que sí por aquí y por allí y nada, yo lo que creo es, que me tiene tirria el ministro; y si no, ahí no tiene usted tantos *sinvergüenceros* colocados, y tamaños traidorotes que son, porque esos si estaban por su gusto. ¿Y usted señor, andaria tambien en la bola?

—Sí.

—¿En la revolucion?

—Sí.

—¿Perseguido?

—Algo.

—¿Usted es de los de Paso del Norte?

—No.

—¡Ah!

Hubo otra pausa larga.

El desconocido estudiaba á Sanchez y le estaba conociendo que tenia algo.

—Usted está muy triste.

—Sí.

—Penas que no faltan.

—Sí.

—¡Ay amigo! si es una cosa de corazon lo compadezco, porque esto de las mugeres..... mal haya la..... si viera usted lo que me han hecho pasar. ¿Ve usted esta cicatriz? pues no es de bala.

—¿No?

—No, señor, de una pícara mas mala que una legion de diablos.

—Con que.....

—Por nada me deja sin ojo: si no ha sido por el señor Vértiz. ¡Qué buen médico es el señor Vértiz! pues como le iba á usted diciendo, me pegó.

—Mal negocio.

—Malo ¿y á usted no le han.....

—No, á mí no.

—Repetiremos el cafesito ¿le parece á usted?

—Hombre.....

—Sí: ¡mira muchacho! dijo al criado, otros dos.

El criado quitó los trastes y gritó:

—¡Otros dos fósforos!

Sanchez empezó á reprocharse su laconismo.

—¿Pues qué? usted no está bien á pesar de haber andado en la bola?

—No me alcanza el sueldo, tengo muchos gastos.

—No sabrá usted la biblia.

—¿Qué biblia?

—Pues trepar, amigo, trepar; aquí, ya sabe usted, el que mejor se agarra.....

—Sí, pero eso no es fácil.

—¡Adios!

—Hay algunos que tienen fortuna.....

—¡No señor! ¡qué fortuna! pico, son picos largos.

—No sé como harán.

—¡Vaya! si yo fuera como usted ¡cuando habia de estar así!.....

—¿Pues qué haria usted?

—Trabajar.

—¿Cómo?

—Para ser diputado.

—¿Y qué son 250 pesos cada mes?

—¿Y las buscas?

—En eso no hay buscas.

—¡Vaya! estando uno arriba.....

—¿Pero cómo?.....

—Y luego se hace uno regidor.

—¿Y eso qué?

—¡Ah! que señor, pues usted si que tiene la leche en los labios. Si á mí me hicieran regidor, me ponia las botas.

—Usted crée.....

—¡Vaya! si mire: así de negocitos; y legales, eso sí y que no se los pueden probar á uno.

—Pero.....

—Todo está en ingeniarse.

—Pero yo no entiendo.....

—Tengo yo un compadre que es proveedor.

—¿Y qué?

—El me ha dicho como se hace eso, pues no ve usted como se matan por ser regidores, y si fuera de valde ¿usted crée que se andarian tropezando por salir?

—Todo eso es muy bueno, pero como yo soy liberal de buena fé.....

—No se trata de eso, liberales todos lo somos, solo que unos maman y otros no.

—Para eso seria necesario ponerse al corriente.

—Eso es muy sencillo, yo lo puedo poner á usted al tanto: sobre que de eso vivo.

—¿De eso vive usted?

—Sí señor; soy elector y con eso y con ser de algunas comisiones patrióticas, me voy vandeando.

El militar comenzó aquella tarde su cátedra oral, que era en toda forma un tratado sobre la manera de hacerse hombre grande.

Sanchez como todos los desesperados, empezaba á concebir esperanzas á medida que el oficial desplegaba mas elocuencia y multiplicaba los ejemplos.

El entusiasmo del oficial, subió de punto en el momento en que Sanchez pagaba el café de los dos, y desde aquella tarde, Sanchez contó en el número de sus amigos importantes á Delgadillo que así se llamaba el oficial.

CAPÍTULO XXIX.

CONTINUA EL PÍCARO TIEMPO HACIENDO ATROCIDADES.

Pasó, mas pronto de lo que suele pasar la delicia de las situaciones anómalas, la miel de los amores de Amalia.

Ricardo dió pruebas de que era hombre práctico, porque el pobre de Sanchez no se decidió en último resultado ni á batirse con él, ni á reclamar á Amalia: se conformó con enviudar.

Ricardo fué espléndido los primeros dias, pero á cierto tiempo se habia trasformado en económico.

La posicion de Ricardo era un verdadero enigma; y re

presentando admirablemente su papel de rico en todas partes, no habia dejado traslucir del misterio de sus ingresos mas que esto: jugaba.

Con esta palabra se conformaban los mas curiosos y los mas exijentes, y encontraban en ella la solucion de todas las prodigalidades de Ricardo.

Llegó un momento en que Amalia se dió cuenta de su falsa posicion: Ricardo empobrecia; habia mas, empobrecia á Amalia.

En las grandes capitales existe una pasion ignorada en el campo, en las aldeas ó en los pueblos cortos: la muger encuentra en su equipo una parte sustancial de su sér, un complemento indispensable de su individualidad.

Amalia, viviendo en el almacen de sus cien vestidos, de sus afeites, de sus sedas y de sus joyas, era la oruga de un caracol dorado.

Dos cosas constituian la personalidad de Amalia: Ella y lo suyo.

De modo que cuando Amalia empezó á ver menguarse su guardaropa, sintió la tristeza de un pájaro, al que se le caen las plumas, ó de un pescado al que se le caen las escamas.

No es posible medir el tamaño de esta terrible contrariedad en la muger de la ciudad populosa. Amalia sentia deshojarse, y el *confort* comenzaba á huir de su derredor de una manera que le desgarraba el alma.

Amalia hubiera sido capaz de asirse de un hierro candente; y nada, ninguna consideracion, ningun recato, ninguna reserva hubiera sido bastante á contenerla en su ansia de mantener su posicion: se sentia capaz de transijir con el crímen.

El apoyo de Ricardo se desvanecia por momentos. Ricardo estaba hastiado, y lo dejaba traslucir en sus menores movimientos.

Amalia volvió la cara en torno suyo, y la amenázaba la desolacion de su alma, porque no tenia amigos ni parientes.

El único salvoconducto de Amalia en la vida, habia sido su hermosura, y ya se encontraba con la patente sucia; el tiempo se dejaba caer pesado é inexorable sobre Amalia, marchitándola y anunciándole un fin tristísimo.

¡Ah! ¡cuanto hubiera dado por ser una madre de familia, la última, la mas humilde de las mugeres legítimas! ¡Cuando lloró su primera liviandad, estaba cosechando el fruto amargo de su libertad de ideas, de su trasgresion de los sanos principios, de su ligereza imperdonable!

Amalia, en aquella pendiente, buscaba con una ánsia febril un nuevo amor, porque el amor habia sido su vida, su negocio, su patrimonio, su sér social.

Nadie la amaba ya, y en medio de este aislamiento, Amalia miraba á los hombres, como viera un arpon (si el arpon tuviera ojos) á un pescado de gran calibre.

Amalia, antes sabia reirse y mirar, porque habia cierta naturalidad en estas dos *llamadas de tropa*, porque estaba querida por alguno y deseada por otros; pero desde el momento en que Amalia tuvo, como los marinos, que

soltar todo el trapo, acentuó su sonrisa y concentró su mirada, y sonrisa y mirada resultaron zurdas para el espectador.

Era la sonrisa peculiar de la jamona, parada todavía en el dintel de la vejez para ofrecerse en tardío sacrificio ó para despedirse de los hombres.

¡Horrible acabamiento, despedida cruel para la muger que no lleva al último tercio de la vida, un corazon puro y el tesoro de sus virtudes!

Ser vieja y despreciable, inmediatamente despues de un presente de fausto y de ilusiones, no tener ni un hijo ni una familia, ni un amigo.

¡Qué cuenta tan friamente desgarradora! ¡qué libro tan lúgubre el de una vida sin virtud!

Los dias caian sobre Amalia, como las heladas sobre los sembrados: veia al espejo la progresiva é inevitable invasion de las arrugas, y los ángulos de la vejez iban sustituyendo á las graciosas curvas de la hermosura.

Ricardo recogió las últimas flores de aquel vergel, que se volvia erial, y lo que llamó felicidad se habia convertido en un engorro.

La Chata estaba mas fresca, parecia mas jóven que Amalia; seguia siendo la Chata.

Un dia se separó Ricardo del lado de Amalia para no volver mas. Supo Amalia, ocho dias despues, que habia montado en una diligencia: algunos acreedores de Ricardo citaron á Amalia ante los jueces.

Amalia comenzó á vivir de lo que le quedaba, quiere decir, la oruga se comia su caracol.

Hizo aún algunas tentativas: tuvo cierta predileccion por los imberbes: era infinitamente amable, tanto cuanto eran infinitamente frios los pollos y cautos los señores grandes.

Amalia estaba á punto de arrojar sus galas por delante al ataud de sus ilusiones; pero todavía al borde, dirigia la vista en torno suyo, por si en el desierto de su vida hubiera quedado un solo hombre capaz de ser ciego.

Nada: desolacion por todas partes. Amalia estaba por demas en el mundo, y contemplaba con un horror imposible de describir, el conjunto de los dias que le quedarian de vida, porque aquellos dias iban á ser la vida de una vieja vacia.

Darse á Dios, es una famosa ocupacion que tranquiliza soberanamente á las viejas; y ese tercio de solemne reparacion es la consecuencia de un buen principio.

En Amalia se habia perdido ese fundamento; Amalia estaba reformada por el descreimiento; al abandonar sus prácticas religiosas no habia reformado su fé, ni sustituido lo que no debia ser con lo que debia pensar. Amalia, á imitacion de muchas gentes de moda, habia hecho punto omiso de la cuestion religiosa, y en cuanto á la base, no se habia tomado la molestia de pensar que hay algo que se llama moral, y que éste es un alimento que necesita el espíritu humano, como necesita el cuerpo el aire atmosférico.

Ya se ve, habia estado siempre tan dedicada á leer la Moda Elegante; habia tenido siempre tanto que hacer con los olanes, y los puff, y los dijes y los cien mil admículos de su persona, que no le habia alcanzado el tiempo para dedicarse á cosas que no se conocen en la cara, ni se adivinan en el talle, ni hacen bonito el pié.

La vida de Amalia, segun ella misma creia, habia sido una continua lucha: realmente no descansaba; la revista de sus trajes, el cambio impertinente de la moda, las exijencias sociales, sus costumbres, su clase, su posicion, su hermosura, sus atractivos, su bien parecer, sus aventuras galantes. ¿No contenia en sí todo esto la mas grave y afanosa de las ocupaciones? ¿tendria tiempo en medio de tantas atenciones para leer libritos de moral ó para rezar novenas como las viejas?

Ella no tenia la culpa, hacia lo que todas: entraba en la moda, se componia, cumplia su mision de parecer bien; era el ornato de un salon, la figura prominente en el baile, la alegría de Sanchez, la envidia de muchas señoras elegantes, el terror de las beldades ordinarias, la ilusion de los pollos, el deseo tentador de algunos viejos; ¿qué mas? ¿No es esto hacer papel? ¿no es esta la muger en la mas útil de sus fases? ¿no es esto lo que busca hoy el hombre en sociedad? ó sino, ¿por qué vapular á las mochas? ¿por qué reirse de las mugeres que van atrazadas en la moda? ¿por qué censurar á las hacendosas? ¿por qué horrorizarse de la que guisa? Amalia no sabia hacer nada de esto, y cumplió su mision; realizó el bello ideal de la muger de moda; se vistió bien, se perfumó, se peinó admirablemente, supo hasta el último detalle de la moda, supo hasta tomar los gemelos en el teatro, en la postura mas incómoda que se conoce, supo agacharse para darle aire al puff, todo eso supo; supo ser encantadora: lo oyó decir mil veces. ¿Y quién le disputó su papel de reina de la moda, de muger de un gusto y de una elegancia sin límites?

Pero ¡ay! cuando la realidad tocó á su puerta, cuando los pétalos de su hermosura se fueron desprendiendo de su cáliz, cuando su cútis resistia al afeite, cuando el tiempo le escarabajeaba el rostro, plegando aquel cútis de rosa. ¿Qué se hizo del tesoro que Amalia habia elaborado durante tantos años? ¿para qué le servian las galas si todos, todos huian de ella, como de un apestado?

Y luego, que la vejez parecia complacerse en destruir en Amalia precisamente las líneas que ella habia contemplado con predileccion ante el espejo: la gracia de su boca, tenia ahora no sabemos qué de grotezco, porque unos malditos ganchos de oro de que Chacon se habia valido para sujetarle cuatro dientes, influian de una manera incomprensible en los movimientos de sus labios.

Despues de su última enfermedad de anginas, Amalia habia quedado ronca para siempre, y ella misma notaba que en el teclado de su voz, por mas esfuerzos que hacia, no podia levantar los *apagadores*.

¡Pérfido pedal del *piano* que no resiste al peso de cuarenta y cinco calendarios! Por mas que se diga, la tal hu-

manidad no está compuesta mas que de gentecilla de pipiripao que se desencuaderna al menor soplo.

Amalia derramó abundantes lágrimas ante la primera camisa de algodon que iba á ponerse y ante los primeros botines ordinarios que iban á aprisionar sus mimados pies; cada despedida era un dolor, y cada dolor un castigo.

La vida estaba siendo cada vez mas insoportable para Amalia.

CAPITULO XXX.

AMOR PLATÓNICO.

En la casa de Chona todo era igual hacia mucho tiempo. Salvador hacia invariablemente dos visitas al dia, una de las diez y media á las doce, y otra de las ocho á la una de la noche.

Esta constancia no necesitaba ponerse á discusion ni entre la servidumbre, ni entre los dependientes de la casa, sino que era traducida desde luego de esta manera.

—Salvador es el amante de la señora.

Se murmuraba ya entre las amistades de la casa, sobre aquella constancia ejemplar de Salvador, aunque no fal-

taba persona que saliera garante de la inculpabilidad de Chona, por haberla visto con sus propios ojos confesarse en la Profesa.

De todos modos y en la duda de lo que pudiera haber de cierto, dos familias se habian retirado resueltamente; otras habian escaseado sus visitas, y Chona comprendia ya la causa de aquel retraimiento.

Pero soguian yendo los parientes y muy especialmente las personas que tenian negocios en la casa.

—¿Porqué estás triste? le preguntaba Salvador á Chona una noche.

—Ya lo sabes, porque las gentes que nos rodean, no son capaces de medir el sacrificio que hacemos por nuestro deber, sino que nos juzgan como á todos.

—Qué quieres, ¡esto no se puede evitar! la sociedad está acostumbrada á juzgar solo por las apariencias ¿pero no te basta tu conciencia?

—Es cierto, en cuanto á mí estoy tranquila, ¿pero de qué me sirve esta conviccion, cuando paso á los ojos de las gentes que me rodean, como una muger culpable?

—Desecha esas ideas, ¿no tienes en mi amor una dulce compensacion de cuanto pudieran hacerte sufrir las gentes? ¡Sabes como te amo! ¡Ah! si llegaran á comprender lo inmenso de mi amor!..... Oye, cuando te veo, con templo en tus ojos el cielo de una felicidad incomparable; cuando me hablas, escucho en tu acento una armonía que me enagena; cuando me sonries, está el iris de todas las esperanzas en tus labios. ¡Ah! ¿de qué cielo has descendido hasta mi corazon, redentora mia? dime ¿en qué flor hay algo de tu esencia para besarla? ¿en qué estrella hay algo de tu mirada, para bendecirla? Yo siento que el amor viene de Dios, porque tú eres ángel, y siento que mi alma al unirse con la tuya se eleva hasta el cielo.

¿Y rehusarias habitar en el santuario que se levanta en mi alma? ¿romperias sus puertas para mezclarte entre los que no te comprenden? ¿Enséñame otra felicidad mas grande que la de amarte? díme si hay otro mundo mas allá de tus ojos, otra vida mas allá de tu amor.

Te tengo en mi alma, aquí te siento, aquí palpitas con mi sangre, aquí vives con mi aliento, Dios te ha puesto en mí, como ha puesto la esencia en la flor, como ha puesto su luz en mi espíritu, para que no perezca; tu nombre está en mis labios convertido en una oracion y cuando lo pronuncio me lleno de tí. ¡Amáme como yo te amo. y verás desaparecer el mundo y sus miserias ante nuestros ojos!

—¡Salvador! articuló apenas, Chona, conmovida.

—¡Chona, vida mia!

Salvador sin darse cuenta de lo que hacia, tomó entre las suyas las manos de Chona y las cubrió de besos.

Chona tenia embargada lo voz y no fué dueña de sí misma.

—¡Ay! dijo al fin, ¿por qué me amas así?

—Te amo, contestó Salvador, porque siento que en mi alma hay algo de la tuya, siento como si allá en la inmen-

sidad desconocida, donde nacen las almas, las nuestras brotaron al mundo de un solo soplo y hasta hoy volvieron á juntarse.

—¡Es cierto! exclamó Chona identificándose con Salvador, es cierto yo he sentido otro tanto, he adivinado ese misterio y por eso me espanta este amor que nunca he sentido; conozco que mi camino es el del abismo, pero corro al impulso de una fuerza superior á mis fuerzas; me muevo con una voluntad que no me pertenece, y gozo con un corazon, que me parece no ser el mio.

—¡Con razon! interrumpió Salvador con entusiasmo, si es el mio. ¡Ah! deveras me amas!..... ¡es cierto! y esta dicha es tan inmensa!... este placer es tan supremo!... que ante mis ojos no hay ya mas que horizontes de felicidad que se sobreponen hasta tocar el cielo.

—¡Repíteme tus promezas, Salvador! ¡ampárame contra tu propio poder, sé generoso, sé grande y báñate en mi espíritu; léjos de toda mancha, así al menos ofreceremos un holocausto al mundo y nos sentiremos fuertes para arrostrar la mirada de los que pretenden avergonzarnos con su desprecio; armémonos con el escudo de esta superioridad, ya que alcanzamos el amor en la esfera de las almas grandes, ya que hemos sabido elevarnos sobre todas las miserias y sobre todas las violaciones vulgares.

—Sí, Chona, así nos amaremos. ¿No es verdad que en esa region espiritual, único templo de nuestro amor, llevando por lema la pureza, por blason el orgullo, por juez

la conciencia, podemos vivir eternamente esperando la accidental trasformacion para seguir viviendo *allá* donde nos amaremos como los ángeles?

—Sí, Salvador mio, así nos amaremos.

—Siempre ¿no es verdad?

—Sí, siempre! siempre!

Al cabo de un rato, durante el cual Chona y Salvador parecieron tomar aliento, Chona preguntó.

—¿Qué me ves?

—Te veo.. ... voy á decírtelo. La suprema ley de las armonias, me enseñan que hay efluvios hermanos que se elevan juntos á la region de los espíritus; ¿cómo podria dudar que cuando me dices *«te amo»* en la vibracion de tu voz no resuenan tambien las vibraciones hermanas como las notas del ave, como las cuerdas del piano? Si en la música no hubiera una de esas notas que salen de tu garganta cuando me hablas ¿cómo podria haber música en el mundo?

Si en tus ojos no hubiera un destello de lo infinito, ¿cómo podria yo comprender el amor y la eternidad?

¿No es verdad que sientes la aspiracion constante á la perfectibilidad? ¿no es cierto que palpas lo transitorio de nuestra actualidad y nace mecido en las elucubraciones de tu amor, un ángel que se llama *esperanza:* un ángel que te señala mi horizonte?

—Sí, Salvador, ese ángel me acaricia; á tú nombre ese ángel me sonrié cuando te llamo, ese ángel me consuela;

cuando no te veo, te sustituye para tranquilizarme; y cuando estás á mi lado nos acompaña á los dos!

—Y jamas ha de abandonarnos, Chona mia, jamas! jamas!.....

—¡Qué cortas son las horas!

—Muy cortas ¿no es verdad? ¿y lo hallas triste?

—Quisiera yo que se alargaran.

—Que sean leves, Chona, porque así acortarán el plazo: las horas del que espera, son siempre largas y las nuestras pasan.....

—Sí, tienes razon que sean ligeras.

.....

Necesitamos un volúmen aparte para seguir paso á paso los jiros de este amor que como un Kaleydoscopio, presentaba á cada movimiento, un nuevo y encantador aspecto; pero los límites que nos hemos prescrito, nos obligan á detenernos solo en algunas situaciones.

Cárlos por mas que estuviera entregado completamente á su *Debe* y *Haber*, habia tenido tiempo de pensar en que Salvador y Chona se amaban, y mas de una vez esta idea habia venido á colocársele á Cárlos entre dos guarismos á pesar de su indiferentismo.

Cárlos, como lo hemos dicho antes, no tenia ya corazon; habia visto siempre en Chona á la señora de su casa en los salones, y en el almacen á la fuente de donde nacia el inventario de la mitad de una fortuna: sin un hijo á quien acariciar, Cárlos miraba su matrimonio como una sociedad; es cierto que de sus labios no habia salido nunca una órden ni una contrariedad; la libertad de que habia disfrutado Chona habia sido ilimitada, y ni el placer con sus sonrisas, ni el dolor con sus amarguras, habian turbado ni por un momento, aquella paz claustral; pero hacia algun tiempo que Cárlos, á su pesar, pensaba mas frecuentemente en su muger, y empezaba á temer que las miradas de los extraños llevaran cierta expresion secreta que lo alarmaba.

—¿Si estaré haciendo un marido de Balzac? pensaba Cárlos; me estoy viendo demasiado bueno, excelente; ¡vamos, soy un tipo de bondad! y en el mundo, esto que bien pudiera ser una virtud, es uno de tantos sambenitos.

Ello es que un marido tiene que serlo de algun modo; es preciso aceptar un papel: registremos el repertorio, que al fin me creo bastante buen actor para representar el que elija.

El hombre acaba por ser actor genérico. Primer papel: el que hago, el de buen marido, y ya quedamos en que este papel me parece recargado; soy demasiado bueno y precisamente por eso quiero aceptar otro.

Segundo papel: marido celoso; este es de difícil desempeño; los celos son un libro desencuadernado y todavía no está bien definido el asunto: para este papel se necesita una brutalidad como la de Otelo, que es el modelo por excelencia, y el papel de bruto lo rechaza mi amor propio.

—¿Dónde están los demas papeles? se preguntó Cár-

los, creyendo él mismo que se habia divagado en aquella cuestion que se proponia resolver con mucha calma.

—¿No hay mas papeles en este repertorio? ¡Pobre repertorio marital! ¡qué mal dotado estás! Me ocurre una cosa que se parece á una muletilla: el término medio.

Este, dado caso que sea papel, tiene el inconveniente de estar colocado entre el drama y el sainete; es papel de zarzuela y á la larga degenera en uno de los dos primeros.

Supongamos que espío, que me rebajo hasta el grado de andar de puntillas, de decir mentiras, de ser cómico, en fin, y que del ridículo de la posicion del que acecha escondido, paso á persuadirme de esto: Chona y Salvador..... etc., etc.

Aquí acaba mi papel y tengo que elegir otra vez uno de los dos pirmeros.

Sigo siendo tan excelente como hasta aquí, y me bajo al escritorio... muy convencido de que soy un miserable.

No, esto es un absurdo; tomaré el otro papel.

Salgo de mi excondite, me presento con aire de.... con aire de marido ultrajado: paródio á Agamenon en la Bella Elena, preguntando por mi honra.

A mi muger le dará un ataque de nervios, mientras Salvador, que es hombre de fibra, me espeta que..... me dice la verdad sin andarse con ambajes.

En tal predicamento vuelvo á elegir, en el tercer acto, uno de los dos consabidos papeles, que á esa altura tendrán que reducirse á esto:

Mato á Salvador, ó me callo.

Melodrama ó Balzac. Supongamos que mato á Salvador, cuyo cadáver es la planta tipográfica de la edicion de mi deshonra, porque el muerto tiene á su disposicion las cien mil trompetas de Guttenberg, para repartir el argumento de mi drama á los doscientos mil habitantes de la capital, y aún le sobran para enviarme desde la tumba, un nuevo ejemplar en cada correo extraordinario.

Hay una ley estúpida que se le cuelga al marido en el cuello, obligándolo á que el dia en que quiera recobrar su honra perdida, publique préviamente su deshonra y la pruebe.

Lógica: mato á Salvador en secreto, me convierto en un asesino vulgar, que tiene que temblar ante el mas asqueroso *diurno* que se me pare delante.

Lógica: le digo á Salvador un dia con voz de asmático:—Te comprendo.—Lárgate.

Salvador, que es un calavera, se rié de mí; me recuerda á Paris, y me da lecciones de filosofía, de la filosofía que aprendimos juntos. Otra cosa; preparo un rapto, me robo á mi propia muger y la escondo, y como no es legal ninguno de estos procedimientos, vuelvo á convertirme en un reo, sobre quien tiene jurisdiccion mi lacayo, si lo que no es difícil, piensa mañana ser ministril, ó ayudante de acera.

Lógica: le doy fuego á la casa y morimos tirios y troyanos.....

—¡Lógica! gritó por fin Cárlos en el colmo de la desesperacion; ¡lógica! me voy á acostar porque tengo mucho sueño.

LAS JAMONAS

Villasana

Lit. E. Cumplido y Cª

¡Estaba muerta!.....

CAPITULO XXXI.

EN EL CUAL VERÀ EL LECTOR CUAN CIERTO ES QUE QUIEN MAL EMPIEZA MAL ACABA.

El tiempo avanzaba trasformándolo todo, como esas ráfagas de viento que van haciendo de las nubes una sucesion de cuadros panorámicos que sorprenden la fantasía.

Sanchez habia estrechado sus relaciones con Delgadillo, el oficial de los fósforos y de las elecciones. Por algun tiempo, creyendo Sanchez que el negocio de la casa de Cárlos iba á proporcionarle una salida ventajosa, previendo que por parte de la misma casa no habia mas intereses que el de contar con un empleado que obrara en el

asunto con imparcialidad y diligencia, se desconsoló soberanamente; noticia que en una tarde de *fósforos* comunicó Sanchez á su útil amigo Delgadillo.

Nadie mas fecundo en recursos que esos ociosos, que no emplean ninguno en reparar sus propias averías; ninguno mas rico en espedientes que aquel que los ha agotado todos; esos que viven de ilusiones, (y por mas que sea absurdo, las ilusiones entran en el número de las cosas nutritivas,) esos tienen cien mil espedientes para cada dificultad.

Para Delgadillo todo era fácil, siempre que no fuera él el actor; es cierto que él vivia de las elecciones y de la junta patiótica; pero eso era porque su posicion no le habia dejado obrar en otro círculo; pero en tratándose de aconsejar, no hubiera vacilado en probarle al Ministro de Hacienda, que no habia cosa mas fácil que ser millonario,

Delgadillo habia aprendido todos los trámites y procedimientos del *topillo*, de la estafa y de todos los asuntos de mala fé; todas sus recetas eran de *contrefaçon*, y poseia los secretos del aceitero, del tocinero, del fondista y de casi todos los oficios lucrativos; sabia desde la manera de adjudicarse una finca sin pagar un centavo, hasta la manera de adulterar la leche, el pulque y la cerveza: todo cuanto fuera contravencion ó trampa, lo sabia perfectamente Delgadillo.

Uno de sus ejercicios era imitar firmas; y no era extraño verlo borronear papel, imitando la firma de todos los personajes conocidos.

Delgadillo sabia hacer moneda y dublé, como sabia hacer velas de cera que no eran de cera, y chocolate que no era de cacao, y dulce de leche sin leche, y otra procion de preciosidades por este estilo.

De manera que cuando Delgadillo se enteró del negocio de la casa de Cárlos en palacio, se dió una palmada en la frente y le exigió á Sanchez las albricias por el fortunon que acababa de descubrir en el fondo del negocio que el mismo Sanchez creia, hasta entonces, de todo punto improductivo.

—Insisto en que es usted un niño, señor Sanchez; vea usted como se hacen esos negocios.

Y Delgadillo hizo una larga explicacion á Sanchez de la manera con que aquel negocio, conducido hábilmente, podia sacar á Sanchez de apuraciones.

Sanchez no se dejó alucinar fácilmente; pero desde aquel momento no volvió á pensar en otra cosa, dándole mil vueltas á aquel asunto, y buscándole incensantemente todas las contraceladas que pudieran hacerlo fracasar.

Pero Delgadillo amplió sus explicaciones y Sanchez iba animándose mas y mas á entrar en el asunto, ya fuerte con el caudal de conocimientos que le habia trasmitido Delgadillo.

Ya la casa de Sanchez no existia, y doña Felipa habia pasado á la categoría de hoja suelta y vivia con una de sus amigas.

Don Aristeo tambien habia buscado un rincon, desde el que, á pesar de todo, seguia, al menos á su modo de ver, haciendo el papel de rico con Ketty.

Don Aristeo no recibió por fin de Sanchez los trescientos pesos de su contrato, sino en partidas parciales, en valores, en cambios de deudas y de la manera mas difícil y complicada del mundo; pero tan luego como pudo disponer de las primeras sumas, las empleó en vestirse y en hacer algunos regalitos á Ketty.

Por supuesto que las habladurías de doña Zeferina, doña Anita y doña Felipa, no tenian término y aquellas tres trompetas no cesaban de sonar, revelando todas las poridades y peripecias de los acontecimientos que se habian sucedido con cierta rapidez desusada y extraordinaria.

Ya no les cabia duda en que Don Aristeo se habia encaprichado por la cocota, y las viejas llegaban á olvidarse hasta del chocolate, cuando se trataba de comerse vivo á Don Aristeo.

—Es un viejo *chirrisco*, decia doña Felipa; si desde el primer dia en que yo lo ví ponerse los botines apretados para ir á ver á esa condenada, me dió mala espina.

—Y yo, mi alma, agregó doña Zeferina, que me lo encuentro entrando al 3, que no lo pudo disimular y todavía el muy hipócrita me dijo: ¡qué quiere usted, doña Zeferina, voy á hacer este sacrificio en obsequio del pobre de mi compadre!

—Vea usted, doña Zeferina, ¿y quien lo habia de creer de un hombre tan timorato como Don Aristeo, y cuya conducta nos consta á todos que era ejemplar? pero vea usted lo que pueden esas mugeres que vienen de allá de *extrangis*, yo no sé qué les ven los hombres; lo que es yo no puedo ver á las güeras, ni me parecen mugeres: á mí deme usted una muger rosadita de cara, de ojos y pelo negros, bajita de cuerpo y redondita de formas; pero una de esas patonas que usan botas de cochero y andan como palos vestidos, ¡ni lo permita Dios! doña Zeferina, sobre que le digo á usted que ni me parecen mugeres.

—Pues Don Aristeo no opina como usted, mi alma; porque ya lo ve usted metido en casa de esa muger á todas horas, y como dá la casualidad que vivo por allí, todo lo sé sin necesidad de preguntarlo. ¿Creerán ustedes que el pelon está todos los dias en acecho de D. Aristeo?

—¿Es posible?

—Sí, señor, sabe el malvado las horas á que entra y las horas á que sale; sabe que ropa lleva y si ademas le lleva ó no le lleva regalitos á la patona.

—¡Vaya! si parece ahora un jóven, tiene saco rabon y cadena de reloj y sombrero de moda y hasta guantes.

—¿Qué dice usted que viejo loco? pues no seria mejor que se dedicara á machucar la cuenta como nosotras y no andarse ahora en galanteos y cosas propias de los jovencitos!

—¡Ya se vé!

—¿Y de Amalia, qué se dice? preguntó doña Anita.

—Dicen que la pobre dá lástima ver como está, que parece una vieja.

—¡Pobre! ha de haber sufrido mucho.

—En el pecado llevó la penitencia.

—Dizque vive por las calles de San Juan.

—¿Sola?

—No sé, pero sí sé que solo la Chata la visita, y que está en una miseria, que es cosa que se queda sin comer muchas veces y que ni á la calle sale.

—Y todo por su mala cabeza, pues dígame usted, doña Felipita, ¿qué necesidad tenia esa loca de mis pecados de irse á enamorar de semejante calavera?

—La verdad, á mí nunca me gustó el tal Ricardo.

—A mí desde el primer dia me pareció un hereje de siete suelas.

—Sí, eso no hay que dudarlo, es de esos jovencitos impíos que los hay á montones, porque ya es cosa de que á cada paso se tropieza usted con esa clase de gente; el otro dia lo dijo el padre Don Pachito en el púlpito, si hubieran estado ustedes en el sermon, ¡ah, qué bien lo hizo! fué cosa que á todas se nos saltaron las de San Pedro.

—¿Y su hermano de usted? le preguntó doña Anita á doña Felipa.

—¡Qué sé yo! hace mucho tiempo que no lo veo.

—Dicen que anda muy distraido; y vea usted lo que son las cosas, dicen que habla muy mal de Don Benito.

—¡Es posible! pues antes era muy amigo suyo.

—Pues ahora lo contrario, se está volviendo de la oposicion.

—Vea usted, mi alma, yo creo que hace mal el señor Sanchez; yo no soy juarista, pero no por eso dejo de

confesar, que su hermano de usted le debe muchos favores al señor Juarez.

—Y consideraciones, agregó doña Felipa.

—El caso es que el hombre está perdido, y dicen que cada dia se da mas al maldito vicio de la embriaguez.

—¡Vea usted que lástima!

Don Aristeo, por su parte, no se conocia á sí mismo, habia acabado por enamorarse perdidamente de Ketty.

Se habia empeñado una lucha terrible entre la nulidad de D. Aristeo como amante, y la terrible pasion que le inspiraba aquella muger que atesoraba encantos vírgenes para D. Aristeo.

Este amor que se levanta de entre las ruinas de una humanidad consumida, mas por los años que por los combates del alma, es un fuego devorador que engendra las mas extrañas elucubraciones.

Don Aristeo, solo, huraño para con todo el mundo, sin amigos y sin familia, consagraba todo su sér á la adoracion, todo su tiempo al culto del amor, pasaba horas enteras entregado á la contemplacion de cualquier objeto que habia podido adquirir perteneciente á Ketty.

A la sazon que le volvemos á ver, estaba delante de un guante de la cocota, este guante habia recibido ya miles de besos apasionados, y el aroma de que estaba impregnado lo aspiraba D. Aristeo con la avidez con que un asfixiado buscaria el oxígeno para volver á la vida.

Ketty, por su parte, insegura sobre los datos que acerca de las minas le pedia á D. Aristeo, no se habia atrevi-

do á abandonarse en brazos de su nueve amante, sin la competente seguridad de que aquel sacrificio seria amplia y préviamente remunerado; de manera que sin desechar completamente á D. Aristeo y sin quitarle las esperanzas, lo tenia pendiente de su labios, y como en equilibrio al borde de un abismo.

Las visitas frecuentes de D. Aristeo no le impedian á Ketty recibir algunos amigos, especialmente americanos.

Cuando D. Aristeo veia entrar á alguno de estos amigos de Kety, pasaba por todos los tormentos que pueda imaginarse; Ketty y el americano hablaban ingles delante de D. Aristeo, quien hubiera dado su alma al diablo por entender una palabra de aquella maldita gerigonza, que le ponia en la posicion de traducirla de la manera mas desfavorable á su individuo.

Los celos se apoderaron del viejo con todo el rigor de que esta funesta pasion es capaz, y los tormentos de D. Aristeo no conocian límites.

A solas se atrevió á decirle á Ketty lo que sufria; hasta llegó á ser elocuente en la pintura de sus padecimientos morales; y con tan vivos colores retrató su pasion, que la cocota no tuvo valor para reirse como lo habia hecho varias veces; pero el único sentimiento que D. Aristeo fué capaz de hacer brotar en el corazon de aquella muger metalizada y positivista, fué la mas fria conmiseracion.

Don Aristeo tuvo, por primera vez en su vida, un acceso de desesperacion tal, que trastornó poderosamente su

economía, y cayó á los piés de Ketty presa de un verdadero ataque cerebral.

Fué necesario recurrir á un tratamiento enérgico, segun el parecer del médico que Ketty mandó llamar en el acto; pero no bien hubo salvado del primer acceso, ocurrió el segundo, sin que el médico pudiera acertar de pronto con la causa que lo habia motivado.

Durante los primeros dias de la enfermedad de D. Aristeo, Ketty facilitó todos los recursos que demandaba la asistencia; pero cuando por el médico supo Ketty que aquella enfermedad seria larga, determinó librarse de una molestia que de nada le serviria.

—Usted, señor D. Aristeo, está mal asistido en mi casa, donde no hay comodidad para los enfermos; y la enfermedad de usted requiere, segun el médico, una mejor asistencia.

—Me despide usted, Ketty, y ya que no he tenido el placer de vivir al lado de usted solo por no haber nacido suficientemente rico, no podré al menos ofrecerle á usted mi último suspiro?

—Usted hará mal, señor, en quererse morir aquí. Usted puede guardar todavía un poco mas de tiempo el suspiro, porque yo voy á viajar otra vez.

—¡Cruel! exclamó D. Aristeo; y se metió la sábana en la boca, para no proferir en desahogos que no queria decir.

—¡Por piedad, Ketty! dígame usted que me ama y yo moriré tranquilo.

—¡Oh! yo he dicho á usted que yo lo estimo como un buen señor, mas no como un amante.

—¡Ah miserable de mí! ¡miserable! ¡miserable!.....

Y Don Aristeo se soltó llorando amargamente, y como era la hora del lunch, Ketty le volvió la espalda.

Al dia siguiente, aprovechando el sopor y la postracion del enfermo, fué colocado en una camilla y trasladado al hospital de San Andres.

CAPITULO XXXII.

SOLEDAD DEL ALMA.

HAY en cierto lugar de México una calle que en su acera que ve al Norte tiene algunas casitas como la que vamos á describir.

El propietario, deseando construir habitaciones con las comodidades necesarias para una familia reducida, levantó, en lo que algunos años ha era un solar, una casa cuya planta baja la forman una pieza que da entrada á otra, que pudiera ser sala, á un pequeño patio donde hay una cocina y un lavadero, y á la vez da paso á una escalera de ma-

dera que conduce á la planta alta, compuesta de tres piezas y un pequeño corredor.

Allí vivia Amalia.

Su menaje era triste y pobre: un catre de fierro, algunos baules, algunas sillas y una mesa.

Realmente el tiempo se habia desplomado sobre Amalia; estaba inconocible: no obstante, un observador hubiera podido notar los restos de un esplendor que habia muerto ya.

Amalia no habia abandonado el corsé, y el corte de sus vestidos traia reminiscencias de época mejor; algunos objetos de lujo contrastaban con el menaje y la soledad de aquella casa, á donde solo habian entrado Amalia y la Chata.

Amalia llevaba muchos dias de no llorar, y en su conversacion habia podido notar la Chata cierto desórden de ideas que esta atribuia á falta de alimento y nutricion. Efectivamente, Amalia iba olvidando el comer.

Estaba servida por una sola criada: los dias y las noches se sucedian para Amalia de una manera triste, lenta y monótona.

En los momentos en que volvemos á verla, acababa de pasar uno de sus dias mas amargos; estada sentada en un taburete cerca de una ventana: las sombras se habian enseñoreado en su habitacion desmantelada, y reinaba allí un silencio profundo; solo los últimos reflejos del crepúsculo le prestaban una tinta opaca y mortecina.

Amalia llevaba dos horas de no cambiar de actitud; no

se habia movido durante ese riempo, y aquella inmobilidad, el color gris de su vestido y la luz triste que la iluminaba, hacian recordar esas grandes aves nocturnas que en el recodo de algun añoso tronco, esperan graves é impasibles que el sol acabe de ocultarse para tender las alas y lanzarse entre las sombras á sus rapiñas, á sus depredaciones y á sus amores.

Amalia nada esperaba, Amalia no tenia ningun amigo: la habian abandonado todos; y algunos cumplimientos frios, algunos gestos de desden mal disimulados, habian sido las últimas demostraciones de su mundo anterior. Amalia habia recogido uno á uno esos restos de consideracion y habia llorado sobre ellos, como habia reido antes sobre las flores que la arrojaban al pasar.

¡Cuan desgarradora era la amargura de Amalia! La soledad de su alma se parecia á las ruinas de esos templos profanados que se desmoronan y cuya nave recuerda todavía los raudales de oracion que desde allí se elevaron al cielo.

Amalia no tenia la resignacion del sufrimiento, ni su dolor era engendrado por el deseo de ocupar de nuevo el pedestal de que habia descendido; las lágrimas de Amalia eran las lágrimas de la desolacion de su alma.

Amalia, como sabemos ya, no habia tenido nunca en el mundo otro culto que el de su propia persona, y pasando por alto desde las arduas cuestiones de moral y deber, casi no le habia alcanzado el tiempo mas que para vestirse, para cuidarse, para mimarse á sí misma; habia encontra-

do la suprema felicidad en un olan encañonado, en un corsé que le pudiera disminuir el volúmen del torso, ó en un velo que pudiera hacer creer, entre él y el albayalde, que el espectador tenia delante una beldad incomparable.

Amalia no habia puesto jamas en duda la acepcion lata de la galantería: cuando le decian «*hermosa*» lo creia justo, y todo elogio acerca de su persona era para ella la expresion de la verdad y la justicia.

Se habia acostumbrado á ver venir los hombres hácia ella, siempre trayendo en las manos el prospecto de su entusiasmo, la seguridad de su conquista ó cuando menos una flor; de manera que cuando Amalia notó en los hombres que la rodeaban los primeros síntomas de tibieza y luego de desvío, encontró este proceder tan desusado é injustificable, que le preguntó mil veces al espejo si los hombres habian cambiado todos simultáneamente, ó la misma Amalia habia sufrido una trasformacion incomprensible.

Bastaron algunos dias de sufrimiento, para que Amalia fuera impotente contra los estragos del tiempo, y la vejez, detenida ante la barricada de un tocador bien provisto, se desplomó de pronto sobre Amalia, apoderándose, con la avidez de un buitre, de sus pómulos, de su dentadura, de su laringe, de sus hoyuelos, de sus cabellos y de todos sus encantos.

Jamas el tiempo ha confeccionado una vieja mas rápidamente; jamas el atractivo femenil ha huido en mas vergonzosa derrota; y como en este cambio de decoracion

nada quedaba en aquel templo que Amalia se habia erigido á sí misma, ídolo y adoradores habian desaparecido repentinamente.

Sacó á Amalia de su enagenamiento, un acontecimiento inesperado; tocaban á su puerta.

Amalia abrió la ventana y á pesar de las sombras conoció á la Chata.

Un momento despues, Amalia conducia de la mano á su antigua amiga, al traves de la oscuridad de la habitacion, y la hizo sentar.

—¿Qué haces? le preguntó la Chata.

—Ya lo ves, morirme.

—Pero esto no puede ser, Amalia; es necesario pensar en que cambies de vida: te has encaprichado en matarte lentamente, y no hay razon que te aparte de tus necias resoluciones.

—No tengas cuidado, Chata, todo va á concluirse: afortunadamente veniste: queria decirte adios.

—¡Amalia! ¿qué estás diciendo?

—¿Por qué te sorprendes? ya sabes cuanto he odiado á las viejas; yo nunca he querido llegar hasta allá y tenia razon. ¿Quieres que espere todavía mas desengaños? Ya lo ves, todo el mundo ha desaparecido: estoy sola, sola..... y fea.

—Pero si prescindes del deseo de figurar como muger en el mundo galante, tienes aun por ventura muchos dias delante que consagrar á tu alma.

—¿Vieja rezadora? ¿Yo convertida en una bruja de sa-

cristía? No lo creas, Chata, parece que no me has tratado tantos años.

—¿Y tu salvacion?

—Mi salvacion es la muerte.

—¿Y tu alma?

Amalia se encogió de hombros y despues de una pausa dijo:

—¿Crees que haya en el mundo placeres para mí?

—Bastante has gozado ya en el mundo; ahora podrias gozar.....

—¿Cómo?

—Practicando la virtud.

—¿Soy acaso virtuosa?

—Practicando la caridad.

—Caridad que necesito para mí, ¿ó pretendes que dé limosna en lugar de pedirla?

—Por Dios, Amalia, que estás inconocible.

—Al contrario, ahora es cuando empiezas á conocerme. Yo no tengo la culpa de haber nacido en una época en que para valer algo la muger necesita ser reina aunque haya nacido pobre; estoy persuadida de que mí mision ha concluido; pretender vivir seria lo mismo que aceptar en la vida un papel al que nunca he podido avenirme; yo no nací para ser pobre ni fea; prefiero la muerte al desprecio de las gentes.

Habia en el acento de Amalia cierta expresion de seguridad y de firmeza, que revelaba que sus resoluciones eran irrevocables y el resultado de una larga meditacion.

La Chata lo comprendió así, y se espantó juzgando que su amiga habia llegado al colmo de la desesperacion.

—Amalia, sean cuales fueren tus resoluciones, óyeme: venia no solo á consolarte, sino á darte noticias..... noticias de Ricardo; iba á decirte ademas que tu vida va á cambiar completamente, y que debes desechar esas ideas lúgubres..... y sobre todo, ofréceme que no vas á hacer una barbaridad.

Amalia no pudo contener un ligero quejido.

—¿Qué tienes? preguntó la Chata, perdiendo cada vez mas el aplomo y la serenidad que solia tener en las situaciones difíciles; ¿qué tienes? ¿acaso has tomado algo?.... ¿Estarás envenenada? ¡Amalia! ¡Amalia!

Y la Chata se deshizo en lágrimas arrojándose en brazos de su amiga.

—Tranquilízate, Chata, le dijo Amalia al cabo de un rato y con el mismo tono de voz con que habia hablado anteriormente; ya sabes que nada te oculto, y lo que es en esta ocasion no me permitiria engañarte. Cuando esté próximo mi fin te llamaré para que cierres mis ojos; pero todavía no es tiempo: pueden alcanzarme las fuerzas para vivir un poco mas..... pero nada mas un poco; por hoy debes creerme, estoy bien, porque me ha parecido ridículo morir en sábado: este es un dia funesto para mí.

Costó, sin embargo, mucho trabajo á Amalia tranquilizar á la Chata, quien despues de haberle exijido mil protestas y juramentos, le preguntó:

—¿Y tu criada?

—No está en casa; pero ya vendrá.

—¿Estás sola?

—Como siempre; yo estoy sola siempre.

La Chata, á pesar de todo, no queria dejar sola á Amalia, pero á la vez pensaba que era urgente arrancar á su amiga de allí y hacerle cambiar radicalmente de modo de vivir; sabia efectivamente que Ricardo habia vuelto á México, y se propuso servirse de él para arrancar á Amalia de los brazos de la muerte; de manera que, ofreciendo volver en aquella misma noche, se despidió de Amalia.

CAPITULO XXXIII.

CONCLUSION.

SANCHEZ instigado por su famoso amigo Delgadillo, puso en práctica sus consejos y pretendió convertir en criminal grangería el negocio de que lo habia encargado Cárlos.

Sanchez con la esperanza de realizar felizmente aquella tentativa, que, segun Delgadillo, los iba á enriquecer, pidió nuevos plazos y alentó á sus acreedores; se proporcionó algunas cantidades, de las cuales participó Delgadillo, y ambos amigos se entregaron de nuevo al mundo

de los castillos en el aire, y á las mas risueñas esperanzas para el porvenir.

Pero un dia, Sanchez fué recibido por el gefe de su oficina, en un gabinete reservado; y en una larga peroracion hubo de probarle su torpe y pérfido manejo.

Sanchez cogido en la trampa, empleó todos los recursos que le sujeria lo difícil de su situacion; hizo una triste pintura á su gefe del predicamento en que se encontraba, apeló á su conmiseracion, á su buena alma y á todo lo que en aquellos momentos terribles para Sanchez, le pudiera ofrecer un hilo á que asirse; pero aquello no tenia remedio y la completa ruina de Sanchez estaba formalmente declarada.

En ese mismo dia salió Sanchez de palacio, para no volver mas.

—Amigo Delgadillo, esto no tiene remedio, le dijo Sanchez á su amigo el dia de su destitucion; me sigue soplando la de malas y ya lo vé usted, todos mis amigos me abandonan, y..... sacrifíquese usted para esto, haga usted méritos, preste usted importantes servicios á la causa, para que le den á usted este pago, para que lo quiten á usted de su empleo, so pretexto de que se maneja usted mal y todo es por colocar un ahijado. Decididamente no se puede servir al gobierno; pero ya lo verá usted, amigo Delgadillo, ya verá usted caer al indio; el país ya no puede aguantar esta tiranía; todo el país esta cansado de ser patrimonio de unos cuantos, y nosotros los hombres honrados, los liberales de buena fé, los que hemos luchado por

la reforma y por la libertad, nos vemos postergados y en la calle, y despreciados por los que están arriba; pero ya se acabará todo esto, amigo Delgadillo, y yo seré uno de los que dé hasta la última gota de su sangre, por derrocar este estado de cosas que ya no se puede tolerar; ¡esto es un escándalo! ¡ya verá usted! ya verá usted!

—¿Qué es lo que ha pensado usted hacer, señor Sanchez?

—¡Cómo qué! ¿Usted no sabe como está la cosa?

—No.

—Pues esto no dura dos meses.

—¿Es posible?

—Estamos trabajando.

—¿En qué sentido?

—En tirar á D. Benito.

—¿Y caerá?

—¡Júrelo usted!

—¿Y usted va?.....

—¡Voy á lanzarme á la revolucion!

—¡Pero señor Sanchez!

—¡A la bola!

—Pero mire usted.....

—¡A la bola!

—Puede que no salga todo tan bien.

—¡A la bola! ¿Vamonos? ¿qué dice usted?

—Vea usted, señor Sanchez, yo me quedo bien aquí; estas no son mis ideas, pero mal que bien se vive; y lo

que es la bola ya no es tan fácil como antes. Vea usted que este señor presidente tiene mucha suerte.

—¡A la bola, y ya lo verá usted dentro de poco! y supuesto que usted no se decide, adios, amigo Delgadillo.

—Adios, señor Sanchez.

En el mismo dia Sanchez salió de México, lanzándose á la revolucion, en lugar de lanzarse á la cárcel y á la miseria.

Sanchez pernoctaba en Cuautitlan, á la sazon que en México la Chata corria en busca de Ricardo.

Ya hemos dicho que para la Chata no habia dificultades, y no tardó en encontrar á Ricardo.

—¡Chata! exclamó este al verla.

—Un negocio gravísimo.

—¿Qué pasa?

—Vamos á salvar á Amalia.

—¿De qué?

—De la muerte.

—¡Cómo es eso!

—Vamos, traigo un coche; por el camino le contaré á usted.

Apenas tuvo tiempo la Chata de enterar á Ricardo de la situacion de Amalia, porque el coche volaba. Llegaron á la casa y tocaron fuertemente á la puerta.

Nadie respondió.

Tocaron de nuevo con una precipitacion desesperada.

Solo el eco de sus propios golpes contestaba á su inquietud.

Unieron sus esfuerzos para echar la puerta abajo, y entretanto su imaginacion les hacia concebir horribles ideas que no querian comunicarse.

De repente, Ricardo se apartó de la puerta hácia el centro de la calle, é inspirado por una buena idea subió por la ventana de hierro, cuya parte superior estaba distante del balcon un corto trecho.

La Chata no habló; pero respiró un momento, y se puso á escuchar.

Un instante despues de haber entrado Ricardo por el balcon, la Chata oyó un grito: despues nada; le faltaron las fuerzas y se dejó caer en el dintel de la puerta.

Pasaron largos instantes de un silencio espantoso.

—¡Ricardo! gritó la Chata haciendo un esfuerzo.

En seguida oyó los pasos de Ricardo que bajaba á abrirle.

No bien pudieron comunicarse, se abrazaron y lloraron los dos; despues subieron lentamente la escalera.

Amalia se habia puesto el mejor de sus vestidos para acostarse.

¡Estaba muerta!

Cerca de la cama habia un vaso con un sedimento blanco.

....

Al dia siguiente daban fé del hecho doña Zeferina, doña Anita y doña Felipa.

Si el benévolo lector tiene algun interes en saber el pa-

radero de los personajes cuya historia queda pendiente, encontrará satisfecha su curiosidad en la siguiente novela, que se titula: "Las gentes que son así" y constituye el quinto tomo de LA LINTERNA MÀGICA.

FIN DE LAS JAMONAS.

INDICE.

CAPITULO I.—O sea introduccion indispensable á la monografía de la jamona..... 7
CAPITULO II.—Entra en escena una muger enteramente parecida á una jamona..... 15
CAPITULO III.—En el que se vé que las amistades de la infancia son duraderas..... 25
CAPITULO IV.—Empiezan á prepararse las borrascas del corazon, en una danza..... 35
CAPITULO V.—Amalia, como los generales, dá la primera accion que se llama «reconocimiento.»..... 45
CAPITULO VI.—La casa de Sanchez..... 53
CAPITULO VII.—Continúa el elenco de la familia de Sanchez..... 63
CAPITULO VIII.—En el que se dá á conocer á la jamona de «sangre pura»..... 73
CAPITULO IX.—Patología interna..... 85

Capitulo X.—Una vieja chocolatera..... 95
Capitulo XI.—Sanchez soñando con los grandes negocios 109
Capitulo XII.—Continúa Sanchez en el camino de su engrandecimiento 121
Capitulo XIII.—Chona bajo la influencia de la música, y Sanchez bajo la influencia del champagne..... 131
Capitulo XIV.—La embriaguez..... 139
Capitulo XV.—Sanchez hace partícipe á Amalia de las dulzuras del vino de champagne.... 147
Capitulo XVI.—Don Aristeo y la cocota..... 159
Capitulo XVII.—El diablo verde..... 173
Capitulo XVIII.—El tesoro vírgen y la caja vacia..... 185
Capitulo XIX.—El tesoro vírgen cabe dentro de la caja vacia..... 195
Capitulo XX.—Don Aristeo tentado del demonio. 205
Capitulo XXI.—En el cual el lector vuelve á seguir los pasos de Ricardo, de Amalia y de la Chata..... 215
Capitulo XXII.—En el que se vé que la jamona sabe mas de lo que le han enseñado..... 227
Capitulo XXIII.—De como el espiritismo puede ser un magnífico recurso amoroso..... 239
Capitulo XXIV.—En el Tívoli del Elíseo..... 251
Capitulo XXV.—A los postres..... 267
Capitulo XXVI.—La tribulacion de Sanchez.... 277

Catitulo XXVII.—Sigue la tribulacion de Sanchez y empieza la de doña Zeferina..... 287
Capitulo XXVIII.—Los estragos del tiempo..... 295
Capitulo XXIX.—Continúa el pícaro tiempo haciendo atrocidades..... 307
Capitulo XXX.—Amor platónico..... 315
Capitulo XXXI.—En el cual verá el lector, que quien mal empieza mal acaba..... 325
Capitulo XXXII.—Soledad del alma..... 335
Capitulo XXXIII.—Conclusion..... 343

Colocacion de las estampas.

Amalia..... 16
Sanchez..... 22
Don Aristeo..... 56
Salvador..... 78
Sanchez en la casa de Cárlos..... 130
Pero va usted á rabiar con esos botines, D. Aristeo. 164
El diablo verde..... 174
Salvador estaba inmóbil..... 202
Tívoli del Eliseo..... 256
¡Estaba muerta!..... 350

CAPILLA ALFONSINA
UANL